

El libro de los libros

URUK EDITORES

El libro de los libros 2019 - 2020

Este libro contiene partes de algunos
de los libros que ha publicado Uruk Editores
desde setiembre de 2018 hasta noviembre de 2020.

Índice

Colección Awá	
Ensayo	11
<i>Gilberto Lopes</i>	
Crisis política del mundo moderno	13
<i>Timo Daum</i>	
El capital somos nosotros	19
<i>Ellyn Kaschak</i>	
El llanto de Antígona	23
<i>Jacobo Schifter</i>	
Costa Rica:	31
<i>Carlos Francisco Echeverría</i>	
Los pocos sabios.	37
<i>José Ricardo Chaves</i>	
Paseando con el Minotauro	45
<i>Carla Pravisani</i>	
Taxidermia del cuento	49
Colección Sulá	
Pensamiento crítico.	53
<i>Paul Lafargue</i>	
El derecho a la pereza	55
Colección El Cuervo	
Novela negra	61
<i>Maurizio Campisi</i>	
El secreto de Julia	63

<i>Francisco Alejandro Mendéz</i>	
Está de perros	69
Colección Sulayom	
Narrativa	73
<i>Álvaro Rojas Salazar</i>	
Ambos mares	75
<i>Rodrigo París</i>	
Anamnesis.	81
<i>Óscar Ureña</i>	
Ángel con punta alfiler	85
<i>Luis Thenon</i>	
Cuentos mínimos	91
<i>Carlos Villalobos</i>	
El libro de los gozos	95
<i>Guillermo Fernández</i>	
El ojo del mundo	103
<i>Arabella Salaverry</i>	
Infidelicias	109
<i>Consuelo Tomás Fitzgerald</i>	
Lágrima de dragón	113
<i>Gabriela Alemán</i>	
La muerte silba un blues	123
<i>Bernabé Berrocal</i>	
La mujer que vendría lunes	127
<i>José Mario Guzmán</i>	
Las llaves de El Leviatán	135
<i>Flory Vargas</i>	
Las hijas del sol de sangre	139
<i>Emilia Macaya</i>	
Más allá del río.	145
<i>Rafael Ángel Herra</i>	
Novelas del caminante	151

<i>Rafael Cuevas Molina</i>	
Polen en el viento	159
<i>Arabella Salaverry</i>	
Rastro de sal	163
<i>Adolfo Quesada Chanto</i>	
Viento en contra	175
Colección Lecturas	
Textos de la lista de lecturas recomendadas del Ministerio de Educación Pública . . .	181
<i>Guillermo Fernández</i>	
Efecto invernadero.	183
<i>Guillermo Fernández</i>	
Hagamos un ángel	187
Edición especial	
Teatro	195
<i>Catalina Murillo</i>	
Dulcinea Herstoría.	197
Colección Batsù	
Poesía	205
<i>Rafael Ángel Herra</i> (traducción y selección)	
Alfonso Gatto, poeta de la nación ofendida	207
<i>Francisco de Asís Fernández</i>	
Detente, cielo mío	211
<i>Francisco de Asís Fernández</i>	
Hay un verso en la llama.	215

Colección Awá

Ensayo

Gilberto Lopes

Crisis política del mundo moderno

Dos visiones: la de la Escuela de Frankfurt y
la del escritor costarricense Vicente Sáenz

(Ensayo)

I - Introducción:
la crisis política del mundo moderno

El tema de este trabajo es la crisis política del mundo moderno. Partimos de dos visiones de esa crisis: la de Max Horkheimer y Theodor Adorno, en la *Dialéctica de la Ilustración*¹; y la de Vicente Sáenz, en sus diversas obras. Una elección cuya importancia esperamos que vaya quedando en evidencia a lo largo del texto.

Para Horkheimer y Adorno, la crisis era la crisis de la Ilustración. Para Sáenz, era la crisis del capitalismo. La primera expresaba la crisis de la razón, pero también la perplejidad ante la constatación de que la humanidad, lejos de entrar en lo que llamaban un estado *verdaderamente humano*, se hundía en un nuevo género de barbarie. Esa aspiración a un estado verdaderamente humano nunca se define con precisión y su contenido solo se puede imaginar contrastándolo con el nuevo género de

1 Horkheimer, M. y Adorno, T. (2016). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid. Ed. Trotta, 10ª. ed. Todas las referencias a este texto corresponden a esta edición.

barbarie que caracterizó el nacionalsocialismo y que Horkheimer, Adorno y también Sáenz, denuncian.

Sáenz veía un orden social –económico y político– hundirse, agotarse. Desde su punto de vista, el capitalismo había cumplido su ciclo histórico. Una de las expresiones de esa crisis era la concentración de la riqueza en cada vez menos manos, visión de un proceso que ha llegado hoy a extremos entonces inconcebibles.

En su origen, este trabajo se alimenta de la misma inquietud. Se trata, por un lado, de los dolores del largo parto de ese nuevo orden, que no termina de nacer. Es, ciertamente, la duración de los tiempos históricos. Pero es obvio que se ha agregado, en este caso, un sentido de urgencia. El éxito nos ha llevado a las puertas del abismo.

Las dos amenazas, ya visualizadas en la *Dialéctica de la Ilustración* y en las diversas obras de Sáenz, solo se han agravado. Se expresan, por un lado, en la idea de dominio: de los seres humanos y de la naturaleza. Ambos han llegado a un extremo.

La de los seres humanos cristaliza en un proceso de expropiación de la mayoría, consecuencia de la inimaginable concentración de la riqueza en cada vez menos manos. Es evidente que se trata de un proceso que no puede seguir indefinidamente. Pero tampoco hemos tenido la capacidad política de detenerlo o revertirlo. Ya Sáenz lo denunciaba y advertía sobre sus consecuencias.

Es, además, una advertencia sobre las consecuencias del control de la naturaleza que somos capaces de ejercer hoy. Se trata de un proceso que se ha acelerado exponencialmente². A la sensación de omnipotencia

2 Sobre el tema vale la pena recordar aquí la afirmación del economista norteamericano Jeremy Rifkin: «La civilización erigida sobre los combustibles fósiles colapsará de todos modos probablemente hacia 2028». Porque ahora –agregó– «está

que el proceso desata se suma la del terror, ante la certeza de que, con el dominio de sus secretos, la naturaleza ha puesto en nuestras manos su capacidad devastadora. La posibilidad de su uso se alimenta de la ambición anterior, del afán de dominio de algunos sobre los demás seres humanos.

Estamos en el centro de las opciones políticas. ¿Qué hacer, cómo actuar, cuál es el camino de la liberación, el que ya buscaba Odiseo, como sugiere la *Dialéctica de la Ilustración*? ¿Amarrarnos al mástil de la nave? ¿Tapar los oídos, como los remeros? Ha transcurrido suficiente historia para que sepamos que no. Pero no sabemos bien qué otra cosa hacer.

Nuestros autores –los tres– hablan de la necesidad de un mundo más humano. Ciertamente. Pero ninguno sabe exactamente qué es eso ni, mucho menos, cómo lograrlo. Para unos –Horkheimer y Adorno– es la necesidad de la Ilustración de repensarse. Para Sáenz, la de sustituir un orden agotado por otro.

Las premisas de la Ilustración, de que el pensamiento y la acción racionales serían el camino hacia el progreso, no se estaban cumpliendo. La *Dialéctica de la Ilustración* es precisamente un intento de dar razón al fiasco de la Ilustración. La aporía ante la que nos encontramos se reveló como el primer objeto que debíamos analizar: la autodestrucción de la Ilustración, afirman Horkheimer y Adorno.

No albergamos la menor duda –y esta es nuestra petitio principii– de que la libertad en la sociedad es inseparable

hablando el mercado». Se trata de una entrevista de Rifkin a la agencia alemana DW que puede ser vista aquí: https://www.dw.com/es/jeremy-rifkin-estamos-ante-el-colapso-de-lacivilizaci%C3%B3n-de-las-energ%C3%ADas-f%C3%B3siles/a-50786370?fbclid=IwAR3sXe2kvkydI2NGBbHawEGRu2i_fdRoLeXDCbPgRR1kfReI36hYG-9BjoE

*de su pensamiento ilustrado. Pero creemos haber descubierto con igual claridad que el concepto de este mismo pensamiento, no menos que las formas históricas concretas y las instituciones sociales en que se halla inmerso, contiene ya el germen de aquella regresión que hoy se verifica por doquier.*³

Y agregan: si la Ilustración no asume la reflexión sobre este momento regresivo, firma su propia condena.

Para Horkheimer y Adorno la ciencia entronizada por la Ilustración no aspiraba ya al conocimiento, sino a la explotación y el dominio de la naturaleza desencantada. Ya lo vimos. El resultado fue una progresiva racionalización, una reducción de la realidad del sujeto bajo el signo del dominio, del poder.

Para Sáenz la crisis era la de un orden económico y social que se agotaba. Obligados a resumir, acudamos a sus palabras, a su visión sobre la crisis de lo que hemos llamado el orden moderno.

*La bélica actitud del imperialismo fascista italiano, el peligro nazi, la situación caótica que prevalece en la supercivilizada Europa, el descontento y clamor de los trabajadores, las medidas de represión tomadas en varios países del viejo continente y de nuestra Hispanoamérica, contra todo impulso efectivo de liberación, indican con elocuencia irreplicable que el carcomido edificio se derrumba, que la etapa surgida de las entrañas del feudalismo ha entrado a su vez en agonía y que los paliativos ya no tienen eficacia.*⁴

3 Op. cit., pág. 53

4 Sáenz, Vicente (1955). *América: hoy como ayer*. Edit. América Nueva, México D.F., pág. 11

La crisis de ese orden, que se expresa, en mi criterio, en todos los aspectos de la vida social –tanto en lo económico como en lo político o lo cultural– no es nueva. El estado de ánimo del mundo es el de una profunda y extendida desilusión, ya decía Harold Laski en su estudio sobre la crisis de la democracia⁵.

Una tragedia, en la visión de Sáenz, consecuencia de un régimen social y económico que ha convertido incluso al ser humano en máquina y mercancía. Los dirigentes capitalistas buscan mantener de pie la cuarteada estructura. Vano esfuerzo, asegura. No es posible resolver el problema sin una transformación menos injusta del régimen social y económico, mediante la transición hacia un orden político y económico alternativo. Sabemos hoy, sin embargo, que las dificultades que enfrenta el intento son más que las esperadas y, sobre todo, más diversas que las imaginadas. Habrá, por lo tanto, que volver a explorarlas.

Es en el marco de esta visión de agotamiento de un período histórico que surgen las obras de los autores a que hemos hecho referencia.

Para Horkheimer y Adorno una visión del mundo surgida de ese capitalismo de finales del siglo XVIII –la idea de la Ilustración– entró en crisis con el surgimiento del nazismo en Alemania, o del fascismo en Italia. La *Dialéctica de la Ilustración* expresaba una profunda perplejidad ante el rumbo de los acontecimientos políticos de la época, pues parecía empujar el concepto de razón y de libertad propuesto por la Ilustración a un callejón sin salida.

5 Laski, Harold J. (1992). *El liberalismo europeo*. México. Breviarios FCE, 12ª ed., pág. 16.

Timo Daum

El capital somos nosotros

Crítica a la economía digital

(Ensayo)

En la segunda parte del siglo XIX, el capital de Nueva Inglaterra abandonó los océanos luego de devastadoras tormentas y del fin del negocio de caza de ballenas, y se orientó hacia el oeste. Como lo relata Norbert Wiener, inventor de la cibernética, este acontecimiento llevó finalmente a la fundación de los Estados Unidos como los conocemos y a su ascenso como potencia mundial. Acompañado por el grito de lucha de los pioneros, “Go West!”, este movimiento al oeste encontró su límite geográfico al llegar a las playas de California frente al océano Pacífico.

Desde ese lugar, el capital se tornó cien años después hacia un nuevo horizonte por conquistar: el ciberespacio. Partiendo de algunos garajes en la periferia de San Francisco, influenciada por el movimiento hippie, decorada de anti-estatismo y armada con la firme creencia en los potenciales liberadores de las computadoras, la colonización digital del mundo toma aquí impulso, dando inicio a la era del capitalismo californiano.

Desde el Valle del Silicio hasta las costas del Yangtsé, este nuevo movimiento expansivo ha penetrado hasta las más recónditas esquinas de este mundo, ofreciendo las bendiciones de las tecnologías digitales y transformando al

mundo, a las personas y a sus relaciones entre sí a una velocidad desconcertante. Y aún así, el motor de este desarrollo ha seguido siendo el mismo. Ha sido en todas las épocas el principio básico de nuestra sociedad y es el que ha propiciado este nuevo movimiento, revelando a sus protagonistas como una parte más de los engranajes: las ansias del capital por valorizarse, para lo que se adapta a nuevas condiciones, destruyendo lo viejo y creando lo nuevo.

Así ocurre también en Costa Rica. La empresa californiana, que opera a nivel mundial en 65 países y 600 ciudades, empezó a ofrecer sus servicios ahí en 2015, y ha transformado desde entonces el sector transporte del país centroamericano. Uno de cada seis habitantes entre las cinco millones de personas del país son clientes de Uber, alrededor de 22 mil conductores trabajan para la compañía. ¡Momento! No trabajan para Uber, sino que trabajan con Uber, así lo define al menos el lenguaje usado por la empresa. Uber no solo no posee ningún tipo de vehículo, sino que casi no tiene empleados, los conductores mencionados son todos empresarios del transporte autónomos.

Uber es un clásico ejemplo de una firma digital que en pocos años ha logrado establecer nuevas reglas del juego, indignando a los taxistas, compitiendo con el transporte público y obligando a los gobiernos nacionales y locales a asumir arduas tareas retóricas y de regulación. Y todo esto lo ha hecho solo a través de su plataforma, de un algoritmo de matching y de la información y datos de los usuarios y también de los conductores.

Desde que escribí este libro en el transcurso del año 2017, la marcha triunfal del capitalismo digital ha continuado. Sus empresas, sobre todo Alphabet, Amazon, Apple, Facebook y Microsoft, siguen trabajando activamente por realizar modelos empresariales digitales, usando tecnologías

de inteligencia artificial y conquistando espacios para ellos desconocidos a través de nuevas ramificaciones. Este libro quiere aportar a la comprensión crítica de los mecanismos esenciales de esta nueva fase en la historia del capitalismo, la cual ha sido introducida con asombrosa fuerza por estas empresas.

Timo Daum

Ellyn Kaschak

El llanto de Antígona

La epistemología y la psicología del género

(Ensayo)

Capítulo 1

En busca de sentido

*«Hay en los cielos y en la tierra, Horacio,
más que lo que sueña tu filosofía»*

-Shakespeare, Hamlet

El pensamiento feminista ha sido una parte crucial de una revolución intelectual y social. Muchas escritoras feministas han demostrado y documentado la naturaleza patriarcal de nuestra sociedad y la variedad de formas en que los valores patriarcales alimentan las necesidades masculinas (de Beauvoir 1968; Friedan 1963; Millett 1970), incluso en tales áreas como la ciencia (Bleier 1984; Keller 1985) y la práctica clínica de la psicología (Broverman, I. K., et al. 1970; Chesler 1972; Miller 1976; Irigaray 1985), anteriormente asumidas como neutrales y apolíticas. En la mayoría y los más diversos campos se ha demostrado que las perspectivas e ideas de la mujer están ausentes, sumergidas o acreditadas a los hombres.

El escrutinio con ojo feminista ha llevado al desarrollo de una psicología que, por primera vez, incluye las experiencias y las perspectivas de la mujer. La psicología pre-feminista ha hablado elocuentemente sobre cómo los hombres construyen socialmente y experimentan la categoría unidimensional llamada «mujer», pero han dicho poco, si nada, sobre las diversas experiencias de las mujeres, sobre cómo las mujeres se perciben a sí mismas y a los demás. Mientras que muchos de estos teóricos y practicantes simplemente han asumido que lo que sabían de los hombres y de la humanidad se extendía a las mujeres, otros han llenado volúmenes para discutir y analizar el constructo «mujer».

La epistemología se define formalmente como el estudio de cómo es posible el conocimiento y cómo se construye el saber. (Bateson y Bateson 1987, p. 20.) Las epistemologías prefeministas no solo asumían que eran objetivas y libres de prejuicios, sino que se basaban en las cosmovisiones y experiencias de los hombres, que se consideraban objetivas, neutrales en su punto de vista y de aplicación universal. María Teresa Ruiz Cantero, en su obra «Los sesgos de género en la atención primaria» aduce, por ejemplo, que en la salud reproductiva se ha estudiado principalmente a los hombres y generalizado los hallazgos a las mujeres y se ha asumido de manera errónea que la historia natural de la enfermedad es similar en hombres y en mujeres, cuando de hecho no lo es. Y a partir de esta premisa se ha estudiado principalmente tales enfermedades en muestras de hombres y se han inferido los resultados a las mujeres, como se ha venido mostrando en el caso del infarto agudo de miocardio. También comenzaron a estudiar el cáncer del pecho solamente en hombres. Los síntomas de las mujeres no son los mismos que los de los

hombres y por lo tanto, a los médicos les cuesta reconocer, y actuar a tiempo, en el infarto de ellas⁶.

Teorías y metodología clínica prefeminista

En las últimas décadas, la psicología feminista ha pasado por varias etapas de desarrollo. En el primer decenio, las especialistas feministas criticaron y analizaron muchas prácticas de la psicología y de la terapia psicoterapéutica. En lugar de hacer un estudio comprensivo de este cuerpo de críticas, haré un resumen de los puntos ciegos del pensamiento pre feminista y su impacto en las profesiones de la psicología y la psiquiatría.

Psicología Clínica

Los psicólogos han tratado de divorciarse de un matrimonio precoz con la filosofía con el fin de hacer una unión más respetable con la ciencia objetiva y neutra. Incluso este segundo matrimonio, sin embargo, promete ser una decepción, ya que como Keller ha señalado, «La ciencia es el nombre que damos a un conjunto de prácticas y un conjunto de conocimientos delineados por una comunidad, no simplemente definido por las exigencias de la prueba lógica y la verificación experimental». (1985, pág. 4.) La filosofía y la epistemología son compañías itinerantes en el viaje de todos los científicos. Se ha dicho con razón que quien afirma no tener epistemología tiene una bastante mala. (Bateson y Bateson 1987.)

6 María Teresa Ruiz Cantero, *Los sesgos de género en la atención primaria*, NuevaSalud-Política 14, 2014. sesgos masculinos en los estudios de la mujer. Consultado 1 de noviembre de 2019.

No obstante, a generaciones de estudiantes se les ha enseñado que la ciencia está libre de valorizaciones y, más sorprendentemente tal vez, que la psicoterapia está libre de prejuicios, que se basa en la observación o en la reflexión y la introspección (de los hombres). En ambos casos, sin embargo, el teórico/practicante define el método apropiado de estudio y establece las fronteras en torno a lo que se va a estudiar. Estas perspectivas y valores no solo han sido institucionalizados, sino que han llegado a definir la realidad y la normalidad misma. Las mujeres son así hechas invisibles (irreales) o, por definición, anormales.

Igual que las clasificaciones en la química son un artefacto, una obra del químico y no de la naturaleza, (Bateson y Bateson 1987, p. 153), la clasificación psicológica y sus explicaciones son también artefactos del psicólogo. Las definiciones mismas de la mujer y del hombre no son reales, entidades que existen independientemente, sino funciones del espectador, del que define, del que categoriza y su valores, sus necesidades, su experiencia y su tecnología.

La naturaleza de la mujer

Considere la naturaleza del hombre, ese viejo rompecabezas que ha sido abordado por cada importante filósofo y psicólogo masculino. Si uno se compromete a estudiar una categoría conocida como hombre, cuyos miembros están compuestos «de hombres» y «no hombres», ciertas decisiones y resultados están predeterminados.

Bertrand Russell y Alfred North Whitehead han demostrado que «[una] clase no puede ser un miembro de sí misma» (Watzlawick 1967) sin crear un error de tipografía lógica -es decir, un error que resulta en la creación de una paradoja, una pieza poco digerible de comunicación. Tal

error ocurre en el uso de la palabra hombre para describir un miembro individual de la categoría «hombre». ¿Es el hombre un individuo o la categoría de la que el «hombre» es un miembro?

El truco involucrado para dar sentido a esta propuesta absurda es que la mujer ya sea un subconjunto del hombre o totalmente invisible, es decir, ya sea «de-hombre» o «no-hombre.» Por lo tanto, si existe en absoluto, una mujer se convierte en una especie de hombre. Yadira Calvo, teórica costarricense, en una entrevista al periódico Universidad, en el 2013, afirma que el lenguaje ya viene cargado de ideología sexista, incapaz de objetividad: «El lenguaje es la rueda de trasmisión de la cultura. Puesto que la cultura es sexista, el lenguaje tiene ese tinte».⁷

Este punto de partida en el lenguaje conceptualmente defectuoso, es un paso natural para que los psicólogos reflexionen su incapacidad para entenderla, porque deben preguntarse, «¿qué clase de hombre –se preguntan los psicólogos– es ella?» La respuesta, por supuesto, se desprende de la naturaleza de la pregunta y de la perspectiva psicológica del interrogador: una anormal, una castrada, una más emocional, menos moralmente desarrollada, un homme manqué. Es a partir de este marco epistemológico que las teorías clínicas pre feministas sobre la mujer, a quienes definen como hombres sumamente desviados, anormales o, en el mejor de los casos, inferiores, se han desarrollado.

Freud, sin duda, entendió algo sobre las fantasías y los temores de los niños pequeños y tal vez de los hombres adultos cuando postuló la presencia de la ansiedad de

7 Yadira Carlo. *El sexismo está incrustado en la estructura de la lengua*. <https://seminariouniversidad.com/suplementos/loslibros/yadira-calvo-el-sexismo-est-incrustado-en-la-estructura-de-lalengua/>. Consultado el 22 de noviembre de 2019.

castración, pero no tenía base para transferir la existencia de ese miedo a las niñas, salvo mediante el mecanismo de proyección. Para ello era creer, como Freud aparentemente lo hizo, que las niñas, en todo momento y en todos los lugares, al darse cuenta de la diferencia entre su cuerpo propio y el masculino, de inmediato y necesariamente experimentarían el suyo como inferior y mutilado. Para que esto sea así, la niña debe hacerse la pregunta, «¿qué tipo de hombre (niño) soy yo?»

¿No podría una psicóloga analizar que el niño, al experimentar la diferencia entre su propio cuerpo y el de la hembra, en particular su madre, necesariamente sentiría de inmediato una sensación de horror ante la presencia de un crecimiento externo sumamente vulnerable?

De hecho, cualquiera o ninguno puede ocurrir, dependiendo. Dependiendo de la perspectiva del espectador, por supuesto, sino también del contexto y de las valorizaciones por medio de los cuales el niño o la niña aprendieron a interpretar la experiencia, es decir, la valoración de lo socialmente construido por hombres y por mujeres y por cualquiera que forme parte del contexto significativo de la experiencia de esos niños, incluidos los padres, los hermanos, otras familiares, compañeros, otros adultos y las representaciones de los medios de comunicación, etc. Por lo tanto, una imagen ginocéntrica, para trabajar como analogía, requiere un mundo que valore a la mujer como el nuestro valora al macho, y degrada al macho como el nuestro lo hace con la hembra. El término mujer incluiría a toda la humanidad, tanto femenina como masculina. Solo en un mundo así sería el niño varón propenso a experimentarse a sí mismo como una mujer deformada, sería considerado anormal en la medida en que difiere de la forma femenina que sería ahora la norma. Requeriría dar un salto notable,

al igual que el de Alicia a través del espejo, para que un niño varón en nuestra cultura experimente a sí mismo como una mujer inferior.

Los psicólogos feministas han tenido que señalarse a sí mismos y también a una comunidad a veces nada receptiva de psicólogos no feministas, que las mujeres no pueden ser entendidas al superponerles ya sea las experiencias de los hombres en general o las ideas de los hombres particulares en cuanto a lo que debe ser una mujer. Ejemplos de este sesgo en psicología clínica abundan y no solo entre sus padres fundadores. Considere el estudio bien conocido y frecuentemente citado por Broverman et al. (1970, 1972), en los que tanto hombres como mujeres que son psicólogos clínicos describieron a la mujer adulta como virtualmente opuesta al varón adulto y al adulto sano. Estos estudios han sido validados en años recientes. (Seem, Susan and Clark, M. (2006.) *Healthy women, healthy men, and healthy adults: an evaluation of gender role stereotypes in the twenty-first century. Sex Roles. 55:247-258.* O sea, que si la mujer se conforma con lo que se espera de ella, es considerada como un ser humano patológico.

Jacobo Schifter

Costa Rica:

La democracia que nadie quería

(Ensayo)

Capítulo 1

La democracia que nació por accidente

Las democracias electorales son experimentos que suelen tener poca duración. Atenas y Roma, con sus sistemas de participación democrática limitada, duraron poco y se revertieron en regímenes dictatoriales. Lo mismo sucedió con la República Francesa y los experimentos con la revolución rusa y la Primavera Árabe. De estos últimos, solo Túnez se mantiene como una democracia. En momentos de crisis, la gente vota por quien promete resolverlas y si el precio es elegir un dictador, desde Grecia, Roma hasta Francia o Alemania, tenemos ejemplos de lo fácil que es terminar con las elecciones.

Así, los historiadores se han abocado más a estudiar por qué falla la democracia que a analizar cómo se origina. Sin embargo, los accidentes, los cambios de fortuna, las necesidades bélicas (durante las guerras los regímenes amplían los derechos para hacer que más ciudadanos se enlisten) y las crisis económicas o las derrotas militares, como sucedió en Alemania después de la Primera Guerra

Mundial, deslegitiman a los gobiernos autoritarios y abren puertas a frágiles democracias como la República de Weimar. En el caso de América Latina, las intromisiones de Estados Unidos para deshacerse de gobiernos autoritarios de izquierda constituyen un elemento que se debe tomar en cuenta. Si los Estados Unidos no hubieran intervenido en Granada o en Panamá en la década de 1980, posiblemente estas naciones serían hoy dictaduras.

Por todos estos factores, es más difícil encontrar una democracia electoral que surja por el planeamiento y aprobación de la mayoría, que una que aparezca por el juego de circunstancias impredecibles.⁸

Nuestra tesis sobre la democracia electoral en Costa Rica es que ella surge después de la guerra civil de 1948 y por accidente⁹. Es más, su gestación no es producto de la lucha de un sector democrático en particular, sino por lo que se llama la neutralización de clases. Con neutralización nos referimos a que ninguna de las facciones que lucharon y triunfaron en la guerra civil, tenían la suficiente fuerza para gobernar. En vista de un impasse político, la democracia resultaría el mal menor para todas ellas. A raíz de la pérdida de credibilidad del modelo que había servido para el gran desarrollo del país a partir de la introducción del café en el siglo anterior, los costarricenses se enfrentaron a buscar alternativas que no se habían pensado hasta en ese momento.

8 Muravchik Joshua y Gedmin Jeffrey. Washington Post, "This is the beginning of democracy and how it looks like. https://www.washingtonpost.com/posteverything/wp/2017/04/19/this-is-what-the-beginning-of-the-end-of-democracy-looks-like/?noredirect=on&utm_term=.bb8164cae228. Consultado el 1 de febrero de 2019.

9 Schifter, Jacobo, La democracia en Costa Rica como producto de la neutralización de clases, en ¿Democracia en Costa Rica? Cinco Opiniones Polémicas. Costa Rica: EUNED, 1977.

En los años cuarenta del siglo pasado, dos modelos de desarrollo económico se enfrentaron de manera polarizada. El primero, que llamaremos transformista, dirigido por José Figueres. El segundo, que calificamos como populista fue dirigido por Rafael Ángel Calderón Guardia y se conoció como calderonismo.

La sociedad costarricense sufrió una crisis en los años de 1940. Aunque muchos aducen que esta se debió a la mala situación económica y al descontento de las clases bajas por su exclusión de la democracia electoral (manipuleo y compra de votos, fraudes, listas electorales en manos de los candidatos, presión de los cafetaleros, *chorreos* de votos y otros), la realidad es que el país estuvo, por causa de la Gran Depresión, en su peor crisis en los años 1930 y no durante la década de 1940. Dos investigadores sobre las revoluciones sociales aducen que los períodos de crecimiento económico son más peligrosos que los de estancamiento. Enrique Florescano, investigador del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de México, explica los movimientos indígenas y las revoluciones campesinas del Siglo XVI y del XX. Estos movimientos se caracterizan por ser alterados durante la conquista de los españoles y por una lucha constante por la vigencia de identidad y de sus costumbres. Indica que, a menudo, se tiene el prejuicio erróneo de que esas formaciones no han sido parte de la creación de México. Explica que los movimientos son complejos y a menudo, desconocidos y se basan en tres elementos: la defensa de una identidad amenazada, el fortalecimiento de las tradiciones propias y la coacción por parte de fuerzas externas, de cambiar sus ideas. Pero estos no suceden durante las crisis agrarias en que los indígenas pasan hambrunas. Más bien se dan cuando mejora la economía y la razón es muy sencilla: unos empiezan a beneficiarse más que otros y

entonces el resentimiento se torna en el mejor augurio de caos social¹⁰. Otra que encuentra lo mismo es Skocpol en su análisis de las revoluciones francesa, rusa y china¹¹. En su texto, Skocpol «ofrece un marco de referencia para analizar las transformaciones social-revolucionarias en la historia del mundo moderno» y discute y compara las causas de la Revolución Francesa de 1787-1800, la Revolución Rusa de 1917-1921 y la Revolución China de 1911-1949. Ninguna de estas sucedió durante los peores momentos de hambruna y desesperación sino cuando se produce una transformación económica y se incrementan las injusticias.

En nuestro caso de estudio, la economía costarricense salió de la Gran Depresión con el ingreso de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. A partir de esto, la demanda de café, cabuya, hule y vegetales para el Ejército Americano empezó a resurgir. Sin embargo, una de las crisis económicas que afectan a lo interno del país, es la especulación con los precios de las mercancías, crisis de abastecimiento; en agosto de 1939 se aprueba la Ley de Subsistencias, que determina los casos para la importación de granos ante el aumento de los precios. Existe mucha gente aprovechada e inescrupulosa; se crean las «comisiones de abastos» por cantón para evitar y controlar los precios de los productos al consumidor. En el caso del hule, la familia Calderón es la que obtiene el monopolio

10 Florescano, Enrique. "Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810): ensayo sobre el movimiento de los precios y sus consecuencias económicas y sociales", El Colegio de México, México, (Nueva Serie, 4): 1971.

11 Skocpol, Theda. *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*. Canto Classics. Cambridge, England: Cambridge University Press: 1979.

de las llantas¹². Esto hace que el pueblo encuentre intolerable los monopolios y la corrupción. Como aducen Florescano y Skopol, el resentimiento popular es la mecha de la crisis de 1948.

12 Molina Jiménez, Iván (enero-junio 2002). «El resultado de las elecciones de 1948 en Costa Rica. Una revisión a la luz de nuevos datos». *Revista de Historia de América* (N° 130).

Carlos Francisco Echeverría

Los pocos sabios

El Buda, Lao Tse, Jesús

(Ensayo)

Preámbulo

A lo largo de la historia ha existido cientos, quizá miles de religiones en todo el mundo. Sin embargo, solo algunas de ellas han alcanzado una influencia que pueda considerarse universal, ya sea por la adhesión de la gente a sus doctrinas o por el impacto cultural de sus ideas. Ellas son el Budismo, el Taoísmo, el Cristianismo y el Islam. Cada una de ellas tiene su origen en la enseñanza de un sabio o un profeta. Mahoma, fundador del Islam, escribió de su puño y letra un extenso libro en el que explica su doctrina. Como todas, esta es objeto de numerosas y variadas interpretaciones, pero no existe duda sobre cuáles fueron las palabras que usó el profeta para exponerlas. Distintos son los casos de los otros tres fundadores de grandes religiones. Hasta donde sabemos Jesús de Nazaret no escribió nada, sino que sus hechos y enseñanzas fueron registrados, varias décadas después de su muerte, por seguidores que probablemente no le conocieron. Algo similar ocurrió con el Buda, aunque en su caso la doctrina fue transmitida oralmente por varios siglos antes de ser puesta por escrito.

De Lao Tse la leyenda dice que escribió de propia mano los 81 poemas del Tao Te King. No obstante, las investigaciones modernas sugieren que el gran clásico pudo haber tenido dos o más autores en épocas distintas. En cualquier caso, sobre la incierta base de la enseñanza de esos tres hombres (porque la de Mahoma no es incierta) se han construido inmensos edificios doctrinales, con sus correspondientes jerarquías, festividades y rituales. Algo muy sólido tuvo que haber en esas prédicas para que su influencia irradiese de tal manera a través de los siglos.

Sin embargo, no es frecuente hallar ese pensamiento en estado puro. Los textos de la sabiduría antigua nos llegan mezclados con ideas y creencias que se les han adherido a lo largo de los siglos. El pensamiento primordial de quienes reflexionaron sobre el mundo y la vida en tiempos más diáfanos, menos contaminados de historia, se nos presenta hoy envuelto en muchas capas de ropajes ajenos, a menudo teñidos por los intereses de generaciones de castas sacerdotales. Pero las ideas fundamentales siguen estando allí, en textos primigenios que la arqueología y la lingüística nos permiten desentrañar. Si logramos despojar el pensamiento de los antiguos sabios de las numerosas distorsiones, adiciones y supersticiones que les han agregado miles de escribas, religiosos y fanáticos a lo largo del tiempo, encontraremos las raíces de su sabiduría. A esa tarea se han entregado las mentes lúcidas y cultivadas de no pocos eruditos y académicos. Sobre sus hallazgos se sustentan los tres ensayos que componen este libro. No tienen otra pretensión que dar a conocer lo que otros han descubierto: el saber desnudo de tres grandes sabios cuyas enseñanzas, aun refractadas a través de innumerables cristales, han impactado las vidas de miles de millones de personas.

El Despierto

Las religiones, en general, prosperan y se difunden asociadas a estructuras políticas y culturales. El cristianismo, por ejemplo, nació en el extremo oriental del Mediterráneo, pero su expansión territorial e incluso su desarrollo doctrinario estuvieron vinculados al imperio romano y a las estructuras de poder que le sucedieron, primero en Europa y luego en América. Ciertamente hay cristianos fuera de esos ámbitos, en todos los continentes, pero su fe y su práctica religiosa llegaron de la mano de la penetración militar, cultural y económica de Occidente. El Islam, que fue político desde su origen y lo sigue siendo hoy, ha demostrado un impresionante vigor para atravesar fronteras e impregnar con su fe a naciones enteras, principalmente a través de la conquista territorial o de la conversión de los soberanos y las élites de esas naciones. Incluso la adhesión de muchos de sus nuevos fieles está fuertemente asociada a motivaciones políticas. Otras religiones, como el hinduismo y el judaísmo, se han mantenido relativamente confinadas al ámbito geográfico o étnico de la nación que les vio nacer.

El budismo es, en este orden de cosas, una extraña excepción. En la India, donde nació, es hoy una religión muy minoritaria. Aunque su primera oleada de crecimiento fue hacia el sur del continente y hasta el actual Sri Lanka, la joven religión pronto perdió fuerza en la India y se extendió más bien hacia el norte y el este del continente asiático. Poco afín al poder político, por la esencia misma de su doctrina, rara vez el budismo ha tenido el apoyo de militares y gobernantes, con la notable excepción del reinado de Ashoka en la India (c. 269 - c. 232 a.C). Su expansión se ha dado en general a contrapelo de las fuerzas políticas y

militares, y más bien ha sido víctima de persecuciones y represión, pese a su clara vocación pacifista. El budismo ha carecido además de una institucionalidad centralizada y, por lo tanto, de una acción propagandística y misionera organizada. Y, sin embargo, a pesar de todo ello, no ha cesado de crecer a lo largo de los siglos. Hoy se estima que hay alrededor de 500 millones de budistas en Asia.

De las religiones orientales que Occidente descubrió con fascinación, sobre todo en el siglo XX, ninguna ha calado tan hondo como el budismo. Quizá no en la forma de adhesión a sus postulados, pero sí, cuando menos, como respeto y admiración por sus representantes –en especial por el Dalai Lama, máxima autoridad del budismo tibetano– y en el ejercicio de su práctica central: la meditación. Incluso la cultura popular ha incorporado algunos conceptos de clara raíz budista: la idea del ego como una engañosa prisión psicológica, hecha de pasiones y temores; el recelo por los apegos, el concepto del karma y la ambición del nirvana. Lo que hoy se designa con el término inglés *mindfulness* tiene su origen, como veremos, en el método básico de la meditación budista.

Como ocurre con todas las religiones, la enseñanza esencial de su fundador se ha revestido a lo largo del tiempo con una enorme variedad de agregados doctrinales y rituales. Eso es particularmente cierto en el caso del budismo, que ha evolucionado por dos mil quinientos años en culturas y lugares muy distantes entre sí, en todo el continente asiático. Es común hablar de dos grandes tradiciones: el budismo Theravada y el Mahayana. Sin embargo, detrás de esos dos nombres hay una gran diversidad de creencias, y sobre todo de prácticas. Es razonable suponer que en la esencia común a todas ellas se encuentra el

núcleo, la semilla que ha irradiado su poder persuasivo sobre millones de seres humanos que, a lo largo de la historia, han hallado en el budismo una guía para sus vidas. Acercarnos a esa idea central, a esa semilla, es el objeto principal de este ensayo.

El viejo maestro

Se dice a menudo que el Tao Te Ching¹³ es el libro que ha sido objeto de más traducciones después de la Biblia. Eso tiene varias explicaciones. La primera es que se trata de un texto relativamente breve. Está formado por 81 capítulos en forma de poemas, de los cuales el menor tiene apenas cuatro versos, el mayor veintidós. Al texto tradicional se le llama a veces “el clásico de los cinco mil caracteres” porque, en efecto, sus diversas versiones en idioma chino tienen aproximadamente ese número de ideogramas. Otra razón por la que el libro ha sido traducido muchas veces es que los enunciados que forman esos caracteres rara vez tienen significados unívocos; a menudo son abstractos, enigmáticos, y por lo tanto interpretables por el traductor. Para cualquier estudioso del antiguo pensamiento chino es tentadora la idea de crear su propia interpretación de este clásico. Pero, naturalmente, el hecho de que existan centenares de versiones del Tao Te Ching, y el que estas hayan tenido y sigan teniendo numerosos lectores, se explica ante todo por su singular profundidad filosófica. Quien lo lee, incluso por primera vez, no puede dejar de sentirse impactado por una voz distinta de todas las demás; por un tono reflexivo que mana de una especie de profunda sabiduría natural. Paradójico, sorprendente, y al mismo tiempo armonioso y terso en la

13 Tao Te Ching es la forma en que se designa a este libro en el sistema de romanización del idioma chino desarrollado por Thomas Wade y Herberth Giles, y que se mantuvo en uso a lo largo del siglo XX. A partir de 1979 se utiliza preferentemente el sistema *pinyin* (en el cual, por ejemplo, Pekín pasó a ser Beijing). Nosotros usaremos el sistema Wade-Giles porque es el que mejor se ajusta a la pronunciación española, a diferencia del *pinyin*, que remite a la pronunciación inglesa. En el sistema Wade-Giles al legendario autor del Tao Te Ching se le llama Lao Tse. En el sistema *pinyin* se le conoce como *Laozi*. Es tradicional en China referirse a los libros clásicos por el nombre de su autor. Así, al Tao Te Ching se le designa casi siempre, en los trabajos académicos, como el *Laozi*; es decir, el libro escrito por Lao Tse o Laozi.

expresión, el Tao Te Ching no deja indiferente a ningún lector.

A partir de este breve libro se han desarrollado dos poderosas corrientes, una filosófica y otra religiosa. Su génesis y desarrollo tuvieron lugar en la antigua China, y el taoísmo religioso sigue siendo una de las principales vertientes de la espiritualidad en la China moderna, entremezclado con creencias del budismo Mahayana y del confucianismo. El taoísmo filosófico, que existe en forma independiente del religioso desde hace muchos siglos, pervive sobre todo en ámbitos académicos en Asia. Algunos pensadores chinos contemporáneos piensan que podría llenar un vacío en su país, que dejó atrás los valores del confucianismo y también los del marxismo maoísta. En 1956, el historiador y científico inglés Joseph Needham postuló a la doctrina taoísta como una especie de antídoto a los males del capitalismo; en nuestros tiempos, esa tesis merece al menos una segunda lectura. Traducido a diversas lenguas europeas, el Tao Te Ching ha hallado un lugar en muchos hogares y bibliotecas, en tanto que autores como Fritjof Capra y Linda Kohanov transponen ideas taoístas a espacios del pensamiento fuera de la ciencia y la religión. Parece ser que aquel viejo libro todavía tiene mucho que decirnos.

El profeta rebelde

El cristianismo es la fe con más seguidores en el mundo. Más de mil millones de personas en todos los continentes se consideran cristianas, aunque su observancia de los preceptos y su participación en los rituales religiosos es muy variable. A lo largo de veinte siglos las iglesias

cristianas se han escindido y diversificado muchas veces, al tiempo que han acumulado poder e influencia incalculables, sobre todo en Occidente. Ese poder y esa influencia están presentes en la política, en la cultura y en la vida cotidiana de gran parte de la humanidad, tanto entre cristianos como entre no cristianos, en virtud de que las tradiciones y creencias de esa fe están densamente entretrejidas en el estilo de vida occidental, y este campea dominante en buena parte del mundo. Es significativo el hecho de que el calendario que rige en la mayor parte del planeta tiene como punto de partida, aunque inexacto, el año del nacimiento de Jesús.

Asombra pensar que ese inmenso aparato social y cultural tenga su origen en la breve prédica de un aldeano judío de poco más de treinta años de edad, que nunca escribió nada, hablaba un idioma marginal (el arameo), no fue conocido en vida más allá de los confines de su natal Palestina, y además fue ejecutado sin que ni sus discípulos ni nadie más hiciera mayor cosa por evitarlo.

El hecho de que sus seguidores proclamaran, muchos años después de su muerte, que Jesús de Nazaret era Dios mismo, misteriosamente encarnado en forma humana, y la reverencia que inevitablemente acompaña a semejante designación, han hecho difícil la investigación sobre ese hombre y su mensaje esencial. Más aún, el que su figura haya dado origen, en apenas unas cuantas décadas, a todo un movimiento eclesial con sus jerarquías, rituales y controversias, contribuyó a oscurecer y confundir su mensaje. Este fue escrito y divulgado originalmente por unos pocos autores, miembros de su secta, entre veinte y setenta años después de su muerte, y en idioma griego. A partir de esa incierta base se desarrollaron dos mil años de

discusiones y elucubraciones que incluso dieron lugar a toda una disciplina académica: la teología.

Por más de mil seiscientos años, las iglesias cristianas han administrado el saber respecto de Jesús sobre la base de veintisiete textos, reunidos en lo que se conoce como el Nuevo Testamento: los cuatro evangelios canónicos (cuyos autores han sido convencionalmente designados como Mateo, Marcos, Lucas y Juan); el libro de los Hechos de los Apóstoles, cuya autoría muchos atribuyen al evangelista Lucas; las cartas de Pablo de Tarso a las comunidades cristianas emergentes en Roma y en varias ciudades del Mediterráneo oriental, y otras cartas atribuidas a Santiago, Pedro, Juan y Judas. El libro del Apocalipsis o de las Revelaciones, con el que concluye el Nuevo Testamento, dice poco acerca de Jesús, el hombre de carne y hueso, y su mensaje.

José Ricardo Chaves

Paseando con el Minotauro

Prosa breve (1984-2019)

(Ensayo)

La esfinge pederasta

Los libros no mueren, solo duermen. Se despiertan cuando el lector los activa con nuevos sentidos, en otras situaciones. Es lo que me pasa al releer una de las primeras novelas costarricenses, *La esfinge del sendero* (1914), de Jenaro Cardona, cuyos asuntos relativos al celibato sacerdotal cobran nueva vida a la luz del destape mediático de los últimos años sobre las actividades sexuales del clero católico, en especial, aunque no exclusivamente, con escándalos vinculados a pederastia, abuso, violación y homosexualidad. Previamente Cardona había publicado la novela *El primo* (1905), que a juicio de algunos merece ser considerada como la primera novela nacional, y no *El moto*, de García Monge, que por su estructura y extensión corresponde más bien a una nouvelle o novela corta.

Antes de avanzar y para mayor claridad hay que separar pederastia de homosexualidad, al contrario de lo que muchos mañosamente pretenden hacer, pues en una sociedad moderna, laica y democrática la primera es un

crimen y la segunda una “preferencia” sexual, un acuerdo erótico entre ciudadanos adultos que, cuando ocurre, debe darse sin represión ni discriminación.

Por otra parte, la pederastia como crimen se expresa tanto por vías homosexuales como heterosexuales; son niños y niñas, menores de edad, los que son abusados por adultos (hombres y mujeres) *de cualquier preferencia sexual*.

Esta pederastia criminal tampoco hay que confundirla con modelos pederásticos de tiempos antiguos, como el de los griegos (Sócrates es el ejemplo clásico de pedagogía erótica) o el de monjes budistas en Japón en siglos pasados, que no suponían el rompimiento de ninguna ley (pues sus sociedades eran bien permisivas para lo que hoy llamamos homosexualidad), e idealmente se daban dentro de un marco de maestro-discípulo, con fines formativos, ya para la vida civil, como en los griegos, ya para la vida religiosa, como en los japoneses.

La novela de Cardona se ambienta en los primeros años del siglo XX (aunque tirando hacia atrás en términos de nostalgia) y presenta los avatares amorosos y sexuales de varios sacerdotes, a partir del asunto del celibato que, de entrada, es rechazado por el narrador aunque no por sus personajes –en teoría, no en la práctica–, quienes ante dicho dogma impuesto por la Iglesia reaccionan de distintas maneras: desde quienes lo sobrellevan con dificultad hasta quienes lo quebrantan, en su mayoría por vías heterosexuales, pero también en forma homosexual, como ocurre con el padre Hans, de origen polaco o alemán, con lo que se muestra al primer personaje homosexual en las letras patrias.

Su diferente nacionalidad es importante pues, dado el marco homofóbico de Cardona propio de la época (la misma que condenó a Oscar Wilde en Inglaterra apenas

unos años antes), la homosexualidad sacerdotal fue vinculada así con algo extraño al país, llegado de afuera cual extraterrestre erótico, nada que ver con los sacerdotes nacionales que, aunque pecadores, se vinculaban con mujeres y hasta tenían hijos con ellas. Esto era más un deseo que un hecho, pues la homosexualidad no depende de una nacionalidad ya que habita en todas y desde siempre, aunque con nombres y explicaciones distintas. Tómese en cuenta al respecto la información brindada por Iván Molina en su libro *La ciudad de los monos* (2001): tan solo en un cuarto de siglo (entre 1876 y 1901), hubo 29 acusaciones contra eclesiásticos –casi todos costarricenses, unos pocos extranjeros– por cargos de solicitación, concubinato, homosexualidad, fornicación, adulterio y violación, formuladas por las propias víctimas, por grupos de vecinos, por otros sacerdotes, incluso por el hermano de uno de los acusados.

Y es que justamente la novela de Cardona se escribió con un viejo escándalo sexual de trasfondo, similar a los de hoy, solo que se quedó en el ámbito de lo discreto, lo que no evitó en su momento la consecuencia política de expulsión de los paulinos tras denuncia, proceso y comprobación médica de prácticas homosexuales con estudiantes. Esto había ocurrido en 1885, pero fue dado a conocer en la prensa hasta 1907 por José María Billo Zeledón (autor de la letra del Himno Nacional). Para efectos del asunto homosexual, Zeledón disoció a los paulinos extranjeros del “buen” clero local, igual que Cardona hace en su novela por un prurito nacionalista.

Lo que se observa no es solo un pasaje más de la lucha entre católicos y liberales en Costa Rica, ya no en el siglo XIX sino a principios del XX, sino el planteamiento público en la prensa de la conducta criminal en materia

sexual de algunos curas, algo que no se discutía en espacio abierto, y menos para referirse al clero de casa. Sobre todo esto hila la novela de Cardona con mucho estilo, con perspicacia psicológica pese al lenguaje florido, su temática la torna completamente afín a nuestra época, a pesar de haber sido escrita hace casi cien años.

En la muestra clerical que nos presenta Cardona está el cura que se santifica en su abstinencia, está el débil que cede a su impulso sexual pese al voto y que mantiene concubinatos y mancebías; está el ojiverde padre Hans atraído por el virtuoso Rafael María, joven que, pese a su devoción, terminará por colgar los hábitos y acceder así al sexo y al matrimonio. El punto de vista narrativo no es tanto antirreligioso como anticelibato. Se inscribe en ese conflicto entre lo laico y lo religioso de la primera década del siglo pasado, tan lejos y tan cerca, en el que la militancia masónica del autor no deja de tener su peso. Esta novela no es arqueología literaria sino pasado que reencarna en lectura presente y que alumbra lo de ayer y lo de hoy.

(27-5-2012)

Carla Pravisani

Taxidermia del cuento

(Ensayo)

El mito de origen

Esta es una idea de Piglia que escuché de la boca del escritor catalán Jordi Carrión y que me reencontré en el libro del costarricense Carlos Fonseca *La lucidez del Miope*: tiene que ver con que todo escritor inscribe en sus textos su mito de origen, todo escritor cuenta, de una manera u otra, cómo accede al mundo de la lectura y de la literatura.

Una de las cuestiones que más incomodidad causa el primer día del taller es la de responder a la pregunta sobre cuáles han sido las lecturas hechas a lo largo de los años. Muchos se acongojan, sienten como si hubiera una obligación tácita y un mandato a leer *El Quijote*, *Ulises* y *La Divina Comedia* para empezar a escribir o para sentirse digno de interesarse en la literatura.

Si bien es cierto que la buena lectura conduce poco a poco a la buena escritura, los vínculos con aquello que nos moviliza para sentir el deseo de narrar no necesariamente responden a un catálogo de autores del canon. A veces lo que nos conecta con el universo literario tiene que ver con el comic, con los libros de biología, con los manuales de mecánica, con los cuentos que nos narraba una abuela las noches en el campo, con los olores de la

infancia o con alguna motivación completamente alejada de la alta literatura. La cantidad de fuentes que pueden disparar nuestro interés por la narrativa son incontables y es importante priorizar aquello que nos sirve de motor, los fuegos primigenios que encienden nuestro interior, porque es de ese material justamente de donde mana lo auténtico de cada uno de nosotros. Gertrude Stein advertía que luchamos contra la mayoría de nuestras peculiaridades hasta los cuarenta años y luego descubrimos, demasiado tarde, que esas cualidades singulares constituyen nuestra verdadera identidad: son nuestro yo más íntimo y como tales deberíamos haberlas apreciado y estimulado.

Por otra parte, no necesariamente los autores que uno más admira son los que más nos influyen. Cada escritor construye su genealogía, su novela familiar literaria con parentescos, exclusiones y conflictos. Piglia hace énfasis en esas lecturas que nos producen un efecto inolvidable. Momentos que tienen que ver con la memoria personal del lector y que producen un impacto duradero, una experiencia fuerte. Esas primeras impresiones lectoras nos abren la puerta a una realidad paralela. David Grossman se expresa así de cuando descubrió a uno de sus autores favoritos, Bruno Schulz, escritor que le causó un profundo impacto: «Leí el libro en un día y una noche, con un delirio desenfrenado y una sensación que ahora me avergüenza un poco, la que tienen los enamorados: la de haber encontrado a la persona que nos está destinada». Además en su libro *Escribir en la oscuridad* cuenta la anécdota de una vez que lo invitaron a hablar en una conferencia sobre esos autores que lo habían influido; en ese momento recordó a Jaim Najman Bialik que escribió *Mi poesía* y que no habló de las fuentes de inspiración literarias en su obra poética sino que evocó el canto seco y vacío

del grillo que se había instalado en casa de su padre y del profundo suspirar de su madre al quedarse viuda. Entonces el escritor israelí pensó en sí mismo, en aquello que lo había estimulado y concluyó que el origen de su necesidad de escribir era una sensación casi física: la asfixia, una forma de claustrofobia, sentirse encerrado entre las palabras de los demás. Es decir, ciertas cuestiones intangibles fueron las causantes de su necesidad de volverse escritor.

Otra cuestión que se discute o entra en cuestionamiento para quienes empiezan es el tema de *estudiar letras* como una forma de sumergirse en una marmita de conocimiento que valide las ganas de narrar. Esta es otra idealización, porque por la literatura han pasado físicos, músicos, químicos, médicos, mineros, abogados, periodistas, ladrones, por citar solo algunos ejemplos. Incluso Scott Fitzgerald creía que a muchos escritores los beneficiaba el hecho de formarse en un oficio totalmente ajeno a la literatura porque obtenían abundante material literario y una perspectiva desde la cual observar la realidad. Así que, más allá de lo que uno haga para ganarse la vida, lo aconsejable es pensar y enfocarse en qué es lo que nos moviliza. A veces los temas se nos imponen. El escritor argentino y coordinador de talleres Marcelo di Marco aconseja ir derecho al inconsciente para buscar ese material que, por fuerza, será distinto del de los demás; y contar nuestra historia con nuestras propias palabras; en definitiva, decir lo que tengamos que decir. Exorcizar esos demonios proyectándolos hacia afuera, haciéndolos palabras que es una forma de materializar las obsesiones. «Todo cuento breve plenamente logrado, y en especial los cuentos fantásticos, son productos neuróticos, pesadillas o alucinaciones neutralizadas mediante la objetivación y el traslado a un medio exterior al terreno neurótico», pensaba Cortázar. Adentro

nuestro está la arcilla que nos dará relatos a nuestra imagen y semejanza.

En búsqueda del criterio propio

Si bien cualquier forma de entrar a la literatura es válida, una vez que ingresamos es importante acercarnos a esos árboles que dan sombra; a esos grandes autores cuyos libros cultivan nuestro espíritu crítico y nuestra voluntad de exigencia. El escritor Vicente Luis Mora habla de la importancia del rol de la crítica de establecer jerarquías y alejarse del relativismo estético, entendiendo como relativismo estético la tendencia posmoderna de pensar que *todo vale* y que, en términos estéticos, todo vale lo mismo. «A escribir se aprende, en gran medida, a través de la lectura detenida de los buenos libros, al analizar los trucos de los clásicos y de los maestros contemporáneos cuando se estudian sus estructuras, se remedan sus hallazgos y se aprende de sus errores», nos dice. Y esto corre como consejo también para los escritores en ciernes: no todo lo que leemos tiene la misma calidad literaria. Y como resulta imposible no impregnarnos de aquello que nos impresiona, una vez que nos adentramos en el trabajo serio hay que subir los parámetros y leer a quienes hicieron escuela, a quienes marcaron *un antes* y *un después*. El mercado está lleno de libros olvidables; y aprender a separar, a distinguir entre los imprescindibles y los desechables es indispensable para formar criterio propio y, por ende, autocrítica.

Colección Sulá

Pensamiento crítico

Paul Lafargue

El derecho a la pereza

(Refutación del derecho al trabajo de 1848)

(Ensayo)

Capítulo uno Un dogma desastroso

*“Seamos perezosos en todo,
excepto en amar y en beber,
excepto en ser perezosos.”*

Lessing

Una extraña locura se ha apoderado de las clases obreras de los países en que reina la civilización capitalista. Esa locura es responsable de las miserias individuales y sociales que, desde hace dos siglos, torturan a la triste humanidad. Esa locura es el amor al trabajo, la pasión moribunda del trabajo, que llega hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de su prole.

En vez de reaccionar contra tal aberración mental, los curas, los economistas y los moralistas, han sacrosantificado el trabajo.

Hombres ciegos y de limitada inteligencia han querido ser más sabios que su Dios; hombres débiles y despreciables, han querido rehabilitar lo que su Dios había maldecido.

Yo, que afirmo no ser cristiano, ni economista, ni moralista, apelo a lo que en su juicio hay del de Dios; a los sermones de su moral religiosa, económica, librepensadora, a las espantosas consecuencia del trabajo en la sociedad capitalista.

En la sociedad capitalista, el trabajo es la causa de toda degeneración intelectual, de toda deformación orgánica. Comparad los purasangre de los establos de los Rothschild, servidos por una legión de bímanos, con las pesadas bestias normandas, que aran la tierra, acarrean el abono y transportan la cosecha a los graneros. Mirad al noble salvaje que los misioneros del comercio y comerciantes de la religión no han corrompido aún con sus doctrinas, la sífilis y el dogma del trabajo, y mírese a continuación a nuestros miserables sirvientes de las máquinas¹⁴.

14 Los exploradores europeos se detienen asombrados ante la belleza física y el altivo talante de los hombres de las tribus primitivas, que no han sido contaminadas aún por lo que Eduard Poeppig llama el «aliento envenenado de la civilización». Hablando de los aborígenes de las islas de Oceanía, Lord George Campbell escribe: «No hay pueblo en el mundo que impresione tanto a primera vista. Su piel lisa y de un tono ligeramente cobrizo; sus cabellos dorados y rizados; su risueño y hermoso rostro; en una palabra, toda su persona, presenta un nuevo y espléndido modelo del *genus homo*; su aspecto físico nos da la impresión de una raza superior a la nuestra.»

Con la misma admiración, los civilizados de la antigua Roma, los Césares y los Tácitos, contemplaban a los germanos de las tribus comunistas: invadidas por el imperio romano.

De la misma manera que Tácito, Salviano –el cura del siglo V– a quien apodaron «el maestro de los obispos», presentaba a los bárbaros como modelo a los civilizados y cristianos: «Somos impúdicos, en comparación con los bárbaros, más castos que nosotros. Aun más, los bárbaros se ofenden ante nuestra falta de pudor. Los godos no permiten entre ellos a los libertinos de su nación; entre ellos, solo los romanos poseen el derecho a ser impuros por el triste privilegio de su nacionalidad y de su nombre, [La pederastia estaba entonces de moda entre los paganos y los cristianos...] Los oprimidos se van con los bárbaros en busca de humanidad y protec-

Cuando en nuestra Europa civilizada se quiere encontrar un rastro de la belleza nativa del hombre, debemos buscarlo en las naciones donde los prejuicios económicos no han desarraigado aún el odio al trabajo. España, que, ¡ay!, también va degenerando, puede aún vanagloriarse de poseer menos fabricas que nosotros prisiones y cuarteles; pero el artista goza al admirar al audaz andaluz, moreno como las castañas, derecho y flexible como un tronco de acero; y nuestro corazón se estremece oyendo al mendigo, soberbiamente arropado en su capa agujereada, tratando de *amigo* a los duques de Osuna.

Para el español, en quien el animal primitivo no está atrofiado, el trabajo es la peor de las esclavitudes¹⁵. Al igual que los griegos de la gran época que no tenían más que desprecio por el trabajo: solamente a los esclavos les estaba permitido trabajar; el hombre libre no conocía más que los ejercicios corporales y los juegos de la inteligencia.

Fue aquel el tiempo de un Aristóteles, de un Fidias, de un Aristófanes; el tiempo en que un puñado de bravos destruía en Maratón las hordas del Asia, que Alejandro conquistaría rápidamente.

Los filósofos de la Antigüedad enseñaban el desprecio al trabajo, esta degradación del hombre libre; los poetas cantaban la pereza, ese regalo de los dioses: *O Melibae, Deus nobis hoc otia fecit.*¹⁶

ción.» (De Gobernatione Dei.)

La vieja civilización y este naciente cristianismo corrompieron a los bárbaros del viejo mundo, como las prácticas del cristianismo decadente y la moderna civilización capitalista corrompen a los salvajes del nuevo mundo.

El Sr. F. Le Play, cuyo talento de observación se debe reconocer, aun cuando no se acepten sus conclusiones sociológicas, impregnadas de prudhonismo filantrópico y cristiano, dice en su libro *Los obreros europeos* (1855):

15 Hay un proverbio español que dice: Descansar es salud.

16 *Oh Melibea, un Dios nos ha dado estos ocios.*

Cristo, en su sermón de la montaña, predicó la pereza: “Contemplad cómo crecen los lirios de los campos; ellos no trabajan, ni hilan, y sin embargo, yo os lo digo, Salomón, en toda su gloria, no estuvo más espléndidamente vestido”.¹⁷

Jehová, el dios barbudo y de aspecto poco atractivo, dio a sus adoradores el supremo ejemplo de la pereza ideal: después de seis días de trabajo se entregó al reposo por toda la eternidad.

¿Cuáles son, en cambio, las razas para quienes el trabajo es una necesidad orgánica? Los auverneses¹⁸ en Francia; los escoceses, esos auverneses de las islas británicas; los gallegos, esos auverneses de España; los pomerianos, esos auverneses de Alemania; los chinos, esos auverneses de Asia.

En nuestra sociedad, ¿cuáles son las clases que aman el trabajo por el trabajo? Los campesinos propietarios, los pequeños burgueses, quienes, curvados los unos sobre sus tierras, sepultados los otros en sus negocios, se mueven como el topo en la galería subterránea, sin enderezarse nunca más para contemplar a su gusto la naturaleza.

Y también el proletariado, la gran clase de los productores de todos los países, la clase que, emancipándose, emancipará a la humanidad del trabajo servil y hará del animal humano un ser libre; también el proletariado, traicionando sus instintos e ignorando su misión histórica, se ha dejado pervertir por el dogma del trabajo.

Duro y terrible ha sido su castigo. Todas las miserias individuales y sociales son el fruto de su pasión por el trabajo.

17 El Evangelio según San Mateo, capítulo VI.

18 Natural de Auvernia, región histórica y cultural de Francia que, hasta 2016, fue una región administrativa. (Nota del editor).

Colección
El Cuervo

Novela negra

Maurizio Campisi
El secreto de Julia
(Novela negra)

El segundo día
(martes)

El doctor Merino se asombró cuando vio en el ambulatorio dos hombres del Servicio de Inteligencia. Tenían modos rudos y pocas ganas de perder el tiempo. Le pidieron velozmente el cuerpo de Julia Terrubares, entregándole un documento firmado por un juez que prohibía la autopsia del cadáver de la chica.

Merino no hizo nada para esconder su sorpresa. Leyó velozmente la disposición judicial y por tanto les dijo que ni siquiera había visto el cuerpo en cuestión.

«No sé de qué cadáver están hablando. Aquí hay tantos.»

«¿No ha visto el de una chica?»

«Debe de ser uno de esos últimos y hay que ir por orden. Es el procedimiento. Ese cadáver debe estar todavía en la fila», respondió calmado Merino.

«Mejor. Si las cosas están así le hemos ahorrado tiempo.»

Mientras uno hablaba, el otro agente miraba alrededor. El ambulatorio no era más que una habitación estrecha y sin adornos, de partes obtenidas de láminas de

gypsum a las que se había dado una rápida mano de pintura blanca. Merino había engastado su escritorio en una de aquellas paredes –la que estaba frente a la puerta– con las pilas de documentos y fascículos que no encontraban lugar en los estantes. El agente mudo observaba, anotando mentalmente, como se le había enseñado, los detalles del despacho del médico. Seguramente estaba sopesando la utilidad de rebuscar entre aquellos papeles: si se lo hubiesen pedido habría tenido que hacerlo, aunque con ganas habría prescindido de ello.

«¿De veras consigue seccionar tantos cadáveres usted solo?», retomó el agente que hablaba.

«Tengo mis asistentes», respondió el médico, mirando fijo al polizonte.

Merino sabía cómo tratar a aquella gente. Lo importante era no perder la calma y mostrar seguridad.

«¿Está seguro de que no se ha divertido troceando a la chica?» El agente pensó haber dicho algo divertido porque inició una sonrisa que a Merino le pareció solo desagradable.

«Soy el responsable de todas las autopsias», comentó seco.

El otro dejó de reír e intentó retomar un porte conforme a la oficialidad de la situación. «Antes de venir aquí he dado una ojeada al archivo. Su nombre me recordaba algo.»

«Imagino.»

«Usted es el médico que hacía favores a los liberales.»

Sintió una onda de calor en las sienes, pero se reprochetó firmemente no dar satisfacción alguna a aquellas personas que habían invadido su espacio y su tranquilidad.

«He hecho favores a mucha gente, como ocurre con frecuencia en este país: a veces se acierta y a veces no.»

El agente mudo tenía en su mano un fascículo cualquiera y ojeaba las páginas. Bajo su mirada pasaron datos y términos de los que no conocía el significado.

«Por favor», dijo Merino. «No me desordenen el despacho. Por lo que sé, para meter las narices en esos documentos se necesita un mandato de registro.»

El polizonte mudo levantó la mirada. Sin descomponerse recolocó el fascículo, mientras el otro colega volvía a hablar.

«En situaciones como esta, sin embargo, es necesario ser capaces de reconocer a los amigos.»

«Amigos o no amigos, tienen en mano una orden del tribunal, así que no me queda más remedio que seguir el mandato del juez.»

Merino se auguró que llegados a ese punto no le solicitasen ver el cadáver de Julia Terrubares, que acababa de seccionar ni siquiera media hora antes. Si hubiesen comprobado, su bluff habría caído y no conseguía imaginar con qué consecuencias. Merino, sin embargo, había tenido la precaución de destinar el cadáver de la chica a una de las celdas apenas terminado el examen autóptico. El técnico enviado por Navarra había hecho rápido su trabajo, la reparación había sido fácil: un temporizador se había quemado en un cortocircuito, cuya pieza de recambio había costado solo 200 pesos en el Mercado Oriental. Si el técnico no hubiese llegado a tiempo, probablemente los dos agentes habrían tropezado con el cadáver de la Terrubares abandonado sobre una de las camillas aparcadas en los pasillos, recosido sin muchas pretensiones.

La petición de ver el cuerpo de la desventurada chica no llegó. El agente que hablaba parecía más interesado en intimidar a Merino, que en hacer bien su trabajo. Era uno de los defectos del servicio de inteligencia, cuyos agentes

propendían más al machismo y a la actitud de duros que a cuidar los detalles de una investigación. Tras un par de preguntas se dieron por satisfechos.

Apenas se hubieron ido, Merino salió al patio y llamó por el móvil a Navarra.

«Espero que tú no me hayas metido en problemas», inició, con un tono de voz de pocos amigos.

«¿Qué ha pasado?»

El médico forense le explicó velozmente los acontecimientos.

«Lo siento», se defendió Navarra. «Jamás hubiera pensado que habrían llamado a los perros lobo.»

«Espérate la visita de esos dos matones», le dijo.

«Aquí estoy que les espero con trepidación.»

«Sí, bravo. Está atento, sabes cómo van estas cosas. Échale un vistazo al fax que te mando. Según yo te has metido en un avispero. Hay otra cosa y esta te la quiero decir personalmente.»

«¿Qué es?»

«El tatuaje.»

«Los dados que la conectan a la banda.»

«Exacto. Con un pequeño detalle: estaba recién hecho.»

Navarra sonrió.

«La chica solo tenía otro tatuaje, en el panderero: una paloma que aferra una fresa. Bien distinto del lenguaje de las bandas, ¿no? Este de la muñeca lo había hecho pocas horas antes de la muerte. Interpretalo tú. También hay otros detalles, pero prefiero decírtelos en persona, después de que leas mi informe.»

El comisionado dio las gracias. Aquel detalle no hacía sino confirmar lo que el Tuzo le había dicho el día anterior. El tatuaje servía para despistar las investigaciones,

solo que a La Nacha le había ido mal: descubierto por los suyos, había sido asesinado por haber usado los símbolos de la banda para una ganancia personal. Todo cuadraba. Para dar un sentido a aquel homicidio faltaba aún un motivo y, sobre todo, el mandante.

Cerró la comunicación y esperó el fax. El teléfono sonó después de una decena de minutos y Navarra arrancó casi literalmente las hojas mientras salían de la máquina.

Se quedó sin palabras. Merino escribía que Julia Terrubares, en el momento de la muerte, estaba embarazada. Buscaba un motivo y helo aquí, servido en un plato. Demasiado bueno.

Navarra se había quedado con la hoja en la mano tras haber leído por dos veces el texto, casi superficial en la descarnada explicación del análisis preliminar sobre el cadáver de la chica. Después lo había doblado con diligencia y se lo había metido en el bolsillo de los pantalones. Un gesto instintivo y acertado, vista la brusca irrupción de los dos agentes del Servicio de Inteligencia. Solícitos y enérgicos, habían ido enseguida al grano. Navarra los observaba con mal disimulada tolerancia.

«¿Es usted el que ha solicitado realizar la autopsia?», había empezado el que debía ser el jefe.

«Es la praxis», había explicado Navarra. «Ya que nos ocupamos de muertes violentas, mandamos al muerto al Instituto Legal y esperamos el resultado de la autopsia. No me parece haber hecho nada anormal.»

«Tenemos una orden del juez que para la autopsia.»

«Bien.»

«Y usted ha mandato realizar la autopsia.»

«Sí. Porque es la praxis.»

«Esta es la orden del juez», dijo el agente que hablaba mostrándole un documento mal doblado con los sellos y

los timbres del tribunal. Aquella hoja, según Navarra, no valía. Un juez complaciente se encontraba siempre. Lo que quería saber era quién había tenido necesidad de ese favor. El comisionado ni siquiera se tomó la molestia de leer el documento.

«Qué quiere que le diga... no me queda más que actuar.»

«No queríamos que usted minusvalorase esta visita nuestra. Es una orden del juez. Debe abstenerse de... ¡cómo se dice, carajo! En definitiva, de abrir la muerta.»

«Entendido.»

Los dos se quedaron inmóviles, con las manos esperando quién sabe qué otra declaración de parte de Navarra. Viendo que no sucedía nada, se movieron. «En ese caso le agradecemos la colaboración.»

El agente que hablaba había usado a propósito un tono ácido. No le gustaba Navarra, se notaba. Y la antipatía de parte de Navarra era recíproca.

«No hay de qué. Estamos todos en la misma barca.»

«¿Qué quiere decir?»

«Trabajamos para el país, ¿no? ¿No somos todos policías?»

Los dos agentes asintieron y sin añadir nada más se fueron con los mismos modos rudos con los cuales habían entrado poco antes.

Francisco Alejandro Mendéz

Está de perros

(Novela negra)

Olintepeque, Quetzaltenango

- 3 de marzo - 12:00 am.

Cuando el comisario Wenceslao Pérez Chanán y el resto de su equipo policial llegaron a la esperpéntica escena, sus narices se toparon con un nauseabundo olor a carne quemada, la cual invadía cada molécula del aire. El fuego había reducido a cenizas los cuerpos, como cuando un voraz incendio hornea a una ardilla. De los cuerpos calcinados todavía salían hileras de humo, como si el pequeño lote baldío simulara lo compacto de un horno de microondas. Algunos testigos lloraban, otros, simples curiosos, abrían y cerraban los ojos como cámaras fotográficas incrédulas que disparan flashazos al vacío. Varios de los atacantes anónimos, con pañuelos en la cara, observaban los cadáveres de los cuatro hombres que recordaban los cuerpos rostizados de aves o cerdos colgados, trenzados, olvidados, cubiertos de sus propias cenizas en la churrasquería.

Algunos, que seguramente eran familiares o conocidos de los fallecidos, lloraban a moco tendido. Se abrazaban. Interrumpían sus plegarias únicamente para cortarse los mocos con las manos o secarse las lágrimas con las

mangas de sus camisas o blusas. Varios perros de la calle, mestizos, sin dueño merodeaban en espera de robar un trozo de carne. Uno de ellos, acanelado y con las costillas de fuera, tras haber recibido una fuerte patada en su estómago por realizar apenas el intento de morder uno de los cuatro cuerpos rostizados, deformados por las llamas y ennegrecidos por las elevadas temperaturas.

El sol, desde lo más alto del cielo, partía el cielo a la mitad. Solamente los giros parsimoniosos de los zopilotes cortaban por milésimas de segundos los fuertes rayos solares que caían despiadadamente sobre el sórdido panorama que presentaba el linchamiento de cuatro hombres en las afueras del poblado de Olinstepeque.

El detective Enio Orellana giró órdenes al fotógrafo de la policía nacional para que retratara cada ángulo de la escena del crimen. Los cuerpos permanecían semi cubiertos por chales, mantas, ponchos y hasta bolsas de plástico. Una curiosa y dolorida mujer ubicó cerca de los cuerpos chamuscados varios vasos de vidrio conteniendo agua, algunos ramos con hierbas verdes fueron esparcidos alrededor de los difuntos. Enio dio varias vueltas alrededor de los cuerpos, Tras pensarlo varias veces, le pidió a un agente para que el fotógrafo los descubriera para que capturara con su lente toda imagen posible del desastre. Desde los detalles mínimos de los cuerpos, como los restos de las manos que no habían sido alcanzados por las llamas, algunos huesos expuestos, jirones de ropa. También le había advertido que retratara a los pobladores y curiosos, quienes ejercían de público consternado. El detective recordó que el asesino siempre regresa a observar su puesta en escena. Es como un director de teatro que entra al anfiteatro para presenciar su obra maestra.

Claro que en este caso, quienes dieron muerte a estos hombres podrían ser varios directores de teatro y sería muy difícil ubicar a los responsables.

—*Acordate vos* Chucho que más de alguno de estos curiosos tuvieron que ver con la chamuscada que les pegaron a estos paisanos—, lo convenció Enio, mientras se dirigía a uno de los bomberos para entrevistarlo.

El Chucho se asemejaba precisamente a uno de los perros callejeros que merodeaban los cuerpos y esperaban el descuido de la multitud para robar un trozo. Era un hombre entrado en años, bastante delgado, un poco espigado y su caminado asemejaba a un bulldog cansado. Era conocido por su voracidad con las mujeres y seguramente, tras realizar su sesión fotográfica se acercaría a alguna de las campesinas para invitarla a bailar, a tomar una coca cola y para hacerle algunas fotos con y sin ropa.

Alrededor de la cinta amarilla que había colocado el ministerio público había un grupo de más de cien indígenas. Destacaban sus rostros color bronce, zanjados por las arrugas de la edad. Las mujeres portaban sus trajes de varios colores y caites en los pies, mientras que los hombres, se calzaban botas de hule, sombreros de paja y machete colgado en el costado o con redes vacías de vegetales, en la espalda.

Algunos niños retozaban entre la tierra y se lanzaban piedras entre ellos como jugando a policías y ladrones. Otros se perdían entre el mar de piernas, que como postes presenciaban firmemente la atroz escena. Sus ganas de diversión pesaban más que la curiosidad, por lo que casi ninguno le prestaba la atención más de lo necesario a la cuarteta de cuerpos achicharrados.

Uno que otro periodista merodeaba con impertinentes preguntas a los presentes, otros grababan tomas de

video desde diversos ángulos y se preparaban para transmitir exclusivas a una ansiosa audiencia que las esperaba casi religiosamente. Los oficiales del ministerio público tomaban notas y esperaban impacientemente la llegada del juez para que suscribiera un acta y pudieran levantar los cadáveres para trasladarlos a la morgue.

Colección Sulayom

Narrativa

Novela
Cuento
Crónica

Álvaro Rojas Salazar

Ambos mares

(Cuento)

Los guacamayos de Quiroga

A Mónica

En esa época nada me gustaba. Mi familia era un desastre y el colegio era peor. Yo tenía trece años y vivía con un padre al que no le quería hablar y con una madre a la que no quería oír. Fácil resulta comprender entonces que él no hablaba y que ella hablaba más de la cuenta. Él tomaba cerveza en silencio y ella deliraba religión de forma escandalosa. Si alguien dice que fue feliz en esa edad yo le creo; no fue mi caso y en eso mucho contribuyó el Colegio Seminario, un lugar en el que había que persignarse cada mañana en un cristo negro para después entrar a un infierno de aburrimiento, competencia y autoritarismo. Y no había mujeres, y todavía no había drogas. A la salida todos nos persignábamos de nuevo, yo para volver a mi casa.

A Paulino se le clavaron en la pantorrilla los dos dientes de una yaracacusú, dos puntitos rojos aparecieron en su pierna y el veneno lo llenó de sed y de dolor. Lo que era caña parecía agua, todo lo que estuvo sano ahora estaba enfermo. Ese es un personaje latinoamericano, sufriendo

en soledad, en medio de un territorio hermoso y rico que se vuelve trágico, un espacio donde la naturaleza continúa la violencia social por otras vías. En este caso una serpiente, y Alves, el amigo rencoroso que no le quiso ayudar.

En medio de todo aquello que vivía, yo disfrutaba muchísimo al ver la calle que se abría de par en par, el caminar en medio de un grupito de cinco compañeros escapados, fugitivos de la educación, aprender a fumar en una pulpería, advertir la llegada de las mujeres de otros colegios. Pero había una lección que yo no me perdía, era la última de los lunes y la impartía un profesor alto, fuerte, riguroso, muy serio. A pesar de todos estos atributos, usaba una cola de caballo y enseñaba Literatura. En un ambiente así, lo femenino era un arma para descalificar a cualquiera, ya fueran estudiantes o profesores: al de inglés le decíamos tanga, por su forma provocadora de pararse en clase, por las prendas íntimas que se le marcaban bajo el pantalón tallado; al de Literatura le decían Andrea, nunca supe la razón, era un apodo heredado, distinto de tanga, que lo inventamos nosotros.

Su mujer no lo pudo ayudar y él quería llegar con vida a Tacurú-pucú. El río era el Paraná, tenía una orilla paraguaya y otra brasileña. Paulino subió a la canoa cerca del Iguazú, donde la corriente corre a seis millas. Le esperaba una navegación de cinco horas, si tenía suerte. Cinco horas de delirio, de angustia, con una pierna que se iba hinchando y una sed que le resquebrajaba la garganta.

A la una de la tarde en San José no era raro que lloviera, a veces con fuerza, a veces con timidez. La clase se oscurecía y su voz gruesa nos envolvía a todos, lo seguíamos con los oídos y con la imaginación. Él nos leía en voz alta, en el aula de temperamento penitenciario se hacía una pausa, yo lo sentía así, era una hora distinta en la que el

silencio se podía cortar mientras nosotros embobados le poníamos atención. Ya nos había leído *Juan Varela*, algunos capítulos de *Marcos Ramírez* y ahora hablaba con pasión de ese uruguayo que vivió en la selva de Misiones.

El sol caía tras el monte cuando Paulino soltó el remo, vomitó sangre y con un cuchillo cortó la tela del pantalón para aliviar la presión sobre la pierna enferma. Sólo así se puede estar a la deriva en un río, una canoa sin remos que se deja llevar por la corriente con la carga de un hombre que delira. ¿Fue un jueves o un viernes? “El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.”

Admiraba mucho su capacidad lógica para explicar que una embarcación no puede estar a la deriva en un río, que esa condición solo se puede dar en el mar. Pero si Quiroga le había puesto ese título a su cuento era para resaltar la situación delirante de aquel hombre. La deriva era una dimensión psicológica, una experiencia personal, algo que le pasaba a Paulino y no a la canoa. También era lo que me pasaba a mí en aquel Colegio, donde iba a la deriva entre Química y Matemática, entre Música y Artes Plásticas, entre el gimnasio para el basket y la piscina para la natación, entre la disciplina de los pabellones grises y la libertad de la calle en la que descubrí cómo un tabaco se quemaba entre mis dedos flacos de adolescente perdido entre lugares y personas que aborrecía, en una condición

en la que nacen amistades que duran para toda la vida. Como la de esos mismos muchachos que fumaban conmigo mientras dejábamos pasar el tiempo, hasta que llegara la hora de volver a la casa, para que nadie sospechara.

La enfermedad engaña, de pronto se empezó a sentir mejor, recordó a su compadre Gaona, a mister Dougald, su expatrón. Sobre el río caía la frescura del atardecer, olía a miel y a flores de azahar, una pareja de guacamayos cruzó muy alto hacia el Paraguay.

Y yo nunca en mi vida he visto nada tan claro como a esa pareja de guacamayos. Después he visto cientos de pájaros, en el mar, en parques nacionales, en selvas, en el río San Juan, en Belice, pero nunca volví a ver esos guacamayos que leía el profesor de Literatura. De alguna forma son como la nota musical que encontró Johnny Carter, el saxofonista drogadicto y bohemio de “El perseguidor”, el cuento de Cortázar: “Lo estoy tocando mañana”, dice el músico en un trance de éxtasis en aquel club lleno de maniáticos. En cada libro que leo busco a esos guacamayos, si no aparecen, el libro no vale la pena. Puedo jurar que, desde un aula en San José, yo los vi cruzando el Paraná hacia Paraguay.

Paulino dio vueltas con su embarcación en un remolino, sintió que estaba helado hasta el pecho y se confundió con Lorenzo Cubilla, el recibidor de madera de mister Dougald. “Lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿viernes? Sí, o jueves...”

Todos queríamos que Paulino se salvara, que llegara con vida a Tacurú-pucú, que después volviera sano y salvo hasta su casa, donde lo esperaba su mujer, de seguro muy angustiada ya para ese entonces. Todos queríamos llegar a salvo a la casa. Yo quería salir a salvo de la mía, salir a salvo del Colegio. Y lo logré, en el Colegio Seminario

de los padres alemanes no duré mucho tiempo, hice amigos que me duran hasta hoy y si bien es cierto que perdí muchas materias, que me quedé en Conducta por ausencias injustificadas, tuve la nota más alta en Literatura.

Paulino no se salvó, recordó que había sido un jueves y cesó de respirar. Todos nos quedamos en silencio cuando él cerró el libro, nos volvió a ver satisfecho de lo que había logrado y no dijo nada más. Preparó sus cosas para irse y se despidió con su solemnidad habitual. Ya eran las dos de la tarde y en mí nada volvería a ser igual. A pesar de todo lo que yo odiaba en esos años, existían cosas que valían la pena, un mundo paralelo al que no he dejado de recurrir. Se llamaba Álvaro Esquivel, no quiero repetir su apodo, sin duda él marcó un camino, una forma de ver las cosas.

Después de dejar ese colegio nunca más lo volví a ver. “A la deriva”, el cuento que Horacio Quiroga escribió en 1917 junto a los demás que forman el volumen llamado *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, lo he leído muchas veces a lo largo de todos estos años, y es hasta hoy, que lo releí pensando en escribir este relato, que me quedó todo claro. El secreto está en ellos, en esa pareja de guacamayos que desde lo alto cruza el Paraná, mientras un hombre sufre en una canoa que desvaría.

Rodrigo París

Anamnesis

(Novela)

El Regreso

*El pasado es un dios infame
ante cuyo altar no vale la pena
arrodillarse...Un dios demente y
pagado de sí mismo, vacío de
compasión y henchido de miedos
que anhela compartir.*

Luis Diego Guillén
La alquimia de la Bestia

Me pongo en pie y me dirijo al pasillo del vagón. El rítmico *toc-toc; toc-toc* de las ruedas del tren sobre los rieles comienza a adormecerme. Pero yo no quiero dormir. Caigo en algo así como un estado quasi-hipnótico. En este momento, cuando cada minuto que pasa me acerca más a mi destino. En este trance comienzo a inventar mi pasado, a crear de la nada mi vida. Todo lo que pudo haber sido. Pero no fue. El círculo se cierra, me digo, algo temeroso ante lo que me espera. Había decidido, hace ya muchos meses, años tal vez, regresar a mi patria en un impulso incontrolable e incomprensible. Ahora, cuando el momen-

to de enfrentar la verdad se acerca minuto a minuto, me pregunto confuso: ¿Qué me deparará esta visita? Por enésima vez me pregunto qué vengo a hacer aquí. ¿Durará mi visita días, semanas, o es para quedarme aquí por el resto de mis días? De todas maneras, me digo, no son tantos los que me quedan. Suspiro, entre resignado y melancólico. Cierro los ojos por unos pocos momentos. Pienso que toda mi vida he sido un ciego, aunque mis ojos están muy bien para mi avanzada edad. Un ciego que nunca ha querido ver. Por otro lado, mi imaginación creadora funciona como de costumbre. Tal vez más de lo necesario.

Abro la gran ventana y la brisa me refresca el rostro, disipando la modorra que comenzaba a apoderarse de mí. Debajo de la ventana leo distraído un letrerito que dice: *Ne pas se pencher dehors*; acompañado de otro en el que se lee, *È pericoloso sporgersi*. No obstante, no dicen literalmente lo mismo, pues el letrero en francés es en modo imperativo, es decir, una orden, mientras que el italiano es una advertencia no imperativa, más consejo amigable que cualquier otra cosa. En otras palabras, *Haz lo que quieras, pero atente a las consecuencias*. Me digo que las frases parecen reflejar diferencias fundamentales entre las dos culturas. La cultura francesa apuesta por el orden; la italiana se inclina más por la tolerancia del desorden, para llevar una vida más placentera aunque algo más arriesgada. *Il dolce far niente* que caracteriza la vida cotidiana de ese país. Los italianos sin duda poseen una saludable falta de respeto por la autoridad. Más de uno, pienso, debe haber perdido la cabeza, literalmente, por no obedecer ni la orden del uno ni el consejo del otro. Pero, ¿qué importa? Murieron sin duda reafirmando su libre albedrío y el riesgo que este comporta. Les envidio.

Me doy cuenta de que pienso en cualquier cosa menos en lo que me espera, un salto a lo desconocido. Pero, ¿es tan desconocido como pienso? Sacudo con fuerza la cabeza para liberarme de pensamientos superfluos. Tengo que dejar de pensar por un rato, me digo irritado. Necesito aclararme la mente. Dejarla descansar. El viaje me ha estresado ya bastante, tal vez demasiado. Una parte de mí no ha estado nunca de acuerdo con este viaje. Noto que mi resistencia interior aumenta en proporción inversa a la cercanía de la meta. Entre más cerca estoy del destino de mi viaje, más deseo no llegar a él.

De repente me asalta la certeza de que nunca, nunca jamás, debería haber regresado. Aprieto los dientes con rabia y siento los músculos de la mandíbula tensarse dolorosamente. ¿Por qué lo estoy haciendo? ¿Qué me llevó a romper mi juramento? Tal vez algo así como la leyenda, según la que los elefantes, cuando sienten que la Muerte se acerca, buscan para morir el sitio en donde nacieron. La conciencia de la cercanía creciente de mi muerte fue, muy probablemente, la razón, puede que la más importante, para este regreso. No probablemente, me corrijo de inmediato. Sin la menor duda. Recuerdo ahora las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre: *Recuerde el alma dormida,/ avive el seso e despierte,/ contemplando/ cómo se passa la vida;/ cómo se viene la muerte/ tan callando.* Mas mi muerte no se ha venido *tan callando*. Ha sido acumulativa, con un par de sustos mayores y un sinnúmero de menores. Pequeños y grandes mareos; leves y fuertes dolores de pecho, náuseas insoportables. La vejez consiste en ir perdiendo poco a poco lo que somos. Es como irse cayendo a pedazos. Como morirse por entregas. ¡En fin!

La guadaña ha silbado muy cerca de mi cabeza y de manera inconfundible. Cada vez más amenazadora. Sí, de

ahí viene sin duda mi decisión de regresar a los orígenes. Siento una rabia inexplicable, unas ganas de golpear a alguien. Pero no hay nadie a mano. Una especie de calambre me agrede la nuca. Ahora, cuando es ya demasiado tarde para echar atrás, me enfurece haber cedido a ese impulso romántico y tonto. ¿Qué esperaba encontrar? Con toda seguridad solo fantasmas. Pero no estoy siendo totalmente honesto conmigo mismo, me digo con sarcasmo. *Como de costumbre, ¿no?, oigo la vocecilla decir en mi mente. Deshonestidad parece ser tu entretenimiento favorito, agrega.*

Óscar Ureña

Ángel con punta alfiler

(Novela)

I

¡Ay!

Gritan tus ojos porque no quieren cerrarse para siempre.

¡Ay!

Vuelven a gritar.

El cuerpo entero se te niega a morir. Los brazos se te cruzan en el pecho mientras continuás de pie en ese cuarto con cerámicas celestes y paredes amarillas. Tu cuarto de infancia. El cuarto de toda tu vida. Ahí creciste y ahí querés acabarte a vos mismo. Pero los ojos inician una tremenda revolución y no podés detener lo que ha iniciado tu realidad: Sos el hijo de un pastor evangélico; sin embargo, estás creyendo que no hay una sola verdad, sino que hay muchas verdades. Para vos, el mito de la creación judeo-cristiana es igual de verdadero que el canto cabécar que cuenta como Sibö, el Dios, creó la casa cósmica y sembró los granos de maíz que son los cabécares y les dio dos almas, una para cada ojo. Cada una muestra la dualidad del ser humano.

No queremos cerrarnos para siempre, te dicen los ojos, tus ojos. Dudoso por el delirio que sufrís, preguntás

por qué no quieren morir. Es que nos separaríamos, te dicen al mismo instante. ¿Cómo se van a separar? Yo me iría para el mundo de abajo con Sulá, el alfarero que nos forjó, aclara el ojo derecho. Sí, y yo me iría para el mundo violento de arriba, agrega el izquierdo. No queremos separarnos. Somos tus dos almas. Pero no queremos apartarnos la una de la otra, insisten.

No terminás de entender lo que sucede. Ni la rebeldía de tu cuerpo, ni lo que están diciéndote tus ojos. La confusión se estremece por tu cabeza y te tumba en la cama.

Ya la vida no tiene sentido para vos. Todo es absurdo. Sentís que la fe se te cae constantemente del bolsillo y, esta vez, ya no querés juntarla. Has descubierto que la religión, ese cristianismo protestante con el que fuiste criado, te separa de la realidad, te ciega, te prohíbe y te castiga. Tu padre, como buen portador del dogma, no quiere que seas pensante, sino obediente. ¡Y qué problema con tu vida, porque eres hijo de un pastor! Esa constante te agota y te trae hasta este sueño de morir. Pero, Matías, no tenés que morir, tenés que encontrar tu propio camino. Definirte a vos mismo, encontrar tu identidad. Cortar con toda esa mampara de vida ya resuelta y buscar tu propia alegría. Y todo eso es lo que te dicen tus ojos.

El único miedo permanente en tu cabeza es la amenaza que la religión te ha metido: el destino que tomaría tu alma después de morir. Pero los ojos te están diciendo que ellos son tus almas. ¿Dos almas? Eso para nada concuerda con lo que te enseñó la verdad absoluta.

Yo tengo solo un alma, les afirmás contundentemente, queriendo razonar a partir de la lógica protestante. Ellos se ríen con los párpados y no se detienen. Creé lo que querás, Matías, pero sos costarricense. Tenés dos almas y están en la retina de las personas. Acá estamos

nosotros para asegurártelo, te responden. Así se cree en el país en que naciste. Así es como Sulá, el alfarero, y Sibö, el Dios, lo supieron desde el día en que te sembraron en la tierra como semilla de maíz, agregan en coro.

Entonces no podés acabarte, porque tu cuerpo no te deja. Y la confusión se te estampa más en la mente. La oscuridad no puede encandilarte, porque los ojos no quieren cerrarse.

Buscás con la mirada algo para acabarte, pero ya no hay nada. Lo único que hay es un puño de plumas y el filo, helado, de un cuchillo. Recordá que no es morir, sino cortar con lo que te impide caminar con tus propios pasos. Eso te sorprende demasiado y, cuando vas a tomar el cuchillo...

Sentís el ruido de un tractor y una aplanadora que están trabajando por tu casa. Al abrir los ojos, todos los sentidos se te acumulan en la mirada. Sentís que percibís, escuchás, olés y saboreás por la retina. Te agarrás las cuencas de los ojos con las palmas de las manos y las frotás para sentirte mejor. De nuevo las manos, los dedos y los párpados se vuelven a juntar. El ojo derecho se te queda pegado, entre párpado y párpado. Cerrado.

Te levantás de la cama, como si el sueño no te hubiera dejado descansar bien, y no ves con claridad tu cuarto. Todo te parece diferente. No podés abrir aún el ojo derecho. El desorden se te acumula por la mirada de un solo ojo. Volvés a restregarte los dos ojos. El derecho se te despega y, en el asombro, te percatás de que el cuarto sí está ordenado. Como si vieras dos cuartos distintos con cada ojo. Como si al cerrar alguno de los ojos, la realidad cambiara drásticamente.

Movés la mirada de un lado a otro. Cerrás los párpados una vez más. Y al elevar la vista, de nuevo, percibís el

cuarto con el mismo orden anterior. Con el ojo derecho lo ves todo en su sitio, con el izquierdo el caos se te acumula en la mirada. Me estoy volviendo loco, te decís. Pero ignorás todo ese juego de miradas, cuando te percatás de la hora. Te levantás para correr a bañarte.

Antes de irte a estudiar, abris las cortinas de tu ventana y, como un déjà vu, como un recuerdo ya vivido, quizá en otra vida o soñado en otro sueño, ves un puño de plumas blancas pegadas en el marco de la ventana. Empezás a tejer conjeturas, pero un revoloteo, acompañado de un ruido tremendo, te saca de la presunción en la cual estabas bien metido y descubris a una paloma regordeta que revolotea sobre la orilla de la ventana y con sus alas golpea le vidrio. El corazón se te detiene por un segundo y luego se dispara acelerado para sentir un frío que te corre por toda la cara. Tratás de tranquilizarte. Cuando el corazón vuelve a bombear de manera normal, ves el reloj y te percatás lo tarde que aún sigue siendo.

Tu papá, en su enfado, te dice que te lleva en carro a la universidad porque advirtió del retraso en el que estás hundido. Ambos se suben bastante silenciosos al carro. Sabés que está disgustado porque vas retrasadísimo de nuevo. Te ponés el cinturón y abris la ventana, mientras él pone el carro en reversa, y no se dicen nada. Se comunican por medio del silencio.

Salen del garaje y mirás tus tenis desamarradas. El sol te inunda con su potente brillo directamente en el ojo derecho y te lo cubris con la mano para restar la molestia del resplandor. Pero saltás del susto cuando ves tus tenis rotas, desgastadas por el uso. Esto no está nada bien, nada concuerda, te decís en el silencio, porque esos zapatos son nuevos. Cuando te las pusiste no estaban así de desgastadas. Entonces el carro se detiene, la sombra de un gran

árbol lejano te cobija y cuando te descubris el ojo derecho, ves las tenis completamente enteras, tal y como te las pusiste más temprano. El asombro te confunde porque la realidad la empezás a percibir diferente, dependiendo del ojo con que mirés. A propósito, cerrás el ojo derecho para mirar las tenis con el izquierdo y, efectivamente, se miran desgastadas. Abrís los dos ojos y, efectivamente, las ves como nuevas. Recordás que tus ojos te hablaron en algo semejante a un sueño. El escalofrío, helado e hirviente a la vez, te baja de la nuca a la espalda en segundos. La realidad se me está confundiendo, pensás.

Hombres trabajando en la vía, dice el letrero en la entrada de tu calle. Los tractores, vagonetas y aplanadoras de la Municipalidad están tratando de reparar, del todo, esa calle que tanto se daña. El Suzuki negro de tu papá se queda embotellado frente a los tractores de la Muni, mientras dos peones acomodan todo para permitir el paso. Te putea un poco tener que esperar y tu papá va a aprovechar ese momento para tener sus conversaciones, con las que intenta formarte como un buen pastor. No obstante, este descubrir de tu mirada te tiene encantado, asombrado y asustado. La realidad se te confunde. ¿O se te aclara, Matías?

Luis Thenon

Cuentos mínimos

(Cuento)

I
Hoy es día de
fiesta en la ciudad

*Mascarada inconclusa, piruetas y payasos
atrapados en el cadalso de la farsa.*

1

La playa es larga y mis pies buscan la huella para volver al punto inicial, pero ya no hay punto al que volver porque la línea de la ola se lo ha llevado todo con un sonido parecido al de una algarabía. Corrí hacia el mar y a ras del horizonte mis ojos descubrieron el lugar donde las ballenas encallan noche y día. La playa es infinitamente larga y al borde de la espuma no hay nada, entonces miro hacia el fondo del camino que va hasta la ciudad, pero allí solo se ve un naufragio de osamentas al borde de los parques. Así se acaba mi recuento del día en esta mágica pirueta de vendedor de nubes y palabras proscritas. Pero no, esta historia tiene otro final. De un lado está el sonido de las olas y del otro, al fondo del camino, hay un sonido sordo de voces violentas. Son las voces de una multitud que avanza con los ojos cerrados. Llevan en cada mano una

pancarta y en las bocas tienen palabras aprendidas, diatribas inconclusas como una letanía permanente, voces con palabras de diccionario mal leído –o de biblia–.

La multitud va por la ciudad como figuras pintadas con los ojos inmensamente oscuros y lanzan gritos de alegría colectiva con las manos al aire. A veces llevan los brazos extendidos y las manos abiertas hacia delante y una mueca en los labios, una mueca furiosa y a coro, a capela, para que todos participen de la prodigiosa mascarada de lujo con culpas y caricias y cartones pintados con acusaciones varias y frases de amnistía.

Dejo de respirar, miro nuevamente hacia la línea final del horizonte. El sonido de la espuma en la arena se apodera de todas las instancias de mi cuerpo y me quedo callado mientras encalla otra ballena y el mar la despedaza como si fuera un rito inicial de lo perdido. Después nada, el flujo de las olas y el mar que se oscurece como si fuera un pozo.

2

No hay que esperar mucho tiempo para darse cuenta de que los mundos de papel se queman con las primeras luces de la aurora. En la playa hay risas que se desvanecen junto a la línea de la espuma del mar. Las risas se confunden con el sonido de las olas y se vuelven apenas un susurro de ruidos diminutos y entonces ya no sé si son risas o si son plegarias ocultas o sentencias esperando por cada culpa.

En los pueblos pequeños al borde de las playas se han multiplicado las tiendas donde se ofrecen perdones a crédito mientras tiemblan los cuerpos en convulsiones celestiales hasta que una mano pródiga les señala el camino de

la redención. Aleluya. En una cadena de misterios vendidos a plazo se magnifican los agravios culposos contra la idea irreverente de ser todos iguales, esos no son «los valores», no, El Reino exige, El Reino dicta verdades y clama perdones para los que se restauren. Los otros tienen una condena eterna, «sólo los iguales a nosotros», dicen los que tienen el micrófono, y todos levantan las manos y las agitan y cantan salmos y abren grande los ojos porque las puertas del Reino se abren frente a ellos. Así tejen lentamente un laberinto de razones oscuras y poderes al acecho de toda diferencia. Algunos esperan que les restauren el estómago, pero para eso, los que usan el micrófono no tienen soluciones.

Tengo ganas de correr hacia el centro del mar y dejar que las olas me lleven como un desperdicio a la deriva.

3

En una ciudad equidistante de los mares, hay un circo y en las gradas del circo hay risas metálicas que se confunden con el sonido de la banda y hay sonidos opacos y sonrisas pretéritas, risas estudiadas y recitadas desde el púlpito y proclamaciones de bonanzas con la fecha vencida desde hace siglos.

En la pista se acelera el galope de los caballos corriendo en círculo. Los cascos golpean la arena de la pista y dejan marcas que se borran a cada pisada en el ruedo sin fin del galope aprendido. La cabalgata resuena en mi cerebro con un sonido sordo, un sonido áspero y repetido como una máquina que gira en falso, o como el sonido de las olas que llegan violentas a la playa, una a una, y se deshacen en espumas efímeras. Todo se convierte en una historia vieja, acumulada en las miradas del niño

espantapájaros que nos contaron en la infancia. De tanto mirar el sol sobre la línea del horizonte el mundo ciego se ha vuelto repetitivo y vano. En el borde de la pista o en el borde del mar, hay muchos esperando para sacar la misma foto, como si fuera única, mientras el sonido de las olas se une con el de la risa y suenan como manos de papel los aplausos en esta fiesta efímera con luces de colores.

Carlos Villalobos

El libro de los gozos

(Novela)

Homilias de gozo

Primer sermón

*Más vale valiente vieja,
que joven y pendeja.*

Proverbio clemenciano

Amadísimos hermanos, por aquel tiempo, a mi Abuela la Profeta todavía no le habían salido aquellos horribles musgos en el cuerpo. Todavía Abuela y yo vivíamos en la vieja casona de los grandes milagros. Por aquel entonces recibíamos peregrinos de todo el mundo. Venían a llenarse de buenas vibras; venían, hermanos, a arreglar desarreglos y, sobre todo, a comer las ollecarnes que solo la anciana sabía preparar. Una vez satisfechos reposaban tres días y tres noches. No estoy mintiendo. Se los juro. En verdad lo digo. Los visitantes quedaban como resucitados y por eso la anciana fue conocida por aquel entonces como la Resucitadora de Santalucía. Algunos, por mala fe, le decían la Gran Reputadora. Pero esos son los que dicen falsedades, hermanos míos, esos son los pecadores, los seguidores del Cocodrilo Leviatán, el enemigo.

Abuela la Profeta, hermanos clemencianos, tenía fama más allá de las fronteras. Por eso los peregrinos, con gran devoción, llegaban de todas partes. Llegaban del sur, del norte, de abajo; llegaban, hermanos, incluso de los polos y el desierto y hasta hubo unos locos que afirmaban ser de otros planetas. Yo sé, hermanos, que esto no era verdad, pero quién sabe qué es cierto y qué no en este mundo de pesadillas. Lo cierto es que no comían carne y hablaban extrañas lenguas; pero eso sí, hermanos, en cuanto olían la carne con verduras –yuca, ñampí, chayote y tacacos– que preparaba Abuela la Profeta, les entraba una tentación tan irresistible que, en verdad lo digo, no podían evitar la tentación. Y he aquí, queridos hermanos, que entonces por obra y gracia de la ollecarne se convertían en clemencianos. Había que verlos devotos de aquella comilona, chupándose los dedos, que si no fuera porque yo sabía que aquello eran cosas de mi Abuela la Profeta y yo sabía que ella estaba enchufada con el que todo lo puede, hubiera pensado que eran posesiones leviatánicas. Hoy, hermanos, tengo claro que la ollecarne con la posta, la costilla y las verduras, son como el maná de la fe clemenciana. Dichosos serán por siempre los que coman de esta carne.

Y sucedió entonces que algunos de los peregrinos se quedaban jugando ajedrez, dominó, damas chinas, güija y de vez en cuando, alborotados por el calor de Santalucía, colocaban una botella en el patio y girándola para señalar víctimas –o cómplices– al azar, hacían, hermanos, una ceremonia nudista que no quiero contar aquí porque este lugar es sagrado. Otros, menos viciosos, solían echarle monedas a una rocola con discos de rock and roll y armaban tremendos bailes que a veces duraban cuarenta días y cuarenta noches. Hasta que Abuela la Profeta, furiosa por

el escándalo, cogía la escoba de barrer el patio y los echaba a escobazo limpio de la casa mientras les hablaba diciendo: «salid todos de esta casa porque esta casa es el espacio de mi cuerpo. Alejaos todos de este sitio porque este sitio es el sitio de mi sangre». Y los peregrinos, hermanos míos, con la cabeza cabizbaja, se iban yendo uno a uno, con el alma desinflada.

He aquí, hermanos, que los visitantes nunca dejaban de llegar, excepto en la época de los enormes aguaceros que nos manda Santata para avisarnos que él todavía está vivo y coleando en su reino celestial. Pero en la época de los ardientes días que prepara el propio Cocodrilo Leviatán, los peregrinos aparecían como plaga. Gracias a ellos sabíamos lo que pasaba en el mundo, sabíamos quiénes eran los pastores con más estafas y cuáles ya habían caído en la cárcel, sabíamos, hermanos, quiénes eran los curas más depravados y cuántos monaguillos habían perdido la inocencia. Nos enterábamos, por los mismos ladrones, de todos los detalles de cualquier asalto bancario. Era lógico, hermanos míos, los bandoleros huían hacia estos rumbos, pues una vez cometido el robo, y botín en mano, lo único que se les ocurría era darse el lujo de una deliciosa ollecarne de Abuela la Profeta. Era el modo más gozoso de gastar lo robado. Nada tontos, hermanos, nada tontos. Así quedaban perdonados de toda culpa, pues la ollecarne de mi Abuela era bendita y benditos son los que la han probado. El que peca y reza, empata.

A veces también llegaban soldados malheridos que venían desde alguna guerra. Llegaban en forma clandestina tan solo por las ollecarnes curanderas de mi Abuela la Profeta. Comían hasta saciarse y quedar curados. Una vez sanos, hermanos míos, regresaban al combate protegidos para siempre.

Un día llegaron unos forasteros tan de repente, que las brasas del fogón no tuvieron tiempo de advertirnos nada. Traían un apetito de fuego que no se habría apagado ni con un ejército de bomberos, si no hubiera sido por la audacia de Abuela la Profeta y su habilidad milagrosa de hacer que una misma olla alcanzara para dos personas o bastara y sobrara para alimentar un ejército. Esa vez los recién llegados resultaron ser de un pueblo que andaba en busca de un lugar donde no hubiera malentendidos, ni políticos; mas he aquí, amadísimos hermanos clemencianos, que se habían perdido tratando de encontrarlo. Desesperados, vinieron hasta Santalucía para consultarle a mi Abuela. Por fortuna, la Profeta, siempre mañosa, se acordaba de un paraje donde ni siquiera el pecado que es tan común y tal salvaje había podido llegar.

—¿Y cómo se llama ese sitio? —le preguntó un tipo bastante viejo y barbado que parecía ser el jefe.

—Paraíso Terrenal —respondió Abuela y siguió bariendo el patio, mientras un alboroto de chompipes¹⁹ y gallinas despedía a la comitiva que se dirigió hacia el lugar que ella les indicó.

Después supe, amados clemencianos, que nunca pudieron llegar al sitio pues unos metros antes de entrar se llevaron la sorpresa. El lugar estaba habitado por turistas y a los turistas, hermanos míos, les molesta que los nativos comunes y corrientes se les acerquen mucho. No les quedó más remedio que armar unos ranchos a la orilla de río y dedicarse, para siempre, a la pesca de billeteras.

Por aquel tiempo, amadísimos hermanos, a mí me gustaba el fútbol y la fiesta. No me da vergüenza confesarlo: era un mundano que aún no había recibido la gracia

19 Pavo

clemenciana. Y sucedió que un día salí con unos amigos. De esos compas de diabluras que uno tiene en la niñez. Pues bien, estos amigos, que no son aquí parábola sino hechos de mi vida, según nuestros nombres de iniciación, se llamaban Pulgaloca y Jacharrata. ¿Te acuerdas, Jacharrata? No se rían, hermanos, estoy hablando en serio. No te pongas rojo, hermano Jacharrata. Bendiciones, hermano. Que los grandes senos de Abuela la Profeta te llenen siempre de gozo. ¿No sabían ustedes que al hermano Antonio le decíamos Jacharrata? No se rían, eran nombres de cariño, cosas de niños. A Abuela, por cierto, no le gustaba mucho que nos dijéramos así. ¿Qué cosa? ¿Que cómo me decían a mí? ¿Para qué quiere saberlo, hermano? Mejor dejémoslo así. No, no lo voy a decir. Jacharrata, cuidado con decirlo. En serio. Mejor déjenme seguir, que me están embarrialando la cancha. No quiero que nadie nunca lo sepa. Es mi sagrada voluntad. ¿Oyeron?

Los tres éramos fiesteros como chiborras en Semana Santa. Y he aquí, amadísimos hermanos, que fuimos a una cantina con el propósito de tomarnos un jugo de zanahoria y tal vez una cajeta hecha con miel de abeja. No se rían, hermanos, por Abuela la Profeta, que debe estar tirándose palanganadas de agua bendita a los pies de Santata, les juro que es cierto. ¿Verdad, Jacharrata? No puedo explicar cómo, pero entre trago y trago, la zanahoria y la miel de abeja nos hicieron un efecto paranormal. No lo sé, pero salimos completamente borrachos. Sin duda, como le decía yo a Abuela, culpa del maldito Cocodrilo. Abuela que ha sido tan sabia y mañosa no pudo explicar cómo sucedió aquello. Mas la vieja, angustiada por aquel sospechoso hecho, tomó una decisión que le agradezco, le agradeceré y le seguiré agradeciendo por los siglos de los siglos. Decidió encomendarnos a las Santas Ánimas del

Santo Purgatorio, para que estas nos guiaran y de ahora en adelante ni las zanahorias ni las cajetas de miel de abeja nos volvieran a producir trastornos espirituales.

Y he aquí, amadísimos hermanos míos, que las Santas Ánimas del Santo Purgatorio son efectivas y afectivas con los de aquí abajo. Y así fue como gracias a ellas y a los rezos milagrosos de la vieja, que Pulgaloca, Jacharrata y quien les predica nos recuperamos para siempre. ¡Gloria a los yigüirros celestiales que protegen a mi Abuela en las alturas! ¡Gloria! Cada vez que por alguna razón somos tentados por las fuerzas del vicio y queremos pedir un jugo de zanahoria un ánima acude y se posesiona de nuestras bocas y de ellas brotan otras palabras como guaro, aguardiente o licor de contrabando; o bien ocurre que se posesiona del cantinero y cuando nosotros decimos jugo de zanahoria, él levanta la mano en señal de alto y dice con firmeza: «Aquí no vendemos jugos de zanahoria», aunque tal vez, hermanos, por casualidad, sí vendan de verdad. Y he aquí que entonces tomamos cualquier otra bebida. Pero jugos de zanahoria mezcladas con cajetas de miel de abeja de ninguna manera, nunca más, gracias a Santata y a mi Abuela la Profeta. Estos milagros hermanos, los cuento como testimonio de la gracia clemenciana que libera del pecado, que libera, hermanos, de la culpa.

En verdad, esto que cuento es para que oigan los pecadores de estos siglos leviatánicos, para que sepan que los milagros existen, que la fe es poderosa y obra cambios en el alma más perdida. Y es que está escrito, decía la cangreja alborotada de mi tía, que llegará el momento en que hasta los dioses hagan fila de oficina en oficina con una sola idea: pensionarse. Y miles de perros hambrientos recorrerán por las calles en busca de algún ojo, algún hígado, algún corazón, cualquier cosa para seguir viviendo

entre los muertos. Escuchen hermanos, escuchen que el que todo lo ve, está viendo y nos ve.

Mas en este mundo de pecado nadie dirá nada. Todo el mundo fingirá que no ocurre nada. Porque he aquí que solo nosotros estamos despiertos y he aquí que somos los únicos que andamos con la verdad en el corazón. El mundo habrá de terminar y habrá de terminar muy pronto. Pobres de los que no oigan mi mensaje. Nada más les digo, ¡Pobres!

Yo soy, hermanos, el Elegido. Yo soy, Juanelí Ortuño y soy nieto de mi Abuela la Profeta, y he aquí que yo soy su seguidor, el que la anuncia, el que ha sido puesto en el mundo para abrirle el camino a la verdad. He sido llamado por el Soberano Rey de las alturas, hermanos, para ser el primer pastor de esta iglesia verdadera. La que jamás será vencida, hermanos, jamás será vencida, hermanos, porque una iglesia unida, jamás será vencida, hermanos, porque tiene una profeta viva. Repitan conmigo, hermanos, jamás será vencida.

El que todo lo puede así lo ha querido y si alguno de ustedes, hermanos, quiere contradecirme no podrá porque estas cosas no son mías. Santata y la Profeta Osejo las escribieron en mi corazón. Y he aquí que he sido llamado a predicar para que aquellos que puedan oír oigan, para que oigan los jueces que juzgan, que oigan que yo tengo autoridad para juzgarlos a ellos. ¡Gloria a los yigüirros celestiales que están haciendo nido a la derecha de mi Abuela la Profeta!

Guillermo Fernández

El ojo del mundo

(Novela)

I

Me encontraba en un bar de *Lower East Side*, donde vivía en un pequeño apartamento, tomándome un trago con mi amigo Wilson, editor de una revista local, y lo vimos ambos en la televisión durante el noticiario de las nueve de la noche. Wilson me mostró un gesto de asombro y golpeó su vaso sobre la barra.

—Conque el nuevo Pulitzer —me dijo manoseando rudamente su bigote—. Lo que necesitaba mi revista para estar en el ojo de todo el planeta.

Guardé silencio. Bebí un trago de mi whisky y le confíé que no estaba muy seguro de esa foto tan brutal, como pensada por el mismo Dios.

—¿Crees que sea falsa? —me interrogó pidiéndose otro whisky. En el bar tocaba Gary una pieza de jazz y había pocos parroquianos. Donato, el bartender, que también veía la noticia, se nos acercó:

—Ustedes que saben de estas cosas, pues soy un ignorante en periodismo, ¿qué clase de maldita foto es esta?

—Se me había olvidado que la había visto cuando la publicó el *New York Times* el año pasado —respondió Wilson—, me pareció más de lo mismo. La desgracia del

hambre y todo eso... Ahora que la veo bien, es una foto formidable, ¿verdad, Henry?

Yo estaba con la mirada fija en el televisor a pesar de que ya estaban pasando otra noticia. Pensaba en los años que tenía de fotógrafo y periodista para un periódico neoyorquino de nula importancia y jamás había contado con la oportunidad de producir una foto como la de Kevin Carter. En cierta forma me encontraba desolado.

—No sé si es formidable —dije sabiendo que sí lo era—. El Pulitzer es lo que la ha canonizado, viejo. Los premios tienen esa magia.

—Entiendo lo que dices, pero esta foto...

No logró terminar, Donato, que tal vez no nos escuchaba, volvió a insistir:

—No me gusta para nada esa foto. Sé que ustedes son los que saben. A este bar llega mucho profesional: abogados, periodistas, empresarios, actrices y actores con depresión de temporada, putas encubiertas de damas interesantes, alguno que otro gánster con ganas de escuchar una melodía de jazz. Porque hay de todo en el mundo. Pero no estoy seguro de si esa foto es algo profesional. Me infecta... quiero decir... Tiene algo que me baña de mierda.

—Si te sientes así es por algo. ¡Qué éxito! ¡Logró conmoverte! —dijo Wilson, mirándome con audacia.

—¿Eso era lo que quería el fotógrafo? —preguntó Donato volviendo a servir whisky en nuestros vasos—. Esta la invito yo por las clases que me están dando, amigos. Con todo lo que escucho aquí podría merecer un título de alguna carrera que no se ha inventado, ¿me comprenden?

—Que te lo explique Henry, él es fotógrafo —dijo Wilson.

Yo los observé a los dos, atentos, como si fuera a dar una cátedra.

—Wilson es un editor de garra y sabe de estas cosas. Te lo puede explicar mejor.

—Pero eres fotógrafo y periodista, las dos cosas al mismo tiempo —dijo Wilson—. Algo debes saber al respecto.

Los dos asintieron con cierta confabulación.

—De acuerdo, de acuerdo —repliqué incómodo—. Todos sabemos que una foto como esa habla por sí misma. Es lo que busca el periodismo. Si te impactó es por algo, Donato. Para mí, no es tan formidable. Me interesan otras escenas de la realidad. El Pulitzer está volando bajo. ¿Habrá investigado el *New York Times* si no es un montaje? No lo creo.

—Aun así no estoy conforme —dijo Donato—. Si me impactó es porque no merecía ver algo así. Aunque sea un bartender también tengo mi sensibilidad, habiéndolo visto casi todo, ¿eh?

—¿Y qué merece ver uno, dime? —le preguntó Wilson.

—Es una forma de decirlo, hombre. La realidad satura. Prefiero ver una película de Disneylandia con mi novia. Eso es todo. Y algo más, yo soy más interesante que esa fotografía de mierda, ¡se los juro! Tengo muchos secretos. Algún día les contaré los mejores. ¿Y qué pasará? Nunca me tomarán una foto ni harán un reportaje. Sé cómo son ustedes los de la prensa. Desprecian al hombre común, lo olvidan, ja, ja, ja, ¡imbéciles! Nadie es común.

—¿Conque un reportaje y una foto? —dijo Wilson.

—Vamos a ver, ¿qué saben ustedes de mis padres? ¿Saben cómo llegaron a este país? ¿Les gustaría saberlo? Oigan, son mis héroes. Y también soy un pequeño héroe, no lo olviden...

Wilson y yo reímos sarcásticamente. Me empecé a sentir confundido.

—Bien, Donato —dijo Wilson cerrándome un ojo. En ese preciso instante encendió un cigarrillo y le vi las marcas del rostro que revelaban su rápido paso por el boxeo—. A todos nos ha costado algo el tema de vivir. Pero cómo hacer que ese costo se haga relevante...

Donato sonrió tímidamente y se fue a atender a un cliente al otro extremo de la barra. Gary interpretaba ahora una pieza lánguida en su piano. Era un negro de mediana estatura que empezaba a tocar frente a un vaso de agua, sin que jamás nadie lo viera tomar un sorbo. El agua estaba allí, frente a él y en ocasiones sudaba bajo la luz rojiza. Uno podía incluso pensar que la tortura de la sed era necesaria para tocar su piano. Para tocar esa melodía lánguida que estaba tocando ahora. Sin sed no hay inspiración, pensé.

También pensé en la palabra relevante que había dicho Wilson. En el mundo solo queda lo relevante, lo que deja huella, lo monumental, aunque sea simple. Un poema de Safo, la pirámide de Keops, la invención del teléfono...

—Mira, Wilson —le dije como si Wilson más bien fuera mi propio ser reflejado en otro cuerpo—. ¿Te has puesto a pensar en qué pasará después de todo esto? Es decir, tenemos años de venir a este bar y de comentar lo que pasa en Nueva York, hechos insignificantes o que parecían serios para todo el mundo. La mayoría de esos hechos casi no los recuerdo. ¿Existieron? No lo puedo negar, pero ya no forman parte de nada. Algún bibliotecólogo, si salieron en la prensa, los tiene por ahí, en algún rincón de una bodega. Nosotros escribimos siempre sobre cosas que ya no existen. ¿No es cierto?

—¿Qué ideas son esas? —dijo mirando hacia el televisor. Pasaban una noticia sobre el suicidio de Kurt Cobain del grupo *Nirvana*—. ¿Y ahora por qué se suicidó ese?

—Se pegó un tiro con una escopeta. ¿No lo sabías? Nunca me gustó lo que cantaba. Canciones para depresivos. Historias que huelen a cementerio.

—¿Es que no tenía pasta y buenas chicas? ¿Qué no hubiera dado yo por ser una estrella de rock? Me importa poco la música enferma. Solo la pasta y las buenas chicas. ¿Qué lleva a un imbécil a matarse con tanta lana? Hay penijos que viven molestos por todo: el sol, las mujeres, los automóviles viejos y los nuevos, los discursos del presidente, la sirena de una ambulancia, los ruidos obscenos de sus intestinos... Apuesto que ese era de esa categoría. No podía agradecer nada de la vida. Un auténtico hijo de puta. Y en cuanto a tu pregunta, te diré algo: pase lo que pase, seguiré tomándome mis whiskies en este bar y sintiendo que no soy lo mejor, pero que habrá casos sin remedio.

—Yo soy un caso sin remedio, pero desconozco mi enfermedad —dije riendo. El bar a esas horas no era tan bullicioso. Gary había hecho un receso. Antes de beber agua se puso a fumar. Había dos hombres en una mesa con pinta de intelectuales (pensé en la CIA), una pelirroja con una especie de magnate gordo riendo de lo que este le decía al oído, un negro vestido de marine mirando fijamente una cerveza, una mujer sola en un rincón donde no se enfocaba mucho la luz, vestida muy elegante, con un abrigo cerrado hasta el cuello. Pensé que esperaría a alguien. El bar de Donato era un buen sitio para citas.

—Lo que te falta es algo de pimienta —me dijo misericordioso Wilson—. A algunos no nos falta nada. Puedo enojarme mucho cuando se me acaban los cigarrillos. Hasta ahí llegan mis problemas. Es una gracia que no esté en Ruanda.

La alusión respondió a otra noticia sobre el genocidio de Ruanda que presuntamente respondía a la muerte

de dos presidentes hutus cuyo avión fue derribado por un misil. De inmediato, se pasó al informe de los juegos de béisbol de temporada.

—Cómo decirte que a algunos les llega fácil la suerte mientras que otros nos quedamos esperando... Como ese Kevin Carter. Esa foto es estrafalaria pero hunde el puñal.

—Suerte de tonto, nada más. De esos está repleto el mundo. Tú sigue en tu trabajo y no le des tanta importancia a la celebridad.

—No es la celebridad. Es lo que, ahora lo pienso mejor, tiene esa foto de trasfondo.

—¿De trasfondo? He visto cosas más tristes y no he tenido una cámara a mano.

—¿Qué has visto?

—Una mujer caminando sola sobre el puente de Brooklyn y con los ojos sin fondo. Pasaba por ahí una noche, conduciendo mientras también fumaba y pensaba que todo estaba tranquilo. Y la vi como si ella quisiera que yo la viera de frente. Tuve que esquivarla. ¡Y te repito que sus ojos no tenían fondo!

Arabella Salaverry

Infidelicias

(Cuento)

Indefinición

El niño se adelantó. Corrió hacia el lago por el declive de la colina suave que lo bordea. Feliz. Extendió sus brazos como una libélula que a duras penas aprende a volar, desahogado, cerrando los ojos, aspirando profundamente el olor a campo que lo inunda todo. Las hierbas altas movidas por el viento, el sol filtrándose por sus intersticios, manchada su luz por el verde tierno de las hojas. Un palpitante de mañana nueva pone su resplandor en el paisaje.

Pero la armonía súbitamente se corta. El paisaje gentil se transforma de golpe. Ahora ominoso. En el centro del lago, con su geografía de misterio, el ojo de un volcán y las aguas oscurecidas de un azul casi púrpura y alrededor el naranja oxidado de quién sabe qué sustancias tóxicas.

A gritos pedí al niño que no se acercara demasiado. Traté de sobreponer mi voz al sonido del viento. Inútil. Mis intentos vanos. El niño no me oía o tal vez me ignoraba. Los niños suelen hacerlo. Disfrutan ignorando. Y más disfrutan exasperando. Es mejor no mezclarse mucho con ellos. Los niños propician angustias, temores insospechados en los adultos. Se acerca cada vez más al lago, hasta

que llega a la orilla. Se detuvo. Otea la inmensidad del agua. Luego se arrodilló en un sitio en donde las ondas llegan mansas y se transforman en un barro espeso. Hunde sus manos pequeñas en el barro apretándolo hasta hacerlo saltar como si de una fumarola se tratase. Después acercó su carita al borde y la fue metiendo en el barro verdoso y luego -todo él- manos, brazos, su nuca, el cabello su cabecita redonda, los pies, los fue cubriendo con la viscosidad. Cumplida la ceremonia se levanta y sigue corriendo por la orilla.

Lo observé a la distancia. Por un momento me di por vencida. Los niños son difíciles, complican las cosas más simples. Este se suponía un tranquilo día de campo. Ahora una preocupación. No alcanzaba a ver con claridad, desde donde estaba imposible vigilarlo. Y los niños necesitan atención, atención constante. No tuve más remedio la angustia me excedía. Montamos las bicicletas para acercarnos, pedaleamos con fuerza, hasta alcanzarlo casi cuando había sobrepasado la geografía del lago. Atrás iban quedando su agua azulosa, las manchas de óxido, el ojo del volcán, la tierra fangosa de su orilla.

Pese al esfuerzo las bicicletas casi no avanzan entrabadas por el peso del agua y del barro. El niño, veleidoso como suelen serlo, había decidido regresar con nosotros. Y allí estábamos, yo más tranquila, vos como siempre ausente. Un viaje trabajoso, desplazándonos a duras penas en la extensa dimensión de un horizonte que no termina de alcanzarse. Una vasta quietud yerma. Hasta que finalmente el pueblo. Yo lo divisé primero. Lejano, muy pequeño. Vos, yo, el niño -quien en otro gesto de rebeldía se había adelantado y ahora nos esperaba- todos cubiertos de barro. Me preocupa el niño. Los niños suelen enfermarse con facilidad. ¡Y tanto barro!

A duras penas nos fuimos acercando. El pueblo una tiniebla multiplicada a lo largo de una calle. Nada más. En una de las pocas casas alcancé a divisar un parpadeo, un remedo de claridad. El barro pesaba, se iba endureciendo hasta formar una capa hostil que nos cubría dificultando los movimientos. Entre los tablones viejos de sus paredes un carámbano de luz. Me acerqué y vislumbré del otro lado una puerta abierta y un puesto de ventas de objetos que no alcancé a definir. Aunque sí intuí un paño verde colgando de un clavo. ¿Un estilo nuevo de mostrar la mercancía? o simplemente no estaba en venta. Tal vez solo un paño para uso personal de los dueños de aquella casa casi rancho. Pero justo lo que necesitábamos para limpiarnos, para quitar el lastre que nos detenía, que hacía pesados los movimientos, que nos impedía desplazar-nos, que nos hundía en una inmóvil desesperación, es decir, lo que necesitábamos para despojarnos del barro untuoso, ya hediondo, que nos cubría.

Con dificultad logramos entrar. El aire espeso. Piso de tierra. Maderos inconformes atravesando el camino. En la semipenumbra del casi rancho estaba ella. No me quedó claro cómo apareció a nuestro lado pero allí estaba. Perdón señorita, ¿es posible que nos venda el paño? ¿Cuál? Aquel, sí, aquel, el verde, y si de paso lo humedece, mejor. Porque estamos perdidos de sucios. Lo necesitamos para limpiarnos. Sobre todo para limpiar al niño. Temo que se enferme con tanto barro. Nos miró con detenimiento. Nuestro aspecto para nada decente. Un brillo de ojos en medio de una costra oscura. La ropa no se distinguía. El barro seco uniformándonos en un tono de oscuridad. Cualquiera hubiera dudado. Mantener contacto con nosotros no era garantía. Nos miró largamente. Luego, decidida: Sí, claro, con gusto. Accedió a humedecerlo

y más allá: nos trajo jabón, una enorme jarra de agua limpia y una sonrisa amable, un vaporoso pestañear y una mirada vehemente. Si en algo más puedo ayudarlos... aquí estoy a la orden. Traté de pagar por el paño, perdón ¿cuánto le debo? no, de ninguna manera, cómo se le ocurre. Se negó a recibir el dinero.

Alta, delgada, con un pelo teñido de un rubio oxigenado, largas pestañas, ojos nítidamente delineados, nariz fina y protuberante, boca de rubí refulgente, manos grandes con dedos largos y afilados, brazos delgados y musculosos, un cuerpo fino cubierto por un vestido rojo de lentejuelas que se apretaba con devoción a su anatomía. Piernas también largas rematando en zapatos brillantes y altísimos con una plataforma descomunal. Todo aquello no coordinaba mucho con la desolación del rancho. Bueno, tampoco en posición de preocuparme por consideraciones sociológicas. Éramos vos, el niño, el barro yo y la necesidad de solucionarlo. Pero lo que más me llamó la atención fue la sombra en su cara angulosa de una barba más bien masculina.

No quise investigar si hombre o mujer. Derrochaba amabilidad, dulzura, solidaridad. Dispuesta al afecto. A pesar de nosotros. De nuestra facha. Se ofreció a ayudarnos sin pedir nada a cambio. Nos sentimos seguros a su lado. Quería colaborar. Y eso bastaba. Sí, eso bastaba. Amorosa, limpió al niño hasta dejarlo resplandeciente. No se preocupe tanto, me dijo. Podemos sobrevivir al barro y a mucho, muchísimo más... ¡Si yo le contara! Se lo agradecí no se imaginan cuánto. Sí. Eso bastaba. Me tranquilizó. Porque es tan difícil lidiar con niños.

Consuelo TomásFitzgerald

Lágrima de dragón

(Novela)

La epidemia

El miedo es una tenaza que impide respirar. La muerte no es bien comprendida. Solo temida. La plaga se pasea por la Ciudad Marítima. Nubes de mosquitos. No se puede abrir la boca. Las calles son un lodazal que no se entiende. Caminar es la proeza de los que porfían. Moverse entre sombras y fantasmas. Moverse entre cadáveres de almohadas, restos de basura, perros abatidos agonizando por causa de las pedradas que comparsas de empavorecidos parias les dedican. Entre los que no tienen poder, ningún poder, maltratar a uno más débil e indefenso es una compensación.

Hay ordenanzas pegadas por todas partes: «se ordena a la ciudadanía que en vista de las actuales circunstancias, y en función de la epidemia que nuevamente azota a la ciudad, permanezcan en sus casas. Cualquier individuo que sea sorprendido en actitud sospechosa, será llevado de inmediato a la cuarentena habilitada para tales fines». La salida debe ser justificada: buscar alimentos o agua, buscar medicina, ir al hospital. Cuando las Cuadrillas Sanitarias saben de un enfermo en alguna casa, allá van a dar con sus tapabocas y sus uniformes de un color que

nadie sabe cómo nombrar. «Se ordena dar aviso inmediato a las autoridades en caso de presentarse los síntomas de la enfermedad». Llegan, miran, marcan y se van. Pero no se van del todo. Si hay muerte, regresarán, y los que viven allí serán sacados entre gritos, llantos, improperios. Los conducen a la cuarentena central, cuya fama es una leyenda maldita. Los que entran en ella, no saben si saldrán. Saber en este caso no es lo primordial. Solo el miedo se presenta y define las cosas.

La gente se pega a Dios. Diostesalvemaría llena eres y la repetición monótona calma el miedo. Lo espanta a ratos. Lo hace arrinconarse, adormecerse. Olvidarse de sí mismo.

El Todopoderoso perdonará los pecados, dicen. El Todopoderoso será comprensivo y misericordioso y no se llevará a estos pequeños angelitos, dicen junto a la cama de algún niño dormido. Se arrodillan, bajan la cabeza, se humillan. Por qué este castigo ahora que las cosas se iban acomodando. Al fondo, el enfermo llora, se queja, suda. Su cuerpo es un campo de batalla entre la muerte, el miedo, la certeza de lo inconcluso, las esperanzas al borde del abismo, la fe desvaneciéndose a ratos. La muerte se pasea, se pasea, ronda, roza, sopla. Su risa se escucha, se cuele, huela la sangre, Dios, ¿dónde estás?

Es la epidemia. Comienza cuando la garganta niega el trago. La cabeza se llena de piedras. El calor abraza el cuerpo en su llama invisible. Las piernas se doblan buscando el suelo. Es imposible mantenerse erguido. La fiebre se instala, se acomoda, encuentra ancho el camino, abierta la puerta. Se multiplica por sí misma. Exige su cuota de miedo, serpentea por el cuerpo del enfermo y se acomoda como quien llega a la casa final.

Los pocos médicos de la Ciudad Marítima no se pueden dar abasto. La gente que puede pagar los llama con

desesperación. Los pobres, simplemente se recogen en sí mismos y esperan lo que tarde o temprano llegará. Sin lágrimas, sin espanto, simplemente así, como lo irremediable a lo que están acostumbrados. Si alguien se les muere, lo enterrarán en el traspatio de la casa común. Hasta que años después se levanten los cimientos y se encuentren las osamentas de los desconocidos.

Los médicos se limitan a mover la cabeza negativamente. Apenas entran por la puerta y miran, ya saben lo que no tiene remedio. Recetan paliativos, elixires tan amargos como inútiles, recomiendan hervir el agua, aislar al enfermo, bajar la fiebre. Los enfermos no deben comer, no deben enfriarse, solo beber agua, caldo o el cóctel amargo de cualquier medicina sin nombre preciso. Todo para alimentar la esperanza que camina a la par del miedo, como su sombra. Los médicos siempre le han confiado a la esperanza lo que ellos no pueden hacer. Apelan a los milagros. En los que tampoco creen muy en el fondo. La esperanza, gran aliada en la inutilidad de su oficio cuando la enfermedad se instala en la ciudad y siembra el caos y la zozobra. La gente trata a los doctores como a pequeños dioses. Representantes del magnífico que vive allá en los cielos. Mensajeros de su poder. Ellos saben que no son nada. Pero la gente se siente segura de que un representante de Dios aconseje, mire, ausculte, y secretamente esperan que diga: no es nada. Los médicos entran a las casas y no hablan. Solo arrugan el ceño, se lavan las manos, se suben las mangas de las camisas, vías lácteas no se comprenden en estos tiempos de lluvia, fango, rumor de alas de los gallotes, y enfermo tras enfermo como un ábaco de desgracia y mala suerte.

La lluvia no cesa. Es una pared de agua que ocurre con estruendo y tapa el llanto. En la Ciudad Marítima

llueve siempre. Todos los días del año. Con sol o sin él. Lluve cinco minutos o una hora. Y los mosquitos están a sus anchas en este clima de selva y salitre. No siempre traen la enfermedad, pero esta vez sí. Con saña y alevosía. Se lleva a los más pequeños, a los mal alimentados, a los viejos, a los débiles, a las mujeres que van a parir. La lluvia no cesa, como tampoco el llanto.

La calle es miasma. Un hilo de pena fangosa que se extiende verde y espeso. La gente solo quiere comida. Kerosene. Velas. Hay asaltos a las tiendas, los abastos, los depósitos. La policía ha desaparecido. Las autoridades solo alcanzan a producir decretos, ordenanzas, telegramas. El miedo también los alcanzó. Alcanzó su autoridad. Solo las Cuadrillas Sanitarias andan por la ciudad. Se sabe por sus pasos que son distintos a todos los pasos. Por los gritos de los que son sorprendidos en la calle y luego imploran, argumentan, protestan, se resignan. Se sabe porque su presencia se percibe con todos los sentidos. Ellos y la epidemia son una misma cosa.

Por la calle la pena se desliza en acuosa solemnidad. Es lodo que huye a perder su identidad en el mar. Un río que se suicida despacio. Un único testigo congela este momento: el fotógrafo que dirá en sepia así era, así fue.

La madre de Fang Lu se mueve sin descanso. Entre la lavandería y la habitación. Entre el desasosiego y la desesperación. Yu Feng no aparece. Está escondido, o se ha ido. No quiere pagar el impuesto que una ley infame ha inventado para los de su raza. Nadie ha hecho más que él porque esta ciudad parezca una ciudad. Ahora le quieren cobrar hasta el aire que respira. Yu Feng no los puede ayudar esta vez. Es un tiempo de sálvese el que pueda. La última vez que lo vieron, iba vestido de blanco, con sus zapatos nítidos y una maleta de cuero. No se sabe si pudo escapar antes de

que decretaran el cierre de las entradas y salidas de la ciudad. Alguien dijo verlo trepado en un barco con lágrimas en los ojos, pero esto es improbable porque los de su raza no lloran, o no lo hacen al menos en público.

Fang Lu cocina para todos. Pica, corta, saltea. La madre va y viene. Entre la lavandería y la habitación. No demorarán en llegar. Su pecho se agita, no llora porque no quiere que su hija la oiga, o para evitarse a sí misma la vergüenza. No llora porque hace tiempo que olvidó hacerlo. Tal vez desde que murieron sus hijos, desde que su niña quedó ciega. El padre de Fang Lu está enfermo. La casa respira incienso, silencio y afán. Fang Lu cocina y habla con Buda. El padre no habla, solo suda, cierra los ojos, respira, habla en secreto con la fiebre, trata de arrinconarla en algún lugar de su cuerpo. No come nada, solo bebe agua. La niña está sentada mirando la luna adentro de sus ojos. Escuchando atenta el ir y venir de su madre. Pendiente de su agitación. Le han prohibido entrar a la habitación donde el padre tiembla, habla con Buda, habla con su cuerpo, habla con la enfermedad. La madre no habla. Solo va y viene.

Han cerrado la puerta, la lavandería. Hay que derrotar la enfermedad, o pondrán una marca amarilla. El padre hace lo que puede mientras Fang Lu sirve la comida. Pero nadie quiere comer. El padre continúa hablando con Buda y le pide que le eche una mano, que lo ilumine, que lo ayude a encontrar el camino para recuperar el equilibrio perdido. Le pide ayuda para sacar la enfermedad de la casa, empujarla hacia el mar, hacia el cerro, hacia otro lado.

Fang Lu termina de comer, lava los platos y dice a su madre que irá a la Casa Grande. Tal vez necesita hablarle a Buda un poco más fuerte. Tal vez la súplica hay que hacerla un poco más cerquita. Tal vez encuentre a Yu Feng

para contarle lo que pasa. Tal vez consiga algo para que su padre no sufra tanto. La madre le pide que no salga. Él la tranquiliza, no va a pasar nada. Las calles están vacías. Las cuadrillas están por el lado norte de la ciudad. Por el momento no llegarán por aquí. Poco se meten a este barrio. Ninguno de los de su raza ha muerto de la enfermedad todavía hasta donde puede saber. Para eso son duros, resistentes. Para eso cruzaron el mar, para eso toman té de jazmín y se curan con agujas y medicinas hechas a base de hierbas, para eso trabajan y trabajan como si ello asegurara el mañana de forma definitiva.

Se pone los zapatos de goma. Hay agua sucia en la calle. Se pone el impermeable. Antes de salir mira a su hermana y por un momento cree percibir su mirada inerte sobre él. Como cuando la luna está llena y lo mira con suavidad. Mira a su madre que no cesa de moverse, mira la puerta detrás de la cual su padre lucha para no abandonarlos a todos a su suerte en esta ciudad que no termina de hacerse, castigada por su propia desidia, por su propia dejadez. Mira cada uno de los objetos de la casa: la mesa, la estufa, los camastros donde alguna vez durmió su hermano antes de que otra enfermedad se lo llevara, el aljibe con agua de lluvia aún sin hervir, el Buda sentado y sonriente con la cabeza ladeada, detrás de los inciensos encendidos, el rincón donde su padre guarda el Libro de las mutaciones y los comentarios de Confucio que solía discutir con Yu Feng; el cuadrado con el dibujo en papel de arroz de una cascada cayendo sobre la roca y la cajita para dibujar pictogramas que su padre se había traído desde su tierra en ultramar. Después de mirar, de tanto mirar, suspira y sale.

La Casa Grande está a cuatro calles de la lavandería. En su trayecto, solo encuentra dos perros flacos peleándose un resto de hueso, demasiado grande para ser de un

ave, demasiado chico para ser de una vaca. Los restaurantes mantienen sus cortinas abajo como párpados de alguien que se hace el dormido pero que en realidad está atento a los ruidos y la vida en su vigilia. Solo un par de tiendas despachan tabaco por unas hendijas hechas a propósito y por las que también se vende alcohol los días de Semana Santa.

Ha cesado la lluvia y hay una calma que puede tocarse. Un silencio extraño y sin nombre. Todo lo que se respira es agua. Fang Lu camina sin prisa y hasta cierto punto extrañado de no tener ropa entre sus brazos y de dirigirse al templo sin la entrañable compañía ¿Lo dejarán entrar? ¿Cómo les dirá que su padre fue atrapado por ella? ¿Serán traicioneros los de su raza y denunciarán a las cuadrillas?

Camina mientras sujeta sus dudas y ve a pocos metros la entrada del templo. Una puerta de hierro pintada de color rojo y verde totalmente cerrada. Las veces anteriores, la mitad de la puerta ha estado abierta. ¿Tocar? ¿Llamar la atención con golpes en esa puerta? ¿Buda impedirá la entrada a los que tienen un familiar enfermo? Frente a la mancha roja. Fang Lu vuelve a pensar en su padre, empequeñecido bajo las frazadas; en su madre de un lado para otro tratando de huir de sí misma y de su impotencia; en sus hermanos que ya no están aquí para acompañarlo; en su hermana que no puede ver la angustia de su madre pero que la huele, la escucha, la palpa en la densidad de los minutos. Piensa en sí mismo, pero sobre todo en Susana Elizabeth, en su olor de jazmines nocturnos, en su sonrisa abierta, en su mirada de quédate aquí conmigo y no tengas miedo. Pensando en ella como la posibilidad de que la vida no sea esta zozobra sostenida, Fang Lu alza su puño y sacando toda la fuerza de su cuerpo flaco y alto como una línea tirada al infinito toca la puerta con

decisión, para ser escuchado por encima de las oraciones, de la indiferencia, del silencio.

El hombre viejo y encorvado que le ha abierto la puerta le pregunta por su padre. Fang Lu no se atreve a mentir. Su padre no ha podido venir, está ocupado. Porque la enfermedad, hubiera dicho su padre, es una ocupación del dolor y la fatiga en un cuerpo invadido de cansancio. El hombre viejo y encorvado saca una espada larga de su mirada y le dice, «tu padre está enfermo». Fang Lu baja los ojos. Piensa que su rostro lo traiciona. El hombre lo deja entrar. Le pide que se quite los zapatos y le entrega los inciensos. Lo deja solo con Buda que mira sonriendo desde lo alto como pidiéndole a los hombres la templanza, pidiéndoles que defiendan la alegría de vivir, que no entren a la muerte con odio ni con miedo, sino con la humildad de quien entrega una piel que le fue prestada y que al fin tiene que devolver a su legítimo dueño: el universo.

Fang Lu se sumerge en esta atmósfera en la que todo su ser flota y se disipa. Buda le habla en su interior. Le dice que se prepare porque la vida no es un lecho de rosas, y en su camino encontrará seres oscuros perseguidos por sus propios fantasmas. A su alrededor todo es silencio, murmullo, tristeza, prudencia. Fang Lu no se da cuenta de que los hombres que están en el templo lo han rodeado y lo miran como si quisieran escuchar la voz de Buda a través de él. No está asustado, solo sorprendido. Uno de ellos, le pone una taza de té en las manos y le pide que beba. Fang Lu bebe. No dice nada, pero como de costumbre, su mirada pregunta. El hombre más viejo, le habla en su idioma natal. Le explican, lo instruyen, le indican. La taza resbala de sus manos. Las piernas se le aflojan y, súbitamente, siente la necesidad de salir corriendo hasta la casa donde su padre aquietta el cuerpo y la mirada, de forma definitiva. En

su carrera no se da cuenta de que va descalzo. Que cientos de ojos lo miran a través de las cortinas, los restaurantes, los ventanucos de las tiendas. No percibe que los perros escarban, husmean, ladran, pero detienen todo para verlo pasar. Un presentimiento lo detiene en seco. Camina por el borde, se pega a las paredes como quien va en un precipicio, cuidando de no caer. Al dar la vuelta a la esquina una pira de fuego lo paraliza. En medio de la calle de la lavandería, frente a su casa, están las Cuadrillas Sanitarias quemándolo todo. Mientras sacan a su madre y su hermana de la casa, envuelto en las sábanas y cubierto el rostro, ve depositar el cuerpo inerte de su padre en la carreta de los muertos. Reconoce su fragilidad llena de grandeza debajo de las sábanas amarillentas, y algo se le atraviesa en la garganta. Tal vez un grito que la prudencia estrangula. De Obaldía observa con frialdad el espectáculo.

Fang Lu se congela al ver a De Obaldía. Decide quedarse escondido al amparo de la esquina. Su madre y su hermana no lloran, no gritan, no dicen nada. Solo se agarran una a la otra de las manos mientras miran el suelo buscando en él la fortaleza. Fang Lu recuerda la sentencia benigna que su padre había hecho a la ceguera de su hermana. Ahora ella no ve lo que ocurre, aunque lo vea a través del silencio de su madre. Su rostro de mujer cansada se parece a los desiertos o las superficies nevadas que ha visto en las estampas de los libros que Susana Elizabeth le mostró alguna vez. Es como si la nada tuviera rostro de repente. Como si fuera el final. Pero ¿el final de qué?

Cuando terminan de quemar todo, suben a su madre y a su hermana en la carreta de los que van para la cuarentena. Ahora las cuadrillas están aquí, y De Obaldía busca con la mirada y el cuerpo algo que parece se le hubiera perdido. Lo busca a él.

Fang Lu, como si despertara, se da cuenta del peligro que corre si se queda allí. Y de la soledad que lo invadirá si la carreta parte llevándose lo que le queda de su familia. Piensa que en este preciso momento ellas se tienen mutuamente. Se acompañan. Juntas no le tendrán miedo a la muerte. Entrarán a ella tomadas de la mano. Una con los ojos secos, negándose a las lágrimas. La otra con los ojos vacíos, desprovistos de luz, pero también del horror. Y huye. Desesperadamente huye. Sabe que De Obaldía lo buscará. Ahora entiende el mensaje de Buda. Ahora entiende las instrucciones de los hombres viejos. Corre hacia callejones perdidos, los que confunden lo cerca con lo lejos. Corre por unas calles que conoce bien de tanto haberlas recorrido una y otra vez en sus duras jornadas de trabajo. Sabe de sus trampas y sus resquicios. En su zozobra, cree escuchar que los cascos de los caballos le pisan los talones. Sin saber cómo y para respirar, se detiene frente a la puerta del Colegio Mayor. Las pisadas se escuchan ya no muy lejos. Alto como es, logra alcanzar la campana para llamar a esa puerta cuyo umbral nunca ha traspasado. La puerta se abre como una oportunidad y la hermana Sarmiento nada más verlo intuye la situación. No conoce a este niño, pero ha oído hablar de él.

Se ve que no está enfermo y sí muy asustado.

—Ave María purísima ¿Qué le pasa mijito?

—Me persiguen los de la cuadrilla.

—Bienaventurados los perseguidos porque de ellos será el reino, entre rápido no sea pendejo.

La mano de la hermana Sarmiento suave pero firme, se extiende para armar un lazo, como el cordón de plata que une a los vivos con el mundo que no puede verse.

Gabriela Alemán

La muerte silba un blues

(Cuento)

La muerte silba un blues

Estaba tirada en la cama sin ninguna intención de levantarse cuando recordó las líneas. La noche anterior había atravesado cuatro en vertical con una en diagonal y, al lado, había cinco más; las había marcado sobre la pared, como se cuentan los días en prisión. Se paró, fue al armario y se vistió. Cuando salió, cerca de las nueve de la mañana, el azul del cielo era del color de una llama de gas. Caminó hasta la oficina de correos y cuando llegó al casillero y vio que estaba vacío, supo que era hora de desistir. Lo único que recordaba de su cara era un borrón y, aun así, llevaba meses yendo cada once días a recoger una carta que no llegaba. Si sumaba los meses, daban años. Claro que lo sabía, sabía que era inútil: lo único que en verdad recordaba era la melodía que solía tararear. Una música cruda que cualquier gallinazo hubiera devorado de inmediato.

Cuando salió del edificio, tomó a la derecha. No supo cómo llegó a donde llegó, pero esa fue la dirección general: el norte. Y había mucho por trepar, un volcán entero, si hubiera querido. En algún momento del largo trayecto, las llamas que se tomaron el cielo se esparcieron por el suelo y se vio envuelta en un círculo de fuego.

Recordaba que se desprendió de su ropa, también que clavó su rostro dentro de una fuente y que las gotas, cuando las sacudió, se regaron como un látigo de agua. También que unos niños la siguieron y que alguno le tiró piedras y que otro le gritó bruja y que otro le jaló la falda y que, cuando se agachó y lo miró con ojos extraviados, el chico sopló loca en su dirección. Recordaba que sus voces retumbaban contra la pared de aire titilante que la acompañaba y que mientras avanzaba se sentía miserable, pero también en paz.

Cuando despertó, lo hizo en una cama y en un cuarto desconocidos. Su malestar le hizo imaginar que alguien había grapado la cabeza de una anciana a su cuerpo. Porque su cuerpo seguía ahí, lo podía ver a través de la bata transparente que apenas la cubría mientras una mosca la recorría y llegaba hasta su nariz; pero cuando intentó levantar la mano para espantarla, esta no respondió y tampoco pudo soplar para alejarla, sus labios apenas se movieron como gelatina aún sin cuajar. Pero logró sellar sus párpados, esperando, como una niña en un mal sueño, que al hacerlo todo desapareciera y que, al abrirlos, todo volviera a ser como antes. Solo que ese antes se había esfumado. Recordaba con vaguedad su incursión en el correo y su subida al Pichincha mientras las inmundas patas de la mosca seguían recorriendo su rostro y tiznándolo con una lentitud apocalíptica. No recordaba cómo había llegado ahí, ni nada de su vida antes de esa mañana. Ni el ropero, ni los zapatos de hombre amontonados en una esquina, ni el enorme ventanal que la cegaba y la cubría de luz. De lo único que estaba segura era de que la última vez que se

había visto no llevaba puesta esa bata transparente ni se encontraba solo con un calzón bajo ella y, sobre todo, que podía moverse. Por lo menos, podía espantar una mosca con la mano. Mientras lo pensaba, su respiración se fue apagando: un camión de carbón le bajó por la garganta, se desbordó, la cubrió y la arrastró por un reguero de oscuridad; bajo los escombros podía escuchar pasos apresurados sobre una calle empedrada. Persistía la sensación de haber mascado vidrio molido por su propia volición.

Cuando recobró la conciencia, recordó que no trituraba el vidrio porque quisiera sino porque una mano lo forzaba a través de sus labios y que no se podía mover, no porque no pudiera sino porque la sostenían, y que la mano que le presionaba los dientes era salada. Escuchó un ruido, algo que le hizo pensar en la posibilidad de escapar. Solo que cuando el sonido ganó en intensidad y abrió los ojos, un hombre estaba tendido sobre ella y, aunque pudo olerlo, no pudo leer sus intenciones, ni entender lo que decía. Lo miró de frente, bajo esa tonelada de escombros, y comenzó a temblar, como si alguien le hubiera dado vuelta de adentro hacia afuera y sus entrañas hubieran quedado al descubierto. Y entonces, del lagrimal izquierdo le rezumó un líquido gris, viscoso y nauseabundo que descendió hasta la comisura de sus labios. Un dedo lo recogió, el rostro se alejó y ella volvió a cerrar los párpados. Levantaron su cadera y tiraron de su calzón. La sensación, que la desorientó, no le resultó desagradable. No solo eso, las manos descendiendo por su pierna antes de recoger su cabello, desabrochar los botones y levantarle el camisón lograron detener su agitación. Suspiró o pensó que suspiró. La tela de gasa que le cubría el cuerpo permaneció sobre su rostro, mientras una corriente de aire la atravesó y la guillotina de una sombra la partió en dos. Y,

como si ocurriera en un cuarto en otro país, escuchó el chapoteo de agua dentro de una batea y el golpe seco de un objeto contra el suelo antes de que unas gotas cayeran lentas y tibias sobre su cuerpo. Una esponja la recorrió con detenimiento y luego una toalla áspera le cubrió los senos. Su malestar comenzaba a disiparse cuando ese último gesto de malograda intimidad arañó el recuerdo de la respiración de los hombres sobre su cabellera y su aliento brumoso volvió a pegársele a la piel.

Estaba parada en la calle, los niños habían desaparecido y oscurecía. Iba descalza y el mundo daba vueltas como sobre un carrusel y ella se apoyaba contra un árbol para no caer. Fue cuando los vio. Podían estar a años de distancia o congelados detrás de un vidrio porque no había manera de establecer una conexión entre ellos y lo que ella hacía en esa calle. Bastó un leve movimiento, el involuntario repiqueteo de sus dientes, para que el vidrio se partiera y las figuras zanjaran su encierro y planearan en su dirección justo cuando susurró chito. Lo repitió: chito, chito, chito. Confiando en que se detendrían, en que el conjuro de las palabras los inmovilizaría, pero no funcionó. El viento, la noche y el peso de sus resuellos la terminaron de sepultar. Un brazo bajó por su muslo mientras otro subió por su brazo. Cuando la volcaron bocabajo ya no podía respirar.

La fricción de la esponja había convertido su espalda en un enorme erizo rojo mientras el cielo y la tierra habían cambiado de lugar.

Inhaló y todo recomenzó. Una y otra y otra vez.

Bernabé Berrocal

La mujer que vendría lunes

(Cuento)

La verdad sobre nosotros

1

Gabriel finalizó su clase antes de lo previsto. Había en su celular una docena de llamadas perdidas, provenientes de casa de Marilyn, y un texto: «Papá está mal. Tal vez llegó *el momento*. La doctora de Paliativos viene para acá. Lo siento».

Marilyn veía por su padre desde hacía más de un año. Le administraba los analgésicos, al principio una, luego hasta seis veces al día y, aunque demostraba ser dueña de un admirable estoicismo, Gabriel la distinguía como el integrante más sensible de la familia.

—¿Por qué creés que papá está tan delgado? —decía ella—. Esta mañana noté que sobresalen las vértebras de su espalda, aunque le doy de comer. Come poco, pero lo hace.

—Será porque tiene cáncer —respondía él con hosquedad y, acto seguido, advirtiendo que de la compasión manaba el coraje de su hermana (aprendió a aplicar inyecciones a través de tutoriales de YouTube, clavando la aguja en una toronja), le ofrecía disculpas. No pocas veces Gabriel tuvo la impresión de que el ímpetu dentro de ella

amenazaba con doblarse bajo una fuerza descomunal, que en su imaginación no se fraguaría sino en la trillada figura de albornoz, guadaña y un reloj de pulso que la bicha se esforzaba por mantener en su lugar, cada vez que al constatar la hora se deslizaba sobre pajizos radio y cúbito, en el quicio de la puerta de aquella habitación en Sabana Sur.

Grandes nubes pardas se amontonaron en el cielo de San José y, en las aceras, la gente se detuvo para mirarlo. Si bien predominaban los aguaceros en aquella época del año, llamó la atención lo abrupto del cambio: en pocos minutos el firmamento azul se tornó plomizo y empezó a soplar una ráfaga fría, que ya portaba el olor a tierra húmeda proveniente de las montañas que rodean el valle.

—¿Clima raro, cierto? —El taxista miró a Gabriel señalando las gotas en el parabrisas con cierto grado de maravilla. Accionó las escobillas durante unos segundos, entretanto el semáforo cambiaba a verde. El hombre no lanzó su pregunta a la ligera, como suelen hacer quienes ensayan la consabida observación sobre las condiciones climáticas para dar pie a una conversación que en aquel momento Gabriel no deseaba tener y, al tiempo que enfilaban sobre la calle del puente Los Incurables, el taxista seguía en espera de su respuesta, mirándolo por el retrovisor, del que colgaba un escapulario en torno a una pequeña réplica de la camisa número 10 de la Selección de fútbol de Colombia. Su acento le pareció de Medellín. Si llevaba poco tiempo de vivir en el país, pensó Gabriel, su inquietud era legítima.

Y se apresuró a explicar que del clima de Costa Rica era de esperarse cualquier cosa, excepto una buena nevada, aunque sobre esto algunos opinaran que había ocurrido ya, en las alturas del Chirripó. Y hasta podía suceder que lloviera torrencialmente en un área de cinco cuadras

y fuera de ella agobiara un sol punzante. En casos así, puede uno atestiguar el límite del aguacero, permaneciendo ante él totalmente seco, como frente a una catarata que alcanza a rozarse con los dedos.

El taxista hizo un mohín incrédulo.

—Al menos es lo que recuerdo —aclaró Gabriel—, de mi niñez, en Alajuela.

Calló. Pero en sus adentros volvió a halar el hilo que despuntó en su memoria, cuando, franqueando la pared de agua que avanzaba por las calles en procesión de goterones levantando polvo, jugaba con otros niños a decir: ahora lluvia... y daban un salto... y ahora no lluvia. Con el cielo escindido sobre sus cabezas adivinaban el desconcierto de los bichos rastreros que huían de la odiosa humedad y, en las copas de los árboles, redondeando el fenómeno que interpretaban como broma de la naturaleza, una bandada de pájaros adormilados.

—Es lo que llaman «microclimas» —señaló, llegados a un punto del trayecto en que se vieron atrapados en una línea interminable de tráfico.

El hombre asintió y dijo:

—También viví en Alajuela, durante mis primeros tres meses en este país. Te cuento una anécdota jocosa: en todo ese tiempo siempre creí que me encontraba viviendo en San José. Cuando vienes a este país compras un pasaje de avión entre Medellín y San José, pero resulta que aterrizas en Alajuela, que es otro departamento. Extraño, ¿no?

Gabriel afirmó con la cabeza. El tren hacia Sabana Sur iba a salir en pocos minutos y empezaba a inquietarse. No había comenzado la hora dura del tránsito y ya estaba metido en un embotellamiento. El viaje en tren no era cómodo, pero lo prefería a quedarse una hora metido en un autobús.

—Sin conocer nada ni a nadie —recalcó el hombre— abordé en las afueras del aeropuerto un bus rotulado «San José». Creí que me llevaría al centro de esa ciudad. Al cabo de un rato me vi caminando por Alajuela, que imaginaba un barrio capitalino. —Sonrió.

La estación de trenes del Atlántico se hallaba a un par de cuadras. La llovizna era leve y Gabriel calculó que podía llegar a pie. El taxista buscaba monedas en un compartimento junto a la palanca de velocidades, para completar su cambio. Lo hacía comentando que, al caer en cuenta de su equivocación, le embargó un sentimiento extraño, nuevo para él. Y cuando mapa en mano aquella gente acabó por sacarlo de su error, dándole palmaditas en la espalda, divertidos ante su mueca de asombro, comprendió que literalmente no tenía idea de dónde se encontraba: por un instante afloraron en él las dudas, los temores de los días previos a salir de Medellín y se le vino a la cabeza que todo ese tiempo lo había vivido en una especie de limbo o punto muerto, como si careciera de espacio propio en el mundo.

—Hasta ese día y no antes, bajé del avión.

Gabriel guardó su cambio en el bolsillo y señaló hacia el retrovisor con un movimiento de cabeza.

—Buen equipo —comentó—. ¡Y qué clase de jugador!

El hombre hurgó con la mirada entre el dash y el parabrisas. Luego retuvo entre sus dedos la réplica de la camiseta.

—¿Esto?, no me gusta el fútbol. Le pertenece a otro compañero, también maneja este taxi. —Al decir aquello el hombre se puso taciturno, como si su apatía por ese deporte fuera algo con lo que lidiase y asomara a la superficie como indicio de un desánimo más profundo y general.

En ausencia del vigilante, Gabriel logró un atajo por el portón de acceso de los trenes y cruzó el patio donde se acopiaban vagones y máquinas en reparación. Pronto el oficial que había abandonado su puesto emergió a lo lejos y le hizo señas. Sonó su silbato, que Gabriel no lograba escuchar, pues en ese momento un tren pasó a su lado haciendo sonar la pitoreta.

Apuró el paso hacia el andén. Una multitud se aglomeraba en procura de estar cerca de las puertas de los vagones una vez se abrieran. En sus rostros las expresiones fueron tornándose inquietas y, por un instante, como si los repentinos nubarrones de la tarde se cernieran a un palmo de sus frentes, lucían ensombrecidas ante la inminencia del tropel que brotaría de las entrañas del vagón.

Se sujetó de la barra del maletero. Un muchacho a quien a través de la ventana Gabriel identificó como asistente del maquinista (vestía camisa del INCOFER, manchas de grasa en jeans y calzado), se lanzó de la locomotora y fue hasta la caseta donde entregó a otro funcionario la caja de zapatos, sin tapa, que llevaba en sus manos. Este miró al interior, desconcertado, preguntándose qué iba a hacer con aquello.

—La madre quedó despedazada en los rieles— vociferó el muchacho, corriendo de vuelta a la máquina.

En la estación de Plaza Viquez abordó más gente. Llovía tanto que no podía distinguirse nada al otro lado de la ventana. La temperatura subió y la atmósfera se llenó de un olor similar a una mezcla de ropa vieja y desodorante Axe. Grandes gotas de sudor nacían en la nuca de Gabriel y descendían hasta sus nalgas. Subió una joven pareja de turistas. Estilaban. Él cargaba a un bebé en una lliclla peruana sobre su pecho mientras la chica, pelirroja, asida al respaldo de uno de los asientos secaba la cabeza

del pequeño con su mano libre. Traía el cabello recogido por un pañuelo anudado en la parte superior de su cabeza que la hacía parecerse todavía más a Lucille Ball. Vestían ropa de verano y no podían dejar de reír. La lluvia y el hacinamiento en que viajaban eran parte de su aventura, algo que relatar a los amigos cuando estuvieran de vuelta y, con los años, en época de crisis marital, una reminiscencia que daría fe de un pasado aventurero y temple familiar manifiesto desde su propia historia fundacional. El niño alzó la cabeza y ya no dejó de mirar el techo del vagón el resto del recorrido. Una anciana ofreció un pañito a la joven madre y ambas intercambiaron impresiones de forma amena. Abrían mucho la boca al pronunciar cada palabra, tratando que su interlocutora leyera sus labios. A ratos la pelirroja sonreía y zarandeaba la cabeza, quien las hubiera visto de lejos habría supuesto el inesperado reencuentro de dos amigas sordomudas.

En el andén de Sabana Sur, la primera bocanada de aire fresco significó para Gabriel algo similar a un pequeño instante de ventura, que acabaría por fijarse inexorablemente en sus recuerdos. Junto a un colega reflexionaría más adelante sobre ese lapsus, ejemplo de los episodios que, a modo de la carátula de una película, la gente suele asociar con equis periodo de la vida. Fungían como la pestaña de una carpeta dentro del archivero de la memoria. Gabriel los distinguía como *A very short story*, en alusión a un cuento homónimo de Hemingway. En algunos casos se trataba de un suceso banal. Otras veces era la punta de un inmenso iceberg.

«Se sometió a la anestesia con el firme propósito de controlarse y no parlotear de cualquier cosa al llegar los momentos de estúpida locuacidad».

—La frase —había manifestado Gabriel a su colega—, perteneciente a dicho cuento, la leí en mi adolescencia por vez primera y, aunque en aquella época no pasé por alto la ironía contenida en los miramientos del personaje, no se me reveló en sus otros significados hasta muchos años después, recordándolo de súbito, cuando disimulé el llanto al lado del cuerpo inerte de mi madre primero, después junto al de mi padre, mientras aguardaba a que despertase de la anestesia y me vencía la risa ante su delirante perorata, el día de la biopsia que reveló su padecimiento.

Gabriel había expuesto otro ejemplo que su colega llamó «La Buganvilia»:

—Mientras aguardaba junto a mi padre el taxi que desde Alajuela le llevaría a casa de Marilyn, él contemplaba la suya desde la acera. Allí vivió los últimos cuarenta años. Esa madrugada confirmó que ya no bastaría con los analgésicos orales y pese a que su semblante evidenciaba las noches en vela, aún podía advertirse el gesto de un hombre triste. Un hombre triste, pensé, sobre aquel iceberg inmenso. A su lado, sin decir una palabra, imaginé que la mirada absorta de mi padre se despedía de la buganvilia al pie de la ventana, y que según mis cuentas tendría más o menos mi edad. Algo le decía que al salir de esa casa no volvería jamás. Y así fue.

Esperó bajo la marquesina a que amainase el aguacero. Luego la lluvia empezó a caer de lado y recordando que tenía una muda de ropa en casa de su hermana, Gabriel cruzó la autopista en medio de la luminosa cola de vehículos detenida sobre la ruta 27.

José Mario Guzmán

Las llaves de El Leviatán

(Novela)

El golpe fue letal. En la bañera el agua caliente escapaba tratando de huir de los gritos de espanto. Todos en aquella habitación eran testigos inertes. Nadie a la vista. Yacía herido, así que me arrastré tratando de recoger mis fuerzas que habían caído junto a mí cuando golpeamos el frío piso de aquel hotel español, moribundo. Pero me abandonaban, se iban como el líquido que continúa cayendo atrás mío. La verdad es que no lo vi venir. Ese marco de la puerta del baño y todos los de su clase son iguales, silenciosos traicioneros que esperan el momento indicado para golpear a indefensos dedos de los incautos pies que se descuidan. Caí en su trampa. Los dos más pequeños de la izquierda estaban lesionados. No podía verlos, no quería, temiendo su pérdida irreparable. ¿Exagerado? Para nada. Solo quien ha vivido un momento de tal agonía sabrá lo que es sentir que te arranquen el alma. Desde el piso y luego de cien intentos pude alcanzar al fin el teléfono. La escena era crítica. Los asustadizos botones estaban más nerviosos que yo. Pocos minutos más tarde, una camilla y dos paramédicos hacían su ingreso. Una ambulancia, el frío de la noche y unos instantes que transcurrieron afanosos. De repente me encontraba en el servicio de emergencias del hospital Carlos III, en la lejana Madrid. Yo solo estaba de paso, en el hotel que me asignó la aerolí-

nea esa noche y cuyos pilotos se alzaban en huelga, en el aeropuerto Barajas, el mismo en el que debía estar a esa hora, tomando mi vuelo a casa. Las avanzadas negociaciones aún no rendían frutos, mientras que yo me enfrentaba al marco traicionero. Sin movimiento alguno, detenido en el espacio y tiempo de un lugar absolutamente desconocido, la luz blanca del aquel frío techo, en medio de un nauseabundo olor a alcohol y formaldehído, me hizo pensar en que el destino es igual de traicionero que los marcos de las puertas de los hoteles de paso. Ni siquiera tenía que haber estado en España, ese no era el plan original. Pocas horas antes de salir hacia Singapur a un congreso de periodistas por una semana, las cosas habían cambiado de la manera más extraña. Los organizadores, querían enviarme por Canadá, pero no tenía la visa y todos nos dimos cuenta de ese requisito unas cuantas horas antes. Así que cambiaron la ruta desde Centroamérica hacia Europa y de ahí hasta el mítico aeropuerto de Changi. La semana en aquel tigre asiático había sido una experiencia surrealista, donde la perfección de las calles, la explosión urbanista milimétricamente planeada y una agresiva economía liberal, contrastaban con un estado al que no se le escapaba el más mínimo detalle de la vida privada de sus habitantes. Pero mi mente y yo, estábamos agotados. Solo queríamos descansar. Una fisura en el dedo más pequeño obligaría a hacer más larga aquella estancia en el lugar más frío que he conocido, hablando del ambiente y personal médico.

En ese corto tiempo comprendí que los designios del destino se cumplen, incluso con dolor si es necesario. Sin importar si se ha planeado un viaje o la vida, un almuerzo, un entierro o un testamento. Todo se acomoda y deja desnudas nuestras más férreas creencias. Es cierto, la vida

cambia en un segundo, solo falta estar en el lugar indicado en el momento incorrecto. Lo importante es que el sino se cumpla. Y no, el destino no juega a nuestro favor, eso casi nunca sucede, somos tan solo su juguete, un medio más, una simple herramienta. Tan solo somos sus víctimas. Y lo que pasó ese día me lo confirmó.

La intervención en el pie había terminado. Necesitaría ayuda para caminar. Las paredes blancas, el personal médico y hasta las máquinas que sonaban a lo lejos, parecían ignorar mi presencia adrede. De repente, una camilla y sobre ella un hombre que bien podría rondar unos cincuenta años. Eran los cálculos seriamente sopesados en una mente que no hallaba en qué otra cosa ocuparse. Lo dejaron ahí, igual que hicieron conmigo minutos antes, como se dejan las bolsas de basura en la calle para que el camión cumpla su tarea, sin miramientos ni importar nada.

—¿Cómo le va? —Le hice la pregunta sin siquiera esperar una respuesta, ni siquiera pensaba iniciar una conversación, eran formalidades no más para no parecer descortés. Me regresó una expresión mezclada entre extrañeza y admiración con los despojos de las fuerzas que le quedaban. Era un viejo árbol de ramas que crujían al moverse, mientras sus hojas tristes caían al suelo en compás y vaivén. Lacerado, ensangrentado, macerado. Reconoció mi acento latino, sabía que no era de por estos lares, más aún, resultamos ser del mismo país. Lo confesó cuando logró sentirse un poco mejor. Su barba de días, teñida del gris de sus canas y el rojo de su sangre, murmuraba cosas sin sentido que al principio no entendía, pero tampoco me esforzaba por hacer. Era, quizá, algún pobre desafortunado que tuvo un mal día y la verdad, no lo podía sentir cercano a pesar de lo paisano que podía resultar. Daba

por momentos algunos suspiros acompañados de una seria intención por incorporarse y arrancarse la vía en su brazo derecho, con aquella sabia artificial recién inyectada al viejo tronco ya sin hojas, cuyas fuerzas se escurrían, como el agua caliente, de la habitación cuyo marco de la puerta del baño me tenía aquí. Maldito marco. Yo, como hacen los que se encuentran en situaciones incómodas con desconocidos, trataba, en vano, de ignorarlo, de hacer como si no existiera. Pretendía, sin lograrlo, hacer como si no pasara nada. Cada vez que esgrimía sus argumentos, mis oídos se cerraban. Pero fue imposible no prestarle mi atención, para que jugara con ella un rato. Era como estar en el trajín de un transporte público abarrotado, en medio de calientes y sudorosas horas privadas de ventilación en un trayecto sin fin, mientras afuera el mundo se viene a chorros, cuando de pronto la mirada incómoda de un niño sonriente se posa sobre uno, pidiendo en silenciosos gritos un guiño, una mueca, unas cejas arriba en señal de aprobación. No puede, por más pazco que sea el receptor, quedarse impávido. Le presté mi atención y terminé por regalársela, solo para recibir un puñado de problemas.

Flory Vargas

Las hijas del sol de sangre

(Cuento)

Nirú

Una lágrima cayó haciendo borrosa la imagen cristalina que se reflejaba sobre la Laguna de Botos, espejo monumental que se había formado por las lluvias que caídas sobre el cráter extinto, uno más en medio de aquella tierra de volcanes. Nirú vio toda su tristeza plasmada en el agua. También notó, con algo de vanidad, su belleza, la cascada lisa de cabello que cubría su cuerpo joven, oscuro y esbelto. En su frente, como un recordatorio que los dioses habían dispuesto para ella, figuraba desde su nacimiento una marca particular, un pequeño círculo rojizo que para su gente representaba el sol extraordinario que alumbró su nacimiento. Esa pequeña mancha era la confirmación de la elección divina que pesaba sobre ella y por eso le llamaban: *la Hija del Sol de Sangre*.

Pronto el pueblo realizaría una más de las ascensiones al volcán, pero en esta ocasión no sería para obtener el azufre que entregaban a los Huetares. Esta vez, sería distinto. La tribu tenía que cumplir su promesa. Solamente un sacrificio humano sería capaz de mantener la calma del enorme coloso que reposaba junto al lago y les acechaba en constante amenaza. Una fuerte lluvia de

cenizas había destrozado los pastizales y cultivos, así que, según la tradición, la niña sería lanzada a las entrañas del volcán en medio de un acto ceremonial.

Nirú lo sabía, siempre supo que esa sería su suerte y la molestaba sobremanera el trato tan distinto que recibía por esa razón, como si se tratara casi de alguna divinidad terrena. Frecuentemente sentía sobre ella la lástima de los aldeanos que, sin saber muy bien cómo reaccionar, la ofrendaban con humildes presentes cargados de gratitud. No soportaba la mirada de *borrego ahorcado*, como ella le llamaba, que encontraba constantemente a su paso, tampoco la tarea cruel que le habían asignado sin preguntar.

—¡Vamos, Nirú! ¡Apurate! Pronto oscurecerá y el camino es largo.

—Voy. Dejame despedirme del lago.

La joven metió sus manos en el agua por última vez. Enjuagó su rostro y se levantó tomando la mano de Rogan, su amigo de siempre. Después de una última mirada al paisaje, corrieron bosque adentro.

Así pretendía huir de su destino. Su alma pesaba tanto que no podía con ella. No lograba, por más que intentaba, dejar de pensar en el dolor y la vergüenza que les causaría a sus padres. Pero ella quería vivir, quería conocer otras tierras, disfrutar cada segundo. Tenía tanto amor y tanta ilusión por dentro que esa era la única salida. No había otra. Llevaba algún tiempo valorando posibilidades, definiendo estrategias, siempre acompañada por su mejor amigo y confidente. La única persona en la cual podría confiar ciegamente sus temores y planes de escape.

Después de varias horas de camino, el resultado no era muy alentador, estaban todavía lo suficientemente cerca como para ser encontrados. La maleza se había encargado de rasgar sus ropas y hacer cortes en su piel que

ardían como minúsculos latigazos. Tenían hambre y estaban muy agotados.

Se detuvieron para pasar la noche en una pequeña cueva que se formaba entre las elevaciones rocosas. Después de un buen rato tratando de encender el fuego, cenaron pequeñas raciones que tenían previstas para la primera parte de la jornada. Más adelante tendrían que cazar para sobrevivir, pero el joven era un experto cazador, así que alimento no les faltaría. Todo lo tenían cubierto.

—Rogan, amigo, dejaste todo atrás por mi culpa. Nunca dejaré de agradecerte por eso, por apoyar mi sueño de libertad —le dijo Nirú con ternura. —Espero algún día poder retribuirte tanta generosidad.

—Sabés que jamás te dejaría sola. Mi corazón me dice que tu camino es otro, que es importante para nosotros. Tu nacimiento ocurrió en un momento sobrenatural, estás marcada por los dioses. No puedo hacer otra cosa.

—Yo no nací solo para apaciguar la furia del volcán. Estoy convencida de que tengo otro propósito —aseguraba la joven mientras sus ojos se cerraban vencidos por el cansancio.

El sueño se había apoderado de ellos cuando la tierra empezó a vibrar suavemente, luego, a temblar cada vez con más fuerza. Se podría decir que estaban acostumbrados a eso, pero no a este nivel. Las fuertes sacudidas que siguieron dejaron en evidencia la magnitud de la situación. Tenían que buscar de inmediato un lugar más seguro. El suelo se agrietó en distintos lugares y los árboles caían por doquier. Semejante caos no podía significar otra cosa, el coloso reclamaba su sacrificio.

Un bramido amenazante sacudió nuevamente la cueva y los muchachos salieron corriendo antes de que se derrumbara sobre ellos. Era como si el volcán lo supiera,

como si pudiera ver y sentir de lejos el terror de la joven y sus intenciones de huir, como si defendiera lo que era suyo.

Unos minutos después regresó la calma, pero ellos sabían que era una tranquilidad engañosa y que, muy probablemente, lo peor estaría por venir. Tomaron sus cosas y caminaron un poco más. Nirú sintió un cosquilleo de pánico en sus venas. A lo lejos, el enorme cono lanzaba nubes interminables de ceniza. Tomó conciencia de su realidad, si no regresaba, las consecuencias serían mucho más serias de lo que había imaginado. Sus padres, su pueblo, su gente, dependían de ella. No les podía defraudar. Si aquel era su destino, tendría que cumplirlo a pesar de todo, incluso de ella misma. Su llanto descontrolado casi no la dejaba ver, era lo único que quedaba sin control dentro de sí al tomar la decisión.

—Rogan, tenemos que volver.

La aldea estaba alborotada por la mañana. Estaban temerosos del volcán y lo que podría ocurrir. Al saber que la niña no estaba, algunos habían huido a otros territorios, otros sacaban sus pertenencias para emprender también el camino cuanto antes y un grupo sacrificaba animales en honor de los dioses, untando la sangre derramada sobre sus cuerpos en señal de rendición. Los altos dirigentes de la tribu estaban reunidos con los padres de los jóvenes fugitivos tratando de encontrar una solución. Desde que se les informó sobre su huida temían lo peor.

Nirú apareció sucia, herida y sudorosa. Cayó de rodillas junto a ellos. Las palabras no lograron salir de su boca de inmediato, pero no fue necesario. Corrieron a abrazarla. Estaban salvados.

Al atardecer, un nutrido grupo terminaba de subir la empinada montaña hasta el cráter. Ella a la cabeza, seguida por el gran sacerdote, sus padres y sus amigos. Una vez

que llegaran al punto de no retorno, tendría que continuar sin compañía hasta cumplir su misión.

No hubo despedidas. Ya todo estaba dicho. Bastó una mirada cálida e interminable sobre ellos, especialmente sobre Rogan. Dio la vuelta y caminó sola. A pesar de que sus piernas ya no le respondían, siguió adelante con su corazón hecho pedazos y el pánico apoderándose de su ser. Al llegar a la orilla del cráter, cerró sus ojos, levantó sus brazos al cielo, lanzó un profundo suspiro y se dejó caer.

En ese mismo instante, el retumbo del volcán hizo correr a los demás de regreso, pendiente abajo. Trataban de disimular sus emociones aferrados al gran poder de los dioses, sin embargo, era inevitable el terror que se proyectaba en sus miradas. Entonces vieron atónitos el bello rostro de Nirú reflejado en el lago. Más hermosa y más serena que nunca. Después de ver esto, sin más qué decir, cada quien siguió su camino.

Esa noche el volcán explotó.

Emilia Macaya
Más allá del río

(Novela)

El rayo, con chispazo rotundo, ilumina el vientre de la noche. Instantes después, un trueno hace vibrar caserones y almas errantes. Al fin se inicia el aguacero.

—¿Algo nuevo?

—Hay orden de fusilar.

—¿También a este?

—También a este.

—¿Y quién va a formar el pelotón? El hombre es muy querido. A ver cuántos bravos se atreven... Yo desde luego no.

En el frío de esa madrugada indecisa —quiere y no quiere despertar— los murmullos se atenúan como si se los tragara el agua. Humedad de ropas, goterones que bajan por las mejillas desde el pelo azotado por la lluvia. El barro se apelmaza por igual en las botas de los que lucen galones o en el calzado rústico de los de a pie. También en los descalzos, que los hay. Ovillados como si aún habitaran el útero, se fruncen al amparo de un árbol o pidiendo cobijo al alero más próximo.

—¿Y a quién obedecer? Yo libré la batalla con él, en la ciudad de Rivas. Sí, con este mismo al que ahora condenan. Por entonces, todos alababan su grandísimo valor. Lo alabaron también quienes hoy mandan en la capital. Los que, por cierto, han de haber dictado la orden de fusilamiento.

—Será cosa del parentesco. Al otro ya lo mataron. Son cuñados y han de correr la misma suerte.

—Pero... Los que gobiernan allá también son sus parientes.

—La verdad, no lo sé. Tampoco me interesa. En esas cosas, cuanto menos sepamos es mejor. Tengo que ver más bien cómo me escapo de conformar el pelotón, esta muerte yo no me la echo encima. Que busquen a alguien más, mi rifle no se va a manchar con su sangre.

Otro relámpago, igualmente rotundo, se quiebra en mil centellas y termina por acallar las voces. Reina así un silencio de sepulcro que se apodera de las calles, como si el viento hubiera congelado el mundo.

Dos de octubre, cuatro y treinta. La madrugada.

Hace muy poco ha mirado el reloj, colgado en la pared del salón. Por eso está seguro de la hora.

—¿Un poco de café? —pregunta el cabo.

Da las gracias y contesta que no, con leve movimiento de cabeza.

Desde fuera, cierto destello frágil ilumina la estancia con otro tipo de luz, ajena al clarooscuro dominante, pese al candil. Arrecia sin pausa la tormenta. Una lluvia pertinaz se desgaja en rotundos goterones que llegan a arrasarlo todo. Es algo a lo que no se acostumbra, aquellos monumentales aguaceros que parecen presagiar el fin del mundo. Lo demás le va resultando ya conocido, diríase rutinario. Pero no sucede igual con los crudos chaparrones, menos aún si aparecen súbitamente y por si fuera poco, en mitad de la noche.

—¿Está seguro de no querer café? ¿Ni chocolate? —insiste el cabo.

Él no contesta.

Julio Espada había llegado a Puntarenas unas pocas horas atrás. Como casi siempre en su vida, vio los planes alterarse en el último momento: instalado al fin en San José después de mil periplos, se ganó de pronto un lugar –sin haberlo querido así– entre los soldados que debían de llevar un bando muy urgente al puerto. Una orden de fusilamiento, para mayor exactitud. Pero de eso se enteraría después.

Dejaron la capital como quien pasea entre cafetales y cruzaron casi enseguida el puente del Virilla. Vislumbrado Belén y entre las bandas de las cercas de itabo, bordearon Heredia y Alajuela. Cuando correspondía, colocaban tablones sobre las bazas al encontrar riachuelos más pequeños –todos los transeúntes lo hacían así, según costumbre de cualquier viajero– y arribaron pronto a La Grita del río Grande sin detenerse en la Aduana, pues la premura se imponía. Y todos, por igual, respetaron salvoconductos, una vez que los solicitaban. Ellos mismos no conocían el contenido de las disposiciones pero debía tratarse de mandatos muy claros y precisos (alguna venía especial) pues en cada oportunidad que se pedía al grupo identificarse y comunicar su misión, bastaba una ligera ojeada a los papeles para franquearles el paso, sin dilaciones. Superaron los escasos caseríos de Atenas y subieron por el Monte del Aguacate, siempre a marcha forzada, con un breve descanso y un sueño muy ligero en la Villa de Esparza, a la cual llegaron ya muy entrada la noche. Poco recuerdo había guardado, por las prisas, de aquella especie de taberna en la que pernoctaron, una edificación tosca de estancias altas y sin cielo raso, con paredes encaladas, camastros cubiertos de cuero de buey, telarañas en las vigas y una persistente nube de mosquitos abarcándolo todo. Zumbido sin pausa en el escaso mal dormir. Al

menos recibieron, a manera de reconfortante cena, la porción de carne con plátano que estilaban servir –muy bien aderezada, eso sí– unas cuantas tortillas con frijoles y, jamás podría faltar, el vaso de aguardiente repleto hasta los bordes. Antes de la aurora, volvieron a ponerse en camino. Y después de otra jornada entre andurriales, farallos, ríos crecidos y lodazales agobiantes, rodeados de una vegetación que amenazaba con devorarlos, pudo al fin Julio Espada sentir en la piel el escozor salino, al modo de un aviso por la proximidad del mar. Unas mulas guiaron el trayecto al cruzar el río Barranca. Y ya en la orilla opuesta esperaban, briosos e inquietos, los caballos de repuesto.

Llegaron finalmente a su destino, la edificación en que se concentra el mando militar y sirve a la vez de improvisada prisión. Es la aduana del puerto. Observa dos habitaciones amplias, comedor y sala de reposo en el medio, corredor al frente. Lucen en este, por uno de sus extremos, tres hamacas de mecate, a esa hora vacías. Ya dentro de la sala, hacia el centro, distingue Julio una mesa de cedro y sobre esta, el candelero de hojalata con su vela de sebo. Paredes altas afanosamente blanqueadas en cal, vigas oscuras con sus señas de gubia. Más allá, un remedo de librero en el cual, en lugar de los lomos habituales, figuran algunas municiones y unos cuantos aparejos, además de cuatro braceros y unas seis bayonetas. Puntilloso como es, ha tenido el cuidado de contarlas. Recostado a uno de los filos del mueble, un fusil Minnie parece esperar con paciencia el retorno de su dueño.

Por suerte –piensa Espada– acaban de caer en aquella casona antes de que se instaure de pleno el vendaval. Desde que atravesaron el Barranca, el cielo se ha cubierto de nubarrones y los claros anuncios de tormenta cruzan de parte a parte el horizonte. Tal como es su costumbre

–para eso lo entrenaron, por años, en su tierra natal– abre mucho los ojos a fin de observarlo todo, al tiempo que taponona firmemente la boca, respirando apenas por la nariz. Se trata de mucho ver y poco hablar, en eso está el secreto. Dios sabe la de veces que pasó vigilando puertas de calle y ventanas encendidas. Quién entraba y quién salía, si llevaban sobres o bultos, quizás alfombras arrolladas con algún indicio de cadáver.

–Gracias pero no. No quiero café –contesta al fin.

El cabo se aleja entonces, con una jarra humeante entre las manos. Pronto comienza él a beberla pues una sustancia cálida, a esa hora, no es algo que se pueda despreciar.

Por la sala contigua, los oficiales gesticulan entre murmullos con el ceño fruncido. Hay que adivinar y hacer intento de leer los labios, el estruendo huracanado vuelve inaudibles las voces. Comprende Julio la gravedad de los semblantes cuando al fin desentraña el contenido de las conversaciones: habrá una ejecución, ningún soldado se encuentra dispuesto a integrar el pelotón, quien debe ser fusilado goza del afecto de la tropa y es considerado por todos –por casi todos– su general «¿Se tratará entonces de ese general?» recela Espada. Porque si es así, tal parece que lo han de ajusticiar. ¿Será esto, pues, lo que indican los bandos que han traído? De confirmarlo, comprenderá de inmediato las urgencias del viaje, visto su cometido. No obstante y aunque la orden haya llegado, será difícil encontrar quien se encargue de darle muerte.

Rafael Ángel Herra
Novelas del caminante
(Crónica)

Viaje a los pies del Himalaya

Galope de las imágenes, el viaje, los recuerdos. Conservo en la retina un cuadro austero: suelo de color terracota pálida, casas de techo plano, ladrillo tostado al sol y una mujer con mantilla sobre el lomo de un burro.

Quiero poner un poco de orden en la memoria. Mis primeros pasos por uno de los paisajes legendarios de Asia me llevaron al Punyab paquistaní, en las estribaciones del Himalaya. Habría querido entrar por el paso del Jáiber, en medio de inmensas montañas polvorientas, por donde se han unido los pueblos de Asia durante milenios; me habría gustado recorrer el país, remontarme a las alturas heladas de la cordillera, sentir la sed en el desierto del Thar y visitar los talleres de Beluchistán. Aunque sueño con lo que no visité, tuve, sí, la suerte de alojarme en la vieja ciudad de Rawalpindi y viajar a Islamabad por una autopista adornada de rosales sin fin en el camellón. Lo primero que atrae al viajero es la diversidad, el mosaico de culturas, el juego vertiginoso de colores, vestidos, sabores y sensaciones sonoras. La República Islámica de Paquistán tiene fuentes históricas comunes con la India y con otros pueblos asiáticos. La civilización del Indo es muy

antigua. Aunque se hablan muchos idiomas, el urdu es la lengua nacional y literaria, se deriva del sánscrito y emplea el alfabeto árabe. El inglés como lengua franca es un resto del periodo colonial.

El vuelo a Islamabad, muy complicado por cierto (más de cuarenta horas entre aviones y aeropuertos, desde San José) incluyó una espera de ocho horas en Yeda, el aeropuerto de la Meca, Arabia Saudita. La sala de espera y luego el Jumbo estaban llenos de paquistaníes santificados en la Mecca y que ahora regresaban. Todo creyente musulmán debe peregrinar al menos una vez en su vida al centro mítico. Durante esta vuelta iniciática a su identidad religiosa no sólo bebieron el agua sagrada y se purificaron, sino que también la embotellaron en grandes frascos de plástico para no aterrizar en Karachi con las manos vacías de Allah.

Al norte de la capital se pueden seguir las huellas de Alejandro Magno. En Taxila se han excavado las ruinas de una ciudad helenística, con vista magnífica a las montañas y diseño urbanístico cuadriculado. En el museo se encuentran muestras de estatuaria budista. El sincretismo entre las fuentes indias y los modelos escultóricos helenísticos revela un refinamiento singular. La región se llama Gandhara, pertenece a las fuentes del budismo y da nombre al arte grecoindio. Un poco más lejos, sobre la cordillera, viven los kalasha. Una teoría sostiene que son descendientes macedónicos de la época en que el discípulo de Aristóteles afincó en Taxila los confines nordorientales de su imperio que redefinió el encuentro entre Oriente y Occidente. Los kalasha son politeístas y han resistido durante siglos la presión de muchos pueblos, incluidas las invasiones mongolas y el avance del Islam. Las mujeres andan sin velo.

Estuve en Paquistán invitado a una conferencia de escritores e intelectuales sobre Literatura, cultura y democracia en la que participé con un texto sobre el efecto demostrativo de las ficciones literarias y sus consecuencias éticas. La conferencia fue un acontecimiento literario y –tal y como se pretendía– con consecuencias políticas. Así fue el tono del discurso inaugural de la entonces Primera Ministra Benazir Bhutto. Su pensamiento era que el escritor debe contribuir a la democracia, a la libertad, al derecho a pensar. Benazir, como le decían en la prensa, mostraba temple, gracia, aplomo y carisma femenino visitado por una sutil coquetería y seguridad en sí misma. Muchas mujeres, cuando ejercen el poder –según observaba Simone de Beauvoir–, mimetizan patrones masculinos de conducta. Si actúan y se proyectan en un drama dominado por el protagonismo del varón, tienden a adaptarse al juego de las apariencias. En Benazir, sin embargo, admiré el talento femenino sin falsa dulzura, pero sin falsa dureza. Y su tarea nunca fue fácil en el complejo ajedrez político de paquistaní. Resultó mortal.

La conferencia reunió un mosaico de 400 escritores e intelectuales extranjeros y unos 300 paquistaníes: poetas rudos que habitan en el delta sagrado del Ganges, viajeros de Shangai, iraníes, americanos del norte y del sur, belgas, suecos, un profesor holandés de urdu, cinco visionarios de Katmandú, acostumbrados al hielo del Everest, una periodista de Tajikistán cuya belleza empaña los templos de Sarmarkanda, mujeres combativas de Bagdad, eruditos de turbante blanco y siempre de blanco que son fieles a la tradición de comer con los dedos. Rostros mongoles, cuerpos de ébano cubiertos con todos los tejidos africanos. En Islamabad escuché el sonido de muchas lenguas. Cuando repasó las imágenes de esta conferencia tan polifacética,

tan diferente a las que había asistido en otras ocasiones, me conmueve evocar el recitativo del Corán, el día de la inauguración. Sin entender nada, sentí el vértigo del texto, tal vez por la sonoridad y las inflexiones de la voz.

Hombres y mujeres diversos, sus vestidos y lenguas tienen una diversidad fascinante y, sin embargo, los problemas se parecen, las preguntas son casi las mismas, la curiosidad y la angustia remueven el mismo drama, como si se representaran en el teatro de Dionisio al pie de la Acrópolis. En efecto, los temas de la conferencia y las preocupaciones explícitas en cada exposición revelaban un interés común entre todas las regiones del globo. Así, por ejemplo, dos profesores norteamericanos hablaron, uno sobre la democracia y el nexo cultura y medios de comunicación; el otro se preguntó si la democracia puede proteger a una cultura nacional en la época de la información global. Mohammed Sari se refirió a la agonía de los escritores argelinos. Tahira Mazhar Ali propuso la cuestión de una cultura de la paz. Laeeq Babree, también del país anfitrión, se centró en el misticismo y los retos del mundo moderno. Un poeta de Katmandú y otro de Bangladesh llamaron la atención sobre la literatura de la resistencia. Una especialista belga estudió la concepción de la democracia entre intelectuales paquistaníes. Treinta y ocho conferencias, un promedio de setecientos asistentes, intervenciones y debates en muchas lenguas. Uno de los resultados fue la propuesta de organizar una especie de Internacional de escritores y repetir conferencias como esta. El asunto no es un capricho narcisista de escritor occidental. Muchos autores en Asia y en Africa han caído combatiendo por la democracia. El novelista Fakhar Zaman, Presidente de la Academia de Letras de Paquistán y organizador del encuentro, lo dijo en una entrevista periodística: «He soñado que los escritores del

mundo deberían unirse y tener una plataforma a escala internacional, como un Congreso internacional de escritores o algo por el estilo [...] debería haber intercambio de más escritores entre los países [...]». En otra parte dijo: «Honestamente viendo lo que ocurre en diferentes partes del mundo, pienso que los escritores pueden influir en la sociedad y que deberían manifestarse contra las atrocidades, contra la violación de los derechos humanos. Así, este es un esfuerzo para acercarlos hacia el entendimiento mutuo y la promoción de la fraternidad...»

Hubo también voces polémicas. Una escritora de Bagdad hizo un encendido discurso destinado a persuadir a los delegados a que votaran un texto de denuncia contra las Naciones Unidas por el bloqueo a Irak en aquellos años y los efectos contra la población civil, pero no tuvo eco. Era el gobierno autoritario de Sadam Hussein. La profesora y traductora polaca Ana Sieklucka recomendó al gobierno promover el urdu con más ahínco. La prensa destacó la ausencia de representantes indios y de Kachemira. Algunos africanos, hablando un francés protocolario y elegante, se quejaron de no estar representados en la lista de conferenciantes (sólo aparecían quienes enviaron el texto con antelación).

Paquistán cabalga entre dos tiempos, tradición arraigada y modernidad. La religión es omnipresente. El almuecín ya no recita las palabras sagradas desde un minarete, sino por medio de altoparlantes que cuelgan en todas partes. La cadencia del rezo es extraña, fascinante. Contrastes aquí y allá: junto a grandes edificios de arquitectura moderna, diseñados al gusto deslumbrante del llamado estilo sarraceno (como la mezquita de Islamabad o el edificio de la Corte de Justicia), se pueden ver trabajadores removiendo escombros a lomo de burro. La apariencia externa acusa un

culto al color, a la variedad de dibujos en los vestidos femeninos. Sólo en este paraíso del arte popular cultivado hasta la obsesión pueden verse autobuses y camiones de carga (todos, sin excepción) decorados, por dentro y por fuera, a base de diseños de filigrana policroma, enchapes de latón repujado y madera tallada, medallones y abundantes cadenas que cuelgan como collares de doncellas. Decoración absoluta, *horror vacui*, porque esa estética sobre ruedas tiene el valor de un talismán destinado a atraer la buena suerte.

Si repaso las imágenes de mi viaje debo volver los ojos a la vida en las calles. Recuerdo un mercado. Los mercados son el espejo de las ciudades. Ahí llega la gente a mirarse la cara, no solo a comprar lo necesario. Había telas de inacabables colores y diseños. Cacharros de bronce repujado, verduras, frutas, estropicio sin fin, y las más hermosas colecciones de especias que uno puede desear. Curry masala, encurtidos de mango y limón, almendras, cúrcuma, pistachos, pimienta, anacardo, culantro, clavo de olor, tamarindo, dulces de miel, cardamomo, chiles secos, yogur de leche de búfala y vendedores ambulantes de ilusiones. Al mercado llega todo. La miseria y el esplendor, la vida y el caos. Reina la belleza a la vez que pululan los olvidados de la tierra adornados por la policromía y los aromas.

Me concentro para poner orden en la memoria. No quisiera ser esteticista de lo exótico, ni mirar a los otros como perchas de vestidos y costumbres, como hicieron los europeos ante el colorido de las colonias, aunque las particularidades saltan a la vista y no se pueden obviar. Así fue en Paquistán. Sentí que entraba en otra realidad, apasionante, ajena, pero que se podía percibir con gusto y comprender no sólo por curiosidad intelectual o turística.

Nada cuesta valorar estas diferencias y descubrir lo hermoso y digno, en la misma forma en que se gozan manjares extraños. Esta son las principales enseñanzas de un viaje que no me llevó al desierto del Thar ni a las fuentes del Indo.

Rafael Cuevas Molina

Polen en el viento

(Novela)

Capítulo I

La visita

Intenté por cuarta vez entrar a ver a mi papá, pero no me dejaron. El guarda de la puerta me dijo que estaba totalmente prohibido y hasta me regañó por haber salido a la calle cuando debería estar confinada en casa.

Es cierto, tiene razón, mi papá se enfermó por salir a trabajar con la esperanza de no contagiarse, y ahí estaba internado en una sala de cuidados intensivos entre la vida y la muerte, alejado de todos nosotros, quién sabe si sufriendo, si consciente o inconsciente.

Pero él es así, un hombre que siente que puede vencer hasta a la muerte, tal vez como un rasgo de esa forma de ser que lo hace sentir invulnerable y lo lleva a arriesgarse siempre.

Es irónico, cuando nosotros creíamos que de verdad no iba a salir vivo de la guerra, regresó siempre sano y salvo. Pasaba hasta seis meses fuera de casa y, de pronto, se aparecía una tarde riendo, hablando a gritos y abrazándonos a todos, mientras mi mamá lloraba de la alegría de verlo y le reprochaba lo flaco y sucio que estaba.

De verdad que parecía inmortal en medio de tanta muerte. «Los estamos vergueando», gritaba eufórico, mientras devoraba la comida que le ponían mi mamá y mi abuela al frente, y discutía a gritos con los vecinos que lo saludaban desde el otro lado de la tapia de láminas y no compartían sus ideas políticas.

Parecía una fuerza de la naturaleza en esos días, eufórico al tope, imparable, «con ojos de loco» decía mi abuela cuando lo veía regresar hediondo y se persignaba como si el diablo mismo fuera el que había entrado por la puerta de la casa, mientras los niños gritábamos y saltábamos de alegría tratando de abrazarlo, agarrándonos a sus pantalones, colgándonos de su cuello y besándolo.

Terminaban así meses de angustia e incertidumbre sin noticias suyas, de no saber si estaba vivo o muerto, igual que ahora, porque mi mamá iba a las oficinas de los BLI y nunca le decían nada, que dizque eran cosas de seguridad del Estado y no podían decirle ni por dónde andaba. Regresaba tronándose los dedos, como hace siempre cuando está nerviosa, a prenderle su veladora al San Miguel Arcángel que teníamos en una esquina del comedor, y nos ponía a todos a rezarle para que no le pasara nada, mientras le daba sopapos al Darío que no se quedaba quieto porque, de seguro, no alcanzaba a entender lo que estaba pasando.

Por eso, cuando aparecía su silueta grandota pegando gritos y abrazándonos a todos en el umbral de la casa, era como si de repente se nos aflojara el cuerpo y ni las canillas parecían querer sostenernos, yo no sé si de la alegría o del susto o de las dos cosas juntas. Y entonces empezaban los cuentos que nos hacían quedarnos despiertos hasta bien tarde, alumbrados solo por el candil que mi mamá ponía en el centro de la mesa, unos con los ojos pelados y

otros dormidos en el regazo de mi mamá o de la abuela, y no paraba hasta que se iba de nuevo, con la mochila al hombro, mientras mi abuela lo persignaba y le pasaba el escapulario por la frente, y mi mamá decía que ni tiempo de que se repusiera y engordara un poquito había habido.

Así parecido estábamos ahora, sin saber qué estaba pasando allá adentro, sin que nadie nos diera razón de su salud, sin que ni siquiera saliera alguien y nos dijera cuánto tiempo más estaría internado y si había esperanzas de que se repusiera. Aunque nosotros, tal vez contagiados de su forma de ser, siempre pensamos en el fondo que en cualquier momento se aparecería como allá en Nicaragua, perfilando su silueta en la puerta de la casa, eufórico, pegando gritos y contando cuentos hasta la medianoche.

Yo regreso a la casa a toparme con la cara expectante de mi mamá que, como entonces, se truenan los dedos mientras se seca las manos en el delantal, treinta años más vieja pero con la misma angustia, teniendo que repartir su tiempo entre la cocina y la computadora que le sirve para dar clases a sus alumnos que, según dice, no entienden o no quieren entender y que, como no los ve, se desaparecen y después dicen que es porque se les fue el internet o cosas por el estilo.

Entonces no queda más que volver al teléfono para ver si podemos hablar con alguien que nos dé alguna noticia, pero siempre será lo mismo, que suene y suene sin que nadie conteste, o tratar de descubrir algo en las noticias del medio día, ver si tal vez hacen un desglose y dicen cuántos nacionales y cuántos extranjeros murieron, porque papi tiene ya más de treinta años de vivir aquí pero todavía lo cuentan como extranjero en los informes que da el ministro por la televisión. Tal vez si dijeran: «murieron tantos extranjeros», uno podría tener alguna

pista, aunque suponemos que si papá llegara a morir nos lo dirían, aunque fuera solo para que la familia estuviera enterada, porque ya sabemos (por la prensa, porque a nosotros nadie nos lo ha dicho) que no podríamos acompañarlo ni siquiera al entierro.

Arabella Salaverry

Rastro de sal

(Novela)

(Cartagena de Indias - Aldehuela de Moín)

Candelaria apretó las cuentas del rosario.

De nuevo naufrago en la salmodia de las avemarías De nuevo el sonsonete de la oración se me confunde con la música de las vocales repiqueteando en mi nombre: Candelaria Figueroa No falta ni una Están todas Incluso la u oculta embozada presente Me descubro mezclando mi nombre intercalándolo entre letanía y letanía: nunc et in ora mortis nostrae ora pro nobis peccatoribus Mi nombre El de antes El de siempre Mi nombre Solo un nombre.

Y mientras se escucha pronunciando ese nombre con la misma cantinela del rosario salta la convicción: en la aldehuela después de los años vividos ese conjunto de vocales y consonantes infunde respeto: ¡Candelaria Figueroa! *Ave María Pero para qué respeto en ese fin de mundo enredada entre selva y río con el aullar de los congos y los pájaros implacables con el olor del sumapo pegándose a los rincones de mi casa y de mi vida Por qué para qué respeto si no lo merezco Gratia plena.*

La tarde, una más, se arrastra por la copa de los árboles. *El sudor recorre mi espalda hace perder apresto a mi blusa La misma blusa de batista blanca conmigo desde mi Cartagena Mi Cartagena perdida más allá de la niebla marina Mi Cartagena donde sí existían pretextos para la elegancia.* Especialmente los domingos de misa en la Iglesia de Santo Toribio de Mogrovejo por aquí, madre, por aquí, cerca del Santísimo del retablo mayor, ese con ornamentos barrocos de oro laminado y el cristo agónico en su centro; padre, madre, disculpen, en este reclinatorio estoy mejor es más mullido, me quedo aquí si lo permite y *al menor descuido escabullirme para contemplar el mar desde la torre del campanario*; en un minuto regreso, madre, voy a comulgar y al retorno, confundida entre los fieles escaparse, sí, escaparse por la interminable escalera de la torre hasta presentir el ojo siempre alerta buscándola, correr a su lado ¡Madre Santísima! niña ¿qué sucede? niña, ¡por dios! ¡Muy desagradable! Está transpirando. Se le ha manchado su blusa. No es de señoritas. Esta iglesia parece un horno, el domingo próximo iremos a la de los dominicos, es más fresca; y Candelaria se estremece al recordar. En la Plaza de la Inquisición, cerca del Convento de los Dominicos, se encendió la hoguera para quemar a cinco herejes ¿Sería ese su destino? Alguna vez su madre se lo dijo: niña, ¡usted se comporta como una hereje! No entiende muy bien el término pero el temor a ser quemada viva la hunde en el insomnio. Al menos el consuelo: en este templo durante las largas confesiones de su madre puede subir a escondidas las altas torres del campanario, escalón tras escalón, sintiendo el frío coralino de las huellas traspasando sus botines hasta alcanzar la cumbre de sus bíforas con sus arcos de medio punto, su parteluz –cuchillo para dividir en dos el brillo del sol– las campanas al alcance de su mano y

abajo el azul extendiéndose por siempre. Le gustaría quedarse horas sin fin embebida en sus crestas de espuma plateada, seguir el rastro de la sal por ese horizonte que se replica en sí mismo, desde esas torres que según ella señalan el camino al pecado. Por algo se rumora, durante su construcción el diablo trató de derribarlas y al no lograrlo terminó de cabeza en un pozo del cual siguen manando aguas sulfurosas.

Si su madre no la acompaña a misa se las ingenia para engatusar a la nana y así dar un rodeo, pedirle al cochero ese día Bonifacio, su amigo; querido, querido Bonifacio ¡vamos cerca de las murallas! –esas murallas que resguardan la ciudad de piratas, piedra sobre piedra, historia sobre historia– hasta la Boca del Puente, uno de los pocos accesos al mar en la ruta ineludible desde los balcones herméticos de su casa en la Calle de la Amargura. ¡Que nos lleve Bonifacio! Esa su condición cuando puede salir. ¡Que nos lleve Bonifacio! Porque Bonifacio, dorado como los santos de las iglesias –él por los soles del Caribe– es su confidente, su amigo desde que compartieron los primeros juegos –pizi pizi gaña jugando la caraña– ¡Yo salto más! ¡Mire, mire, niña, la cometa parece un pájaro! ¡No sea tonto Bonifacio! Así no se juega el balero, así, atiende, así... no es un palo, es un caballito para pasear, no sea bobo Bonifacio, es un caballito; desde cuando ambos tenían tres años y él recién llegado con su madre de la hacienda a la ciudad, a la casa de don Eustaquio Figueroa, ese señor adusto, lejano siempre, inalcanzable, ese señor desconocido para ella. A pesar de ser su padre.

Bonifacio, ahora un adolescente hermoso con su pelo de algodón ensortijado, su boca pulposa y su espalda ancha, único hombre al cual su padre permite cercanías. Bonifacio su hermano, embozo para sus travesuras, cómplice de sus escapadas infantiles. No, señora, no. Por aquí no ha pasado la niña. Estará en la capilla. No señora, no, la niña debe de estar en su habitación durmiendo... no, no, no señora, aquí no está, tal vez en la cocina con la nana. Siempre oportuno se las ingenia: cubre sus espaldas, deja a su madre tranquila.

Bonifacio diestro en llevar el carruaje hasta los sitios añorados. Vamos a la Boca del Puente, así puedo mirar al otro lado –el territorio salado– el mundo más allá de las murallas. Y después de traspasar el puente levadizo sobre el caño de San Anastasio, salimos de la ciudad amurallada y vamos al barrio de Getsemaní. ¿Dónde? ¿No me has oído?, lo dije muy claro, al Barrio de Getsemaní donde sí hay vida, al barrio vedado. Niña, ese es el refugio de la perdición, oye a la nana ¿No ha visto a esos negros cómo bailan? No, no los ha visto pero escucha sus tambores en la noche y un recorrido eléctrico la eriza y la hace moverse suavcito, cadera ondulando, el torso quieto y la energía concentrada en su cintura, en su vientre, respondiendo al retumbo lejano. No, niña, usted no puede mirar. ¡Y si la señora se entera! Pero ella deja que la imaginación haga su parte, se pregunta cómo sería su vida si viviera del otro lado, cerca del mar, en Getsemaní.

Cuando se aproximan la alcanzan canciones, gritería de los pregoneros, carcajadas. La invaden aromas, ¡ah!, los aromas inundándolo todo, las arepas con huevo, los buñuelitos de frijol, el sancocho de pargo, el coco revuelto con canela y melaza se pasean por las calles del barrio y hasta la muchacha llega la plenitud de los olores de esa

cocina sencilla; y se imagina comiendo sobre una hoja de plátano con sus manos, chupándose los dedos, lejana a la formalidad sin fin de la mesa en su casa, de los múltiples cubiertos de plata, este para la fruta, este para el postre, la ensalada con este, el otro para la carne. De los platos en fila de a uno para su impaciencia, de las servilletas de lino y los manteles bordados. Intuye que en ese barrio vivo, el barrio de los esclavos, en ese barrio es posible la libertad y Bonifacio está para entender, para ayudar, y ¡qué ventura!, ¡qué ventura Bonifacio!, ¡qué ventura la mía que lo tengo a usted! El joven no responde. Piensa la ventura es la de él, de poder complacerla, de llevarla hasta donde quiera, como cuando infantiles la asistía para subir al más alto árbol de los mangos, cerca del cielo, sirviéndole de apoyo y escalera y desde donde la veía asomarse a las lejanías que el mar propone. Por ella cualquier cosa. Hasta exponerse como en esta ocasión a recibir más de un latigazo por no cuidarla como el señor manda.

Desde niña soñó con balcones abiertos por donde entrara el mar, su fiesta de fulgores y oscuridades más allá del olor y del sonido. Cuando no la vigilan entreabre la puerta del balcón volado de su cuarto. Tira de la pesada puerta, cedro rotundo con herrajes de hierro. Mira sin pausa -bebiendo- el horizonte, el brillo de espejo, las chispas de luz blanca, el reborde de espuma abandonada por las olas al agotarse, los barcos y sus velámenes desplegados, los pequeños botes de los pescadores mecidos por ese mar navegado más allá de sí mismo; las barcas de los comerciantes domésticos; el olor y el sonido tienen su razón de ser. Porque Candelaria lo tiene claro: hasta mirar es un placer prohibido, como lo son todos para las mujeres.

Ella a escondidas. Siempre a escondidas. Atisbando entre las campánulas amarillas de su balcón. Acechar la ausencia de su padre, la mirada de la madre, de la institutriz. Candelaria, no se asome al balcón. Candelaria, no mire a ese hombre, no se mira a los hombres. ¡Niña! ¿Cuántas veces lo mismo? Sí señor, sí, padre, perdón, perdón, nunca más mientras intenta detener el temblor; Candelaria, no se habla en voz alta, no es de señoritas. Sí, padre, disculpe. Candelaria, solo el libro de oraciones, ora pro nobis, no se lee sobre amores. Perdone usted, madame. Candelaria, no se pierda el rosario. Mater amantísima, Sí, señora. Candelaria, baje la mirada, no se mira directo a los ojos. Virgo veneranda, Sí, señora, no señora, sí, perdón, nunca más, está bien, como usted diga, sancta virgo virginum, nunca más, nunca más, nunca más. Ora pro nobis, ora pro nobis, ora pro nobis y en la monotonía de las oraciones se va su mente, vaga por espacios en donde solo hay un celaje opaco, sin anhelos, solo el de su cuerpo, sin órdenes, requisitos ni demandas. Solo su cuerpo como una anémona girando en el fondo del agua. Hasta la voz de su madre obligándola a regresar cuando en una nota más alta rompe la paz perfecta del momento. Su madre esa sombra ahogada en un cúmulo interminable de prohibiciones y mandamientos. No conoce de ella una caricia, ni palabra sin una orden. Observa sus manos blancas de dedos largos apretados de por vida alrededor de las cuentas del rosario, aferrándose para no hundirse por completo en un mundo de oscuridades. Y mientras tanto la cadena de negaciones la ata al desaliento, al aburrimiento. *Me aburro de la aguja del bordado*, punto bouclé para los jazmines, las rosas en realce, igual los crisantemos y no se olvide, las hojas pequeñas pueden ir en punto cruzado, el borde en cordoncillo; *me aburro de las*

tardes inclementes de instrucción religiosa: “¿Quién da escándalo? Da escándalo quien con palabras, acciones u omisiones es causa de que otros pequen”. Pequen pequen ¿qué será en dónde el pecado? Tal vez estoy repleta de pecados pecados desconocidos que me harán arder en el infierno acompañada de los ángeles oscuros debo ser buena rezar rezar jaculatorias para siempre sea alabado... torre davidica la única pura la única sin mancha y yo lejos tan lejos a mí me gusta el retumbo lejano del tambor cimarrón moverme despacito acariciarme las piernas y tal vez un poquito más arriba porque seguro estoy endemoniada y el demonio me llena de fuegos me adelanta los fuegos de su infierno se me desparrraman por dentro y mejor no pienso mejor no siento mejor recemos sí mater dei qui est in coeli benedicta tu in mulieribus. Se aburre de las tercas lecciones de piano la escala desafinada, la nota se escapa de su camisa de fuerza, los dedos se enredan, el piano no responde y mis dedos los miro mis dedos los mismos con los que acaricio mi espalda y con los que siento como se abomban cada día un poquito más mis tetitas Los mismos con los que acaricio la hendidura donde duerme el botoncito que me estremece toda como si una onda me recorriera completa y huelo mis dedos y es como si el mar se hubiera detenido en mi herida esa herida que ya sangra cada mes Y me gusta ¡ay sí me gusta tanto! Me aburro del calor del aire forastero de la brisa marina negada y sobre todo me desespera el aburrimiento de los balcones cerrados De los cuartos oscuros De los encierros eternos de mi cuerpo prisionero de olanes y encajes.

Un sacerdote franciscano se admiraba de “la mucha suma de ventanaje y balcones volados” en su ciudad. ¿Para qué tantas ventanas, para qué tantos balcones si permanecen cerrados? Eso piensa Candelaria cuando se libera de su jaula. Y a pesar de su edad tan escasa tiene conciencia su única libertad no es propia. Es la que buenamente propicia su amigo Bonifacio cuando la ayuda a escaparse.

Marilyn Batista Márquez

Sangre de toro

(Cuento)

El balcón del sétimo piso

Desde aquí la observo. Se sienta sola en una silla corroída por el tiempo, arrinconada en una esquina del balcón del sétimo piso. Bebe algo, supongo que café bastante caliente, porque diviso cómo sopla el contenido de la taza para sorberlo poco a poco.

Mira el firmamento sin pestañear. Se levanta despacio. Asoma el rostro, inclinándolo hacia abajo con timidez, como queriendo descifrar la cantidad de metros que existen del balcón a la calle.

Me parece conocida. ¿Será la señora que veo llegar caminando cada noche, con un bebé encajado en la cadera y otros dos niños, uno en cada mano? Sí, sí, recuerdo a esa señora. Es la misma que vende empanadas en un carrito de madera cerca del semáforo de la intersección en Sabana Norte. Su tono de voz es inconfundible cuando grita sin tomar pausa: “¡Empanadas de pollo, carne y papa, calientitas, fresquitas, llévese una, dos, tres, las que quiera! ¡Lléveselas en combo, con fresco...!”

Por cierto, ni ayer, ni antier la vi con el trío de carajillos que chillan como chanchos en porqueriza. Cuando se acercan a la puerta principal, a eso de las siete de la noche,

uno de ellos, el diablillo del cabello negro crespo se zafa de la mano de su madre y va corriendo hacia un pequeño play desierto. Sube disparado como “La Bala Gómez” hacia el tobogán, pero cuando llega al cuarto escalón de la escalerilla mohosa, ella lo atrapa por la camiseta y lo baja como cohete en aterrizaje forzoso. Le habla suave, mientras limpia los mocos verdes del desconsolado, que llora *in crechendo*. Entre tanto, el otro, que parece una estatui-lla del Niño de Atocha, queda inmóvil observando la re-
petitiva escena de fábula.

Son casi las siete de la mañana. Qué extraño que to-
davía está ahí. Algo le pasa a esa vieja. Se ve como sonám-
bula; perdida. Parece triste. Preocupada. Mira sus manos
volteándolas hacia arriba y luego hacia abajo, como si bus-
cara algo que nunca ha tenido. Las lleva a su cabeza colo-
cando cada una en un lóbulo. Parece lanzar un grito silen-
cioso. Un hombre interrumpe la escena solitaria. “¡Ay
carajo!”, le grita. Desliza de un tirón la puerta de vidrio
que divide la sala del balcón. No tiene camisa. Ella parece
no oírlo. La empuja abruptamente. Discuten por unos
minutos. Le tuerce el brazo.

Sale el querubín llorando. La doña lo toma de la ma-
nita e intenta llevarlo adentro, pero no se deja. Entra el
otro enano. No veo al más pequeño, supongo que duer-
me. Están forcejeando los cuatro. Ninguno cede. El sujeto
le da una férrea cachetada que lanza a la mujer al suelo. La
patea. Sin compasión intenta levantarla, tomándola tan
fuerte del cabello que hasta a mí me duele.

Los retoños lloran, aferrados a la blusa de la madre.
En fracción de segundos, frente a mí y ante los ojos demu-
dados de los niños, ella se levanta, toma un impulso, enca-
rama una pierna en la baranda del balcón y se lanza. De-
lante de todos voló como un papalote.

El murmullo de los autos comienza a inundar la ciudad. La alarma del Iphone me desconecta. Recuerdo que no puedo llegar tarde al trabajo. Salgo corriendo. Todavía oigo el dúo a capela de esos niños que repiten sin parar “¡mamita, mamita, mamita...!”

Trisomía 21

Reía y reía sin parar, introduciendo sus manos regordetas en su vagina. Las hundía con tal desenfreno que los meñiques, más pequeños de lo común, desaparecían de la vista.

Sus ojos con leve inclinación hacia arriba parecían deleitarse con la conmoción de ese cuerpo chico, que ya estaba listo para fecundar. Estaba mojada. Complacida.

El fluido rojo conmocionó a la familia, que no entendía a qué se debía su euforia. Abuso, violación, pederastia, pensó el padre. Perversión, lujuria, impudicia, susurró la abuela.

Mientras tanto, perdida en su interior, Marita disfrutaba lo desapercibido ante el colectivo ignorante.

Con pasos torpes y las manos entre las piernas, corrió con entusiasmo hacia su mamá para decirle:

—¡Ya soy grande!

Adolfo Quesada Chanto

Viento en contra

(Novela)

Capítulo 1

El pirata y la chamana

La chamana caminó lentamente hacía Francis Drake; nunca en su vida había visto un hombre blanco. En su mano llevaba un guacal con chicha *yubú*, bebida con la que se honra a todo visitante, mientras, Francis Drake alzó su arma apuntando a la indígena Kabú. Ese día en la Isla del Caño los representantes de dos mundos muy diferentes se encontrarían con resultados que definirían el resto de sus vidas.

Capítulo 2

El nacimiento de un gran marino

El joven Francis pescaba tranquilamente sentado sobre un tronco, cerca del punto donde el Wallabrooke donaba sus aguas al río Tavy aumentando su caudal y turbulencia. Anochecía y el ya umbroso paisaje se volvía aún más oscuro. La escapada le costaría otro castigo de su estricto padre, quien, mientras lo azotaba solía recitar pasajes de la

Biblia. Francis se acordaba de algunos: Proverbios 22:15: «La necesidad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él»; Proverbios 13:24: «El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige».

Las nuevas cicatrices se formarían sobre otras recién cerradas. Cualquier reprensión sería insignificante con respecto al goce que le causaba estar cerca del agua. Podría pasar horas escuchando el sonido del líquido corriendo y el silbido de la brisa sobre la superficie. Muchas veces el sueño lo atrapaba sobre una húmeda cama de hojas, arrullado por las notas que entonaba el agua al escapar del viento entre las piedras del río. Soñaba haciéndose a la mar en un pequeño bote, donde de pie, esperaba que de las furiosas olas emergieran las terribles serpientes marinas a las cuales atacaría con su espada de madera. Sueños y anhelos propios de un niño de nueve años.

Siempre fue esquivo, nunca realizaba sus andanzas acompañado ni de amigos y mucho menos de algún hermano. Cuando no estaba pescando recorría las orillas del río tras pequeños animales como liebres o ardillas, a los que amarraba en un árbol y de lejos los apedreaba. Algunas veces no se cercioraba que estuviera muerto y lo dejaba moribundo atado al madero, luego sería presa de algún animal rapaz que caminara cerca durante la noche. Lanzaba las piedras con muy buena puntería, como lo hacían los hombres cuando lapidaban una mujer infiel, tal como lo leía su padre en algunos pasajes de la Biblia. Él sabía que los animales no merecen tortura, pero sentía un extraño placer al hacerlos sufrir, tal vez una manera de compensar los castigos que su padre le propinaba.

De vuelta a su casa pasó cerca de las ruinas de la abadía de Santa María, cuyos restos comenzaban a ser devorados

por los matorrales. Fue derribada hace un par de años, según la orden de la disolución de los monasterios promulgada por el rey Eduardo VI. El Abad y sus veinte monjes recibieron una indemnización por parte del rey y todas sus tierras fueron cedidas por orden regia a John Russell, primer conde de Bedford. En esos dominios el padre de Francis, Edmund Drake, tenía su granja y practicaba como Pastor de la nueva iglesia.

El rey Eduardo había tomado posesión del trono a los nueve años y moriría a los quince. El poder tras del trono lo tenían sus *Lord Protector*, primero Eduard Seymour, Duque de Somerset, sustituido después por el conde de Warwick, John Dudley.

En 1534, quince años atrás, su padre, el rey Enrique VIII había roto relaciones con la autoridad papal y se autoproclamó cabeza de la nueva iglesia de Inglaterra. A pesar de la separación de Roma, Enrique mantuvo una fuerte preferencia por la liturgia católico-romana tradicional durante su reinado. Sin embargo, el nuevo monarca Eduardo VI había instaurado, por lo contrario, una iglesia de corte teológicamente protestante. Por eso disolvió las abadías y, hace pocos días, emitió el nuevo devocionario que debía seguirse en las liturgias.

El sol decidió ocultarse definitivamente y la campaña inglesa cedió ante la oscuridad de la reina noche, pero en dirección a su casa Francis observó cómo fuertes llamaradas iluminaban el horizonte. Corrió sin temor a lastimar sus pies descalzos. Ya cerca de la granja vio como sus padres y sus hermanos menores huían hacia el establo, mientras algunos hombres los perseguían; otros incendiaban su casa.

—Padre por aquí estoy.

—Corra hijo, entre con nosotros— le ordenó.

No pudieron cerrar la puerta del establo a tiempo y dos hombres lograron introducirse. Uno peleaba cuerpo a cuerpo con su padre, mientras otro acorralaba a su madre en una esquina. Ante aquel panorama Francis se arrojó a la espalda del segundo rodeando el cuello, pero este de un solo empujón se lo quitó de encima lanzándolo contra al suelo. Sus manos quedaron embarradas de una mezcla de sudor, tierra y sebo humano al tratar de agarrarse del cogote de aquel individuo.

Se levantó, miró alrededor; intentó aclarar su mente a pesar del humo y el concierto de gritos provocado por sus hermanos y por el grupo de campesinos que intentaba entrar. Era el hermano mayor, tenía que hacer algo. Llevó sus manos a la cintura y sacó el cuchillo para preparar los peces. El hombre no se dio cuenta cuando el niño nuevamente le saltaba al cuello, pero esta vez para perforarle la garganta.

El campesino con sus manos intentaba detener el inagotable río de sangre que bullía de su garganta, cayó al suelo, sus ojos estaban despavoridos como los de quien está mirando la parca a su lado, pues reconocía su muerte segura. Mientras, el chico seguía clavando su arma en el resto del cuerpo, pero la estocada mortal ya había sido dada.

Francis miró el cuchillo y sus manos ensangrentadas, no le causó la repulsión esperada al sentir el líquido rojo y tibio de un humano. Al contrario, sintió cierto placer como cuando lo hacía con animales. En ese momento no era consciente de que en el futuro se mancharía con la sangre de muchos hombres.

Su madre lo levantó y lo subió a una carreta, lo mismo hizo con sus otros hijos. La puerta principal y parte del techo ardían, prontos a caer sobre sus cabezas. El

humo empezaba a invadir el aire respirable. De la oscuridad emergió su padre Edmund, estaba herido; pero mucho más grave yacía su contrincante quien se revolcaba en el suelo respirando con dificultad sus últimos sorbos de aire.

Edmund tomó su único caballo y lo enganchó a la carreta. La bestia encabritó asustada por las llamas, la intentó calmar sin resultado. En ese momento, la pared anterior se precipitó presa del fuego, se lograba ver a las figuras de los campesinos que, como poseídos por demonios, gritaban y solo se silenciarían hasta ver la sangre de los Drake.

El caballo cruzó despavorido la cortina de fuego y humo trayendo tras de sí la carreta y golpeando a cuanto cuerpo se le interpuso en el camino. En su carrera, el potrillo cruzó campos, caminos y hondonadas haciendo brincar el carretón de forma que en cualquier momento quebraría una de sus ruedas o saldría expulsado alguno de sus ocupantes. Después de varios kilómetros de desaforado galope el caballo se detuvo. Entonces, Edmund bajó y tomó la cuerda del caballo al que continuó apaciguando. Luego, miró al fondo del carromato donde su golpeada y magullada familia comenzaba a salir del estupor de la aventura vivida. Poco después tomaron dirección hacia el recinto de los Russell, en su castillo buscarían refugio.

—Padre, ¿qué ha sucedido? —preguntó Francis mirando hacia atrás, donde la cantidad de lumbres repartida en el horizonte hacían imaginar el infierno del cual habían escapado.

—Primero quemaron la casa del Pastor Paul Grant. Luego vinieron por nosotros.

Francis cambió sus sentimientos de miedo a tristeza, los Grant eran buenos amigos de la familia. No se los podía imaginar muertos.

Su padre adivinó sus pensamientos, por lo que le dijo -No se preocupe hijo. Tal vez han logrado escapar, y si no fue así, habrán muerto por causa de su fe, por lo tanto, hoy habrán ganado el Paraíso.

-Pero padre, ¿por qué nuestros vecinos nos atacaron de esa manera? Pude reconocer a Peter, el Grande y a John, el pescador.

Edmund le explicó cómo el nuevo devocionario emitido por el rey había sido el causante del levantamiento de los católicos. A él como protestante le parecía muy adecuado, pero no así a los fieles a la iglesia romana, mayoría en la zona.

Fueron recibidos en la fortaleza del conde, magnífico castillo en medio de bosques de pinos, y, en esos momentos, rodeados de hombres armados que vigilaban y defendían a los Russell. Como amigo del rey y defensor de los protestantes, el conde esperaba pronto ser atacado.

Colección Lecturas

Textos de la lista de lecturas
recomendadas del Ministerio de
Educación Pública

Guillermo Fernández

Efecto invernadero

(Novela)

En el zoológico

El autobús se detuvo. Un hombre asomó pidiendo al chofer que lo dejara viajar gratis. Tal vez era su conocido. Nadie lo supo. El hombre se subió con timidez y se sentó en uno de los primeros asientos. Su cabello le caía sobre los hombros. Llevaba la ropa más desaliñada que había visto. En su mano derecha traía dos zapatillas de mujer.

La madre y su hija que lo observaron con curiosidad estaban detrás del tipo. La niña sonrió con burla y la madre le indicó que se tranquilizara. Yo no había visto cuál era la causa de su agitación, hasta que me levanté un poco y observé que el hombre había puesto las zapatillas sobre el asiento de su lado. Este las contemplaba y parecía inquieto. La acción era graciosa y había que hacer un esfuerzo para no sentir también algo de patetismo.

Había pocos pasajeros en el autobús. A través de las ventanillas, las calles se veían húmedas por las recientes lluvias. El chofer se incorporaba, a intervalos, para limpiar el vidrio con el dorso de su mano, no contento con la acción de la escobilla.

La niña y su madre no cesaban de observar al hombre. Y yo también me uní a ellas. Era la acción más intrigante y sosa que nos pudiéramos imaginar.

El hombre se mostraba muy cuidadoso con las zapatillas, cada vez que el autobús frenaba y estas se querían salir del asiento.

Intrigado por su conducta, me senté en la fila de asientos de al lado y, decidido a llevarme su secreto, le pregunté:

—Bonitas zapatillas, ¿eh?

La pregunta hizo que la niña mirase a su madre con total enfado. Quizá le trataba de expresar que al loco se le había unido otro loco. La madre le ofreció un visaje de asentimiento.

El tipo me vio con desprecio. Si había parecido humilde al principio era solo para viajar gratis.

—¿Perdón? —me lanzó.

—Las zapatillas, hombre —insistí—. Me gustan mucho. ¿Las vende, acaso?

El hombre se inclinó hacia mí y me recalco, en tono de confianza, para que nadie oyera más que yo:

—Sé que mi actitud es poco convencional —me miró malicioso, sabiendo incluso que podría estarme burlando de él—, pero aunque usted no lo crea, estas zapatillas están sobre los regazos de mi novia.

—¿Es invisible? ¿Cómo iba yo a saberlo? —dije más sarcástico.

—No es su culpa. Pero no se haga el listo tampoco. Respete los asuntos de los demás. Si nadie me va a detener por un hecho como este, ríase cuanto quiera.

Arrebatado por el coloquio del orate, ordené mis suspicacias.

—Perdóneme.

—De acuerdo. No se aflija. Déjeme solo explicarle que a ella le gusta caminar desnuda, pero jamás deja sus zapatillas. ¿Cómo habría de pasear sin ellas? Mi novia puede andar descalza, pero la lluvia congela el pavimento.

La absurda sinceridad pareció aumentar la tragedia del hombre. Creí que lo mejor era seguirle la corriente.

—¿Va para San José?

—Sí.

—¿Va de paseo?

—Sí. Sí. Mi nombre es Horacio.

—El mío es Francisco.

—Entonces le digo Chico.

—Como quiera. Y dígame, Horacio, ¿adónde va usted? Disculpe la pregunta.

—Hágala, señor. Usted no me cae tan mal. Ya sé que es una locura andar así con unas zapatillas. No crea que esto liga con mi personalidad. Puedo ser bastante lógico, pero cuando mi novia quiere pasear me veo obligado a salir en estas condiciones. A ella no le interesa la gente.

—Es un hecho, Horacio.

—A ella le interesa romper los esquemas. Por eso es invisible. Nada de carne por aquí, nada de carne por allá. Solo viento acariciante. En cuanto a ser vanidosa, es igual a todas las mujeres. Hoy vamos al zoológico. Le gustan los animales. Su preferido es una lapa de colores tan vistosos que parece vestida para un carnaval.

—¿Entonces se queda en el centro?

Mi pregunta tenía una doble intención: saber dónde se vería Horacio forzado a poner las zapatillas en el suelo para que su novia se las ajustara y verlo después a los ojos, ante la completa imposibilidad, para conocer la reacción de un loco en dificultades.

—Sí, señor. Nos bajamos en el centro.

Aunque me sentí malvado, no podía vencer el deseo de ver a Horacio una vez que pusiera las zapatillas en el suelo. Era, claro está, la perversidad que desarrollamos los cuerdos ante los lunáticos. Un deseo de destruirles sus castillos y de hacerlos sentir miserables.

—Mal tiempo para pasear, Horacio... —susurré, levantando una de mis palmas, y mostrándole el alrededor.

—No crea, Chico, para mi novia no hay un tiempo malo. Cuando llegue al parque Bolívar, aunque llueva, se sentirá feliz. Me gustaría que usted estuviera presente.

—Ah, sí... sí...

—Lo digo en serio, señor.

La invitación de Horacio me confundió. Su calibre de loco seguro me irritaba.

—Los acompañaré —exclamé firme.

—Gracias.

—¿Por qué, gracias?

—Porque hay poca gente como usted. Gente que quiera pruebas de esta verdad. Gente que desea ver lo invisible y encantarse con una promesa.

Horacio hizo un gesto como si alguien a su lado le hablara y prosiguió:

—Mi novia desde ahora dice que le tiene respeto. Había guardado silencio al considerar que usted fuera una persona vulgar y despreciable. Ella entiende que no es así.

—Dígale que se lo agradezco.

—No es necesario. Ha profundizado su corazón y está convencida de que usted es incapaz de hacerme daño a mí o a ella. Está invitado, como le dije, para que nos acompañe al parque. Quizás hasta pueda observar de ella algunos detalles que solo me consagra a mí.

Guillermo Fernández

Hagamos un ángel

(Novela)

Hagamos un ángel

*No me gustaría ser aquel
a quien he convertido en ángel.*

Robert Walser, "El ángel"

A la recepción de nuestra revista llegó la carta de una niña de doce años. La editora creyó que se trataba de una broma y me extendió molesta la misiva, dando por descontado que yo la habría de arrojar al bote de basura. Solo en la tranquilidad de mi casa, mientras mi esposo y los niños dormían, desplegué la carta sobre el escritorio y la leí descubriendo que el bromista era listo. Me gustó sobre todo la manera de imitar la letra rudimentaria de una niña de doce años y los giros inocentes de su mentalidad:

Queridas señoras:

Me encontré su revista en un basurero y la leí con gusto. Era de un número anterior, el 20, creo. Ahora ustedes publican ya el 22. Eso no importa. A ustedes les agrada saber que la leí con muchas ganas. Mi maestra nos dice que el hábito de la lectura se desarrolla leyendo todo

lo que caiga en las manos. Me interesó sobre todo la sección de “Manualidades” que ustedes dedican a la confección de un ángel para Navidad.

Seguí paso a paso todas sus recomendaciones. Antonia mi vecina me ayudó a buscar los materiales. Para eso tuvimos que desviarnos un poco de la lista que ustedes anotaron. Hay algunos que no pudimos encontrar. Para ser sinceras con ustedes, fue necesario que robáramos la mayoría. Sin embargo, como se trataba de hacer un ángel, no nos importó. Antonia consiguió el estereofón, el mecate para el pelo, la tela de yute y la cartulina. A mí me tocó la lija de madera fina, el hilo blanco y la aguja. Para dar con un poco de pintura y los pinceles fue necesario hacer algunas cosas que no diré en esta carta.

Las dos nos esmeramos mucho. En el patio de la casa de Antonia hay una bodega donde su papá arroja lo que no sirve. Nos quedó un lugarcito para nuestro trabajo, lejos de la mirada de los demás. Después de venir de la escuela nos íbamos las dos... Como nuestras familias son muy grandes nadie se da cuenta de nosotras. Esto de las familias de muchos miembros tiene sus ventajas. Puede una desaparecer y nadie se entera.

El hecho es que nos pusimos a darle forma a nuestro ángel y le cuento que se parece mucho al de la fotografía. Antonia se sorprendió bastante cuando lo terminamos. Apenas lo podía creer. No contentas con este, seguimos trabajando en detalles. ¡Qué sé yo? Las alas de cartulina tienden a caerse. Eso no es bueno. Así que les introdujimos unos alambres. Con estos las alas cobraron fuerza. Parecía un águila. Entonces dibujamos en su rostro una sonrisa amistosa. No queríamos un ángel serio o simplemente bonachón, como ustedes lo presentan, sino un ángel de sonrisa simpática. Sin exageraciones.

El día que Antonia y yo vimos acabado nuestro ángel, nos sentamos a su alrededor, orgullosas de su belleza. Lo habíamos puesto sobre una mesa inservible de metal y la luz de un agujero que caía desde el techo lo cubría. “¿Qué haremos ahora?”, nos preguntamos.

En ese momento el ángel movió las alas, sacudió su cabeza e hizo un giro espectacular con sus ojos. Al ver el sitio en el que estaba, se asustó sobremanera. Hemos oído hablar del ángel de la guarda, pero el que acabábamos de hacer no era de esa clase. Era un pobre ángel asustadizo.

Cuando quisimos consolarlo, el ángel se echó para atrás. Las dos pegamos un grito temerosas de que se destrozara en el suelo, pero, ¡qué tontas!, el ángel se suspendió con sus alas, al igual que un colibrí. Desde allí, con los ojos llenos de miedo nos miraba, sin hablar. Luego, voló por toda la bodega quizás buscando una salida. Como no vio ni ventana abierta ni agujero, se empezó a golpear contra las paredes, despachurrándose un poco el pelo de yute y haciéndose heridas. Al caer al suelo, gimiendo, Antonia y yo lo recogimos y, mirándonos las dos, comprendimos que nuestro ángel nos iba a dar guerra, por lo que aprovechamos ese instante para cortarle las alas; no de manera definitiva, sino para que no se hiciera daño.

Sus gimoteos se acrecentaron cuando vio que guardábamos sus alas en una bolsa. Más tarde le hicimos caricias que aceptó con prudencia y le tratamos de explicar lo que habíamos hecho. El ángel pareció comprender y se durmió, cansado de sus movimientos.

Al despertar, nosotras proseguíamos allí. Habíamos dispuesto, mientras dormía, un lugar adecuado para él en la bodega. No sé por qué, Antonia robó de su casa un florero con algunas rosas, tal vez para que se sintiera a gusto. Al verlo, el ángel se abalanzó sobre las flores y se las

comió. Fue la primera vez que lo vimos sonreír. En ese momento comprendimos que comía rosas. Y solo rosas porque le trajimos muchas clases de flores que encontrábamos al volver de la escuela. Flores que una encuentra en el camino o que cuelgan de las tapias. Flores que botan de las floristerías.

No saben lo que hemos debido hacer para alimentarlo. Hemos tenido que meternos a peligrosos jardines. Muchas veces nos descubren y debemos correr. Llevar las rosas a tiempo se nos ha vuelto un trabajo muy duro. El ángel reclama su ración de rosas y como le hemos cortado las alas nos da remordimientos. Nosotras le hicimos esa horrible mutilación, aunque podríamos simplemente devolverlas a su sitio. El problema es que las dos lo queremos demasiado. No dejaríamos que escape. Con todo y tener que realizar por él tantos robos a jardines, el mirarlo engullendo su ramo de rosas nos contenta. A veces solo las mira atentamente, como si no las quisiera y, después de unos segundos, saca una lengüilla tan pequeña como la de un pájaro y las empapa de saliva. Las rosas se llenan de un brillo parecido al amanecer. Luego les arranca los pétalos, con ternura, uno por uno, cuando ya las flores parecen luces de bengala, pero no con sus dientes. Los pétalos se deshacen antes de llegar a su boca, resplandeciendo.

Sé que nuestro ángel está encarcelado. ¿Pero es que no nos pertenece? Quizás no. Eso lo he discutido con Antonia que es más aferrada en estas cosas. Para mí, el ángel es solo un invitado. Vivió porque nosotras queríamos mucho algo nuevo en nuestras vidas.

Miren ustedes, nuestro caserío es casi siempre gris. Las fachadas de las casas están torcidas. Los techos se inclinan y se comban como si sostuvieran pesados elefantes. Desde allí su peso obliga no solo a los sillones sino

también a cosas tan pequeñas como roperos y vasos. Tiene algo extraño nuestra vecindad que no quiere ser bella. No es solo falta de dinero. La falta de dinero afecta a la gente hasta cierto punto. Es libertad de las personas dejar que un faltante de suerte destruya sus días y sus pocas posesiones.

Al parecer, en nuestro caserío la mayoría tomó en serio esto de ser pobre. Nadie pinta las paredes. Las grietas se dejan durante largos años, como si no hubiera tablas en algún aserradero que se pudieran obtener a un precio módico. Como nadie quiere ver mucho en el interior de las casas, la luz casi no existe. El televisor pasa prendido todo el día, tal vez para que nadie pueda hablar sobre asuntos importantes.

Tiene que haber un momento para decir: “¡ya basta!, necesitamos un lindo caserío, con cortinas nuevas, simples pero limpias; macetas en los corredores y árboles en la rotonda”.

La ausencia de este colorido esencial nos ha dado a Antonia y a mí por contarnos cosas que nunca nos suceden.

—Es una orden desde hoy —le dije un día— que nos contemos solo lo que no nos pasa. Ni vos ni yo tenemos que saber lo que ocurre en nuestro mundo. Las historias de todos los días son estúpidas. No alimentan a nadie. No hermocean la vida de ningún ser humano. En cambio, lo que una sueña puede cubrir de luz el cuarto donde se duerme y esparcir un poco de alegría sobre la calle donde se sale a buscar momentos sin nombre.

Desde ese día, Antonia y yo somos de una familia diferente. No pertenecemos al vecindario más que en apariencia. Cuando suceden cosas terribles como muertes, peleas o borracheras, nosotras no despertamos la curiosidad. Hemos matado la curiosidad hacia lo feo. Y aquí es

donde de seguro entra nuestro ángel. Él vino porque cuando se vive de acuerdo con leyes verdaderas sucede lo justo. ¿Es justo tener un ángel, incluso un ángel asustadizo? Yo creo que sí. Dios tiene que verla a una contemplando las cosas grises como cosas grises, y arrepintiéndose de haber nacido en un mundo donde nadie tiene tiempo para repintar un muro o poner una maceta a la entrada de la casa. Una no tiene por qué amar los corazones que se vacían, y en nuestro caserío hay mucho corazón pegado a la ropa como una mano tiesa.

Volviendo a nuestro ángel, es necesario decirles que vino a nosotras un mes antes de Navidad. Sabemos que no era el fin de ustedes darle vida sino el que sirviera de adorno a los hogares. En el fondo sabíamos que no íbamos a llevarlo a ninguna de nuestras casas porque la gente de nuestro barrio celebra cuando alguien se pega la lotería o cuando el equipo de fútbol favorito gana cinco a cero; no cuando dos niñas traen en sus manos a una criatura inocente, llena de temor.

Antonia me dijo que deseábamos tanto algo así que bajamos un ángel y le dimos vida a los materiales de su revista. Si ustedes se ponen a pensar, casi todos los cuentos son de niñas que abren puertas y recuperan extrañas bellezas perdidas. Nosotras creemos que las niñas son los seres más poderosos. Nadie en este mundo es tan fuerte como la ilusión de una niña de doce años. ¿Verdad?

Queremos entonces cuidarlo como si fuéramos sus padres. Y cada día se aprende algo nuevo de él.

Aparte del problema con las rosas -que no es tan agradable por cierto sino cuando se las come-, hemos visto que el ángel tiene sueños del mundo de donde fue arrancado.

Cuando esto le ocurre su piel de cartulina se oscurece. Sus ojos angélicos se vuelven diabólicos. Una vocecilla gimiente sale de su boca y nos llena de melancolía. Es como una canción.

La melodía es tan hermosa que ambas nos abrazamos, llorando.

Un día estuvimos a punto de llamar a nuestras familias y al vecindario entero porque nos pareció que algo tan bello debería ser escuchado por toda la humanidad. Nos levantamos del suelo, llenas de escalofrío; nos sonreímos presas de terror. Pero no lo hicimos.

—Hay egoísmos válidos —me exclamó Antonia—, no es un pecado oír tanta belleza solitariamente.

Antonia tenía razón. Sin embargo, pensé que nosotras no éramos las dueñas de ese canto, y los demás se estaban perdiendo una melodía crucial, perfecta, transformadora. Los demás no tenían por qué estar excluidos y sentir que la vida los había olvidado. A mi insistencia, Antonia repuso:

—Tal vez nadie quiera oírlo.

Ante tan rudas palabras me senté de nuevo en el suelo y seguí escuchando el canto del ángel. Su voz se hacía dulce, suplicante, y también había en esa dulzura una especie de profundo abandono.

Bueno, dejo esta carta aquí por ahora. En cuanto suceda algo diferente y digno de ser relatado les escribiré de nuevo.

Sus amigas,
Ester y Antonia

Edición especial

Teatro

Catalina Murillo
Dulcinea Herstoria

(Teatro)

*Para Roberto Murillo,
a quien la filosofía
salvó de la caballería.*

Telón cerrado. Entra Andre. Se tapa las fuertes luces con una mano y escruta entre las caras del público.

ANDRE *(al público, entusiasmada, feliz)*: ¡Qué montón de gente! ¡Y gente joven! Para que después digan que los jóvenes ya no vienen al teatro...

VOZ OFF: Andre, Andre...

Andre entreabre el telón y se asoma apenas. Le cuchichean algo. Andre después cierra el telón y se vuelve desconfiada hacia el público otra vez.

ANDRE: Ahhh... Que a ustedes los mandaron... del colegio... Seguro que pensaron: "Voy a ver la obra, que dura hora y media, y así no tengo que leerme el libro, que son mil páginas"... Eso pensaron, ¿verdad? *(Pausa)* Vieran que es al contrario: quien mejor conozca el libro, más va a disfrutar la obra... Vean, déjenme que les explique algo... *(cambia de opinión)* No, no, no, yo no voy a explicar nada. El Quijote de

La Mancha es una comedia, y yo no vine aquí a explicar un chiste. ¡Vine a contarlo!

Sale Andre.

TELÓN

Un espacio amplio, muy sencillo. Es una casa de barrio, de madera, con un toque victoriano, de unos setenta años, con unas ventanas tras las cuales se adivina una enredadera. El espacio usado es la vieja pero confortable cocina, ahora fusionada en un solo espacio con la que fuera la sala. Nada es moderno, todo lo contrario, y sí muy hogareño. Hay un mueble de cocina tipo "isla", para trabajar, de modo que cuando trabajan dan la cara al frente. Atrás, pegado a las ventanas del fondo, el fregadero. En el centro del espacio, una mesa-comedor con sus sillas. Al lado izquierdo, un sofá amplio, un par de mesitas, una vieja lámpara y, en la pared, una imagen clásica alusiva al Quijote y su Dulcinea. A la izquierda, una puerta conduce al interior de la casa. Al fondo, un ventanuco comunica sonoramente con los vecinos del ruidoso taller mecánico. A la derecha, al frente, la puerta de la calle.

Andre está tirada en el sofá con las piernas para arriba apoyadas en el espaldar, los brazos en cruz, viendo para el techo, aburrida. La cocina no está en uso. Al contrario, está todo limpio y ordenado, como al final de jornada.

ANDRE: Vivir cuerda y morir loca... Vivir loca y morir cuerda. Vivir cuerda y morir loca...

Dulce está de pie, apoyada en la isla, apuntando lo que la voz de Dayana (off, aún no la vemos) le va dictando.

DAYANA (off): Diez frascos de mermelada de fresa... Quince tarros pequeños de dulce de chiverre...

ANDRE: ¿Ustedes qué preferirían, vivir locas y al puro final recuperar la cordura? ¿O vivir lúcidas y al purítico final volverse locas?

DULCE: Preferiríamos que nos ayudaras con esto.

ANDRE (*dramática*): Olvídense, doña Dulce. This is the end, my friend. Se hundió la Asociación Dulcinea.

DAYANA (*off*): Diez frascos de conserva de ayote... Y pare de contar.

Dayana se incorpora y aparece detrás de la isla de la cocina.

DULCE: Si vendemos todo el stock que queda... sacaríamos unos... (*hace cálculos en una calculadora y va apuntando en un papel*).

ANDRE (*más dramática*): Dulcinea fue un hermoso sueño, y los sueños, sueños son.

DULCE (*muy molesta con la mala vibra*): ¡Ay, ya, Andre! Va a ver que salimos adelante.

ANDRE: Sin duda, salimos adelante... con los pies por delante.

Dulce y Dayana se vuelven a ver. Andre no las ve. Dayana hace gesto de que le retorcería el pescuezo a Andre. Dulce parece compartir el sentimiento.

DULCE: Andre, esta asociación de mujeres del barrio fue idea suya.

ANDRE (*negativa*): Eso lo explica todo... (*Regodeándose*) ¡Me recuerda mi boda!

Dayana se sorprende al oír esto. Dulce intenta evitar que pregunte, pero no lo logra.

DAYANA: ¿Andre es casada?

Dulce le indica con gestos a Dayana después te cuento. Pero Dayana no entiende.

DULCE: Una vez casi se casa. (*Contiene la risa*) La famosa boda de Andre...

ANDRE: Me pasaron las de Camacho...

DAYANA: ¿Cuál boda, si no se casó?

DULCE: Pero casi. Comimos queque y todo. Yo ahí guardo el recuerdito.

Se oye un ruido raro, como un fuerte temblor.

ANDRE: ¿Qué fue eso? ¿Tembló?

DAYANA: La nevera. (*Dulce intenta que Dayana no diga más pero no logra evitarlo*) Se fue la luz.

ANDRE: No se fue. Nos la cortaron por impago. No hay dinero, ni para pagarle a doña Dulce el alquiler de esta casa, ni la luz, ni el sueldo a la pobre Dayana...

DAYANA: ¿Pobre yo por qué?

ANDRE: Y todavía pregunta... Le debemos como tres meses de sueldo.

DAYANA: Bueno, algún día me pagarán... Todo junto.

ANDRE: Huy, sí, vaya abriendo una cuenta en Suiza.

DULCE: Cómo te gusta cantar derrota.

Se empieza a escuchar un ritmo de rap.

DULCE (*harta*): ¡Aaah, ya empezó la pachanga en el taller de atrás! Un día me voy a volver loca y... no respondo.

Andre, al escuchar esto, ríe divertida. Se incorpora en el sofá y las vuelve a ver.

ANDRE: Oigan, ustedes... ¿Se han leído El Quijote?

DULCE (*sarcástica*): Claro que sí, yo me leo tres capítulos todas las noches.

Andre se incorpora emocionada. Llega hasta donde ellas.

ANDRE: ¡Doña Dulce, ya decía yo que usted no era una vecina como las otras!

DULCE: Andre, estoy bro-me-an-do.

ANDRE: Dayana, vos sí que tuviste que leerlo en el colegio...

DAYANA (*orgullosa*): No, ¡yo pasé todo el colegio sin leer ni un libro! Me salvé.

ANDRE (*decepcionada*): Sí, sí, te salvaste...

DULCE: ¿Se puede saber qué te agarró con el Quijote, muchacha?

ANDRE (*temerosa*): ¿Con el Quijote? ¿Cuál Quijote? No he dicho nada.

Andre vuelve al sofá, dándoles la espalda antes de soltarles la bomba.

DULCE: Ahora sí me preocupo.

ANDRE (*envalentonada*): En mi calidad de fundadora y presidenta vitalicia de la Asociación Dulcinea, presenté un proyecto para montar una obra de teatro comunal...

DULCE: Ah, muy bien. ¿Y?

ANDRE: Basada en la novela El Ingenioso Hidalgo don Quijote de La Mancha.

DULCE: ¡Encomiable! ¿Y?

ANDRE: Una obra escrita y dirigida por mí.

DULCE: Guau, ¡excelente!

ANDRE: Y... actuada por ustedes dos.

DULCE: ¡Quéeee?

Andre se derrumba en el sofá y confiesa.

ANDRE: ¡Ahhhh! No sé ni cómo se me ocurrió. Estaba desesperada y en eso vi: “Ayudas para mujeres y proyectos culturales” y me fui de cabeza.

DULCE (*quitándole importancia*): Baahh, ¡proyectos culturales? No veo de qué te preocupás. Nunca hay un cinco para cultura.

ANDRE (*aliviada*): ¡Verdad que no? Eso me decía yo ayer para tranquilizarme.

Dulce no puede creer lo neurótica y contradictoria que es Andre.

DULCE (*burlona*): Tranquila, de verdad. No vamos a ganar el concurso.

ANDRE (*desconfiada*): Y la verdad, ¿qué es lo peor que puede pasar?

DULCE: Que tu proyecto resulte ganador y yo mañana tenga que ponerme barba y salir al súper con una lanza montada a caballo.

Dulce y Dayana rien imaginando tal imagen, pero Andre se agobia más.

ANDRE (*dramática*): Pues si eso es lo peor, ¡eso es lo que va a pasar!

DULCE: ¡Qué confianza tiene siempre en que todo saldrá mal!

ANDRE: Es que siempre –lo que se dice siempre– pasa lo peor. Y siempre pasa al final. Lo peor siempre llega de último.

Dulce va a responder algo cuando entra, desde la calle, Lina.

LINA: Buenos días, ¿la Asociación Dulcinea, es aquí?

Andre ve a esa que acaba de entrar y se queda petrificada. Le indica a Dulce con un gesto: No, no, no.

ANDRE: Era.

DAYANA: Sí, señorita, ¿en qué le podemos ayudar?

LINA (*complacida, con una gran sonrisa*): Les traigo buenas noticias.

ANDRE: Si son noticias, no son buenas.

LINA: Nos gustó tanto el proyecto de obra teatral que presentaron, que quise venir en persona a felicitarlas: ganaron el concurso.

Dulce le tuerce los ojos a Andre. Andre cae desvanecida del susto en el sofá.

Colección Batsù

Poesía

Rafael Ángel Herra
(traducción y selección)
Alfonso Gatto,
poeta de la nación ofendida

(Poesía)

Poesía

En cada alegría breve y clara vislumbro mi peligro.
Al círculo cerrado de cada ser lo rige el amor.
Tiendo a esta duda entera, a una prohibición donde
atrapar la sospecha y el halago de mi movimiento.
La poesía, universo que me abarca y me aísla.

Poesia, *Poesie* (1929-1941).

Marlene

Distraída en una precoz tristeza, a veces ambigua, su mirada respira en el espacio demente, fijo. Si habla, se inverte en el desprecio y luego se pierde rendida en la soledad. Se ve acompañada por su cuerpo y lo adula con pausas, con inerte estupor: por fin es extraña a sí misma, e inflexible. La frente donde surge el cabello se vacía en una pálida ligereza.

En la calle oscura, Marlene, fría e intacta, advierte con escalofríos el privilegio de su fragilidad y se desvanece poco a poco, olvidada en los largos días de los años. Se acaricia y figura frente a sí misma en el recuerdo, inmóvil.

Marlene, *Poesie* (1929-1941).

País

En la noche de invierno los niños lloran, metidos en los bolsillos de los bandidos. En un almacén lleno de humo, los alegres cocineros golpean las cucharas de palo contra las calderas, y los peluqueros alborotan con afeites las caras de las melindrosas.

Los barriles ruedan en los barracones: el mariscal besa a los pasmados carreteros en el rostro. Las mujeres se ponen los enormes pantalones y se duermen satisfechas tras los senos.

Paese, *Poesie* (1929-1941).

Sirena

Tu garganta ha huido en la canción
como la espalda te busca y aprieta
para sacarte del sueño.

Memoria velada de corales rosados
de la sal muerta al amanecer
tu voz dejó una apariencia.

Triste atracción de amor precoz
se repliega en la quietud de los mares,
en una costa desconsolada.

Paz a las aguas y sobre las manos justas
cayeron flores recordadas en un sueño.

Sirena, *Poesie* (1929-1941).

Francisco de Asís Fernández

Detente, cielo mío

(Poesía)

Lleno de mariposas

A mi hermano Carlos Mejía Godoy

El tren iba lleno de mariposas
y los niños las atrapaban
como una suerte del destino.
El que atrape una amarilla tendrá
amores desdichados
y el que coja una azul volará
como un huracán con riquezas en el cielo.
Las muchachas se parecen a las mariposas,
tienen colores de pájaros y
hablan como los pájaros,
bulliciosos y alegres comiendo mangos,
naranjas y zapotes.
Las muchísimas muchachas encuentran
novios, frutas y mariposas,
tan fácil como aparece el arbol en sus mejillas.

Amatista del agua

Amatista del agua,
tú apareces en las líneas de mi mano
sembrando lluvias,
cantando el himno del amor de Edith Piaf,
llevándome de la mano como un ciego
a la hora de la resurrección de mi alma.
Tú eres la esposa de mis sueños
la esmeralda de Notre Dame.
Mi amatista del agua,
mi árbol de la vida sembrado en mis ojos de nieve.
Yo te elegí para que seas mi rosa de los vientos
mi salud, mi torre de marfil
mi perdón y mi vida eterna.

El mundo de Christina

Yo siento en la piel y en el corazón,
y se agita mi alma,
cuando veo el mundo
de Christina pintado por Andrew Wyeth
y oigo ruidos extraordinarios en la selva.
A Christina Olson,
vecina de Wyeth en South Cushing,
la postró la poliomielitis
pero ella nunca usó una silla de ruedas,
se arrastraba en la hierba
que Andreu pintó con devoción.
En el cuadro angustioso está ella sobre la hierba,
como una reina ante la muerte,

contemplando en la distancia su casa pequeña
y se siente su gran soledad y su espíritu indomable.
Christina y yo hubiéramos sido buenos
compañeros,
con la furia tremenda de las tempestades.
Yo la hubiera cargado en mis brazos
y ella se habría sentido feliz de tener un amigo
que le anunciara la magnífica majestad del tigre.
Y le hiciera compañía
y le hablara de cosas alegres de las ciudades
y de la felicidad que dan el amor y la compañía.

Francisco de Asís Fernández

Hay un verso en la llama

(Poesía)

El dulce trino

¿Qué me hace confiar en el mundo
cuando monto el abismo de la bestia
y clavo los ijares al blanco pegado
a la carne morada del corazón
y me como sus vísceras y sus ojos
que solo saben ver el alma
y me convierto en sangre
en el azul infinito del cielo?

Con pasión

Todo en mi vida lo toqué con pasión.
Como un cabro subí los empinados pechos
de mujeres irrefrenables
y bajé a tuestas al jardín de la vida y la virtud
a la hora del Ángelus.
Todo aparece y desaparece a la hora del magma
de la creación
y queda esta música extremada
saliendo del paraíso.

¿Dónde estás?

Cuando era muchacho nada podía detenerme
y desperdiciaba mis sentimientos
como un jugador de casinos.
¿Dónde estás joven con guitarra y madrugada?
¿Con quién te untabas vino, azafrán
anguilas a la bilbaína mientras bailabas a Lorca?
Todo está en el medio de mi corazón
en el cielo de mi boca.
Ven Francisco de Asís que yo estoy hecho de ti
con tu desenfreno y mi sosiego.
Ven para que recordemos lo inolvidable.
Yo sin ti soy una luna sin sol, la noche nada más.
¿Para qué quiere la noche un hombre sin memoria?
¿Con quién voy a repetir los nombres de tantos
amores y de tantos muertos?
¿Quién va a asistir mi memoria?
Quédate conmigo, hermano joven
no me dejes morir tan solo.

El mar y la tormenta

Mi historia no ha terminado aun
pero quiero volver a los brazos de mi madre,
a la ternura de sus 19 años
y a las palabras que mi padre inventaba
para describir el universo
que iba a recitar en mi vida.
Soy mis padres, mis abuelos, mi ciudad,
la lujuria de un amante que alcanzó la santidad
en el fuego del verso y el mar.